

Ricardo Marguy

~~3785~~

3780

TRIBUTO DE NIÑOS

Vol. II

Milanes 12



A la Virgen de Mayo

Los alumnos de Retórica del Colegio

"Benigno Malo."

CUENCA

1.914

PORTADA



Con qué grata emoción tornamos la mirada a los lejanos días de la primera edad....!

Con qué espontánea ternura añoramos formar parte del bullicioso cortejo, que ensayaba en las tardes apacibles de los Mayos idos, en los viejos claustros del Seminario, las poéticas preces del Angelus y la Letanía....!

Con que fervoroso estímulo creemos aún levantar la voz en las naves del templo, saturado de incienso; en tu honor, Señora, Dueña de las primicias de aurora de la lira: los ensayos poéticos del Aula....!

¡Dulcísimos recuerdos de la niñez; piedad sencilla, alimentada al calor de los ósculos maternos; formáis la página más hermosa de la vida, el idilio de las secretas ternuras, trazado

con caracteres imborrables en el oculto libro del corazón!

Han trascurrido muchos Mayos, y son uno en el presente, y son uno en el recuerdo: en los de ayer, te mirábamos, Reina, a través del cuarzo luciente, desprendido del filón; en los de ahora—roto el cristal en los escollos de la existencia y en la borrasca de las horas—seguímoste mirando a través de sus múltiples fragmentos, con igual ternura, aunque mezclada de melancolía....!

Ahora, como ayer, igual que nosotros hicimos, te trae este grupo de adolescentes, la primera mies, espigada con anhelo a la suave luz de tus risueñas alboradas.

Tú, que inspiraste los cánticos del Profeta Rey; Tú, que pusiste en la lira de los Bardos del Tomebanba, las trémulas notas de los cantares de Mayo, y escuchaste con amor las incipientes rimas de los adolescentes de ayer: acepta cariñosamente la floración del rosal nuevo, cuyos pétalos se entreabren, y vibran al contacto acariciador de las auras de tu mes bendito!

Haz que así, como la luz del sol se difunde y penetra, desbordante, por el claro de la ojiva gótica, del ábside airoso, de la discreta celosía; el rayo celestial de tus ojos, inunde de fulgores el alma de los viejos Bardos, el pecho de los poetas que hoy te cantan, y el corazón de los niños que prorrumpe en ingenuas armonías en tu loor.....!

Son las notas del arpa de este Mayo: acéptalas, Señora!

A. M. R.

OFRENDAS

Desde mi dichosa infancia
te ofrecí, Virgen María,
en el altar de mi estancia,
las flores del alma mía.

En el templo de la escuela
después te entregué mi vida,
haciéndote centinela
de mi sér, Madre querida.

Desde entonces, Virgen santa,
siempre que caí de hinojos
a besar tu rósea planta,
me consolaron tus ojos.!

Y luégo que supe amar,
en el fervor del cariño,
te ofrecí un humilde altar
en mi corazón de niño.!

Hoy, en este día santo;
en prenda de mis amores,
humedecidas con llanto,
te tributo nuevas flores.!

NICOLÁS CRESPO O,

A MARIA

Virgen llena de hermosura,
Entre las madres primera!
Eres Tú la flor más pura,
Que revienta en primavera!

Púdica estrella fulgente
Que la conciencia ilumina;
Lampo de luz que la mente
A los cielos encamina.

Por esto a ofrecerte vengo
Primicias de mis cantares:
Quizá es lo único que tengo
No indigno de tus altares!

Desde hoy por Madre te elijo
En este valle de llanto:
Que jamás le falte a tu hijo
El abrigo de tu manto.

En cambio, en tímido ensayo
Vibrará la lira mía:
De élla tendrás cada Mayo:
Un cántico de alegría!

GUILLERMO VEGA A.

Rosas Blancas

Señora, porque eres Madre,
Porque a los pequeños amas,
No me ruboriza el darte
Capullos que brota el alma.

Como las aves canoras,
Cuando luce la montaña,
Dejan oír sus arpegios,
Enamoradas del alba.

Así quiero, santa Aurora,
Que por Tí module mi arpa,
Al ver la luz de tus ojos:
Soles hermosos de mi alma.

Son mis versos flores tímidas,
Capullos de rosas blancas,
Abran su cáliz, oh Reina,
Al amor de tu mirada.

ALEJANDRO ORDÓÑEZ G.

MADRE, SIN TÍ.

¿Qué sería ¡ oh Madre, si no me cobijaras con tu manto, si no me iluminaras con tu luz?

¿Qué fuera sin Tí del mundo de las almas? Si Tú faltaras, quedaría el corazón como la naturaleza sin los astros; como el bosque sin rumores; como la flor sin perfume.

¡ Qué fuera del huérfano sin Tí; a quién llevara sus cuitas; a cuyos pies regara sus lágrimas; Eres esperanza del mendigo; sonrisa en labios del desgraciado; amor en el corazón del pobre. Sin Tí ¡ qué fuera del que sufre?

Sin estrella se pierde el nauta; sin brújula el viajero; sin guía el peregrino. Oh! Madre, en el inmenso desierto de la vida; en el piélago de las pasiones, ¿qué fuera de mí sin Tí. . . .?

El pastor defiende a la oveja; la paloma a su polluelo; al nido la enramada; y a mí tu manto.

Lleva al ciego el lazarillo; al niño conduce la madre, y en el báculo se apoya el desvalido. Sin Tí, ¿quién me condujera ?

Eres amor, ensueño, vida, luz de los ojos y calor del alma. Si Tú te ausentaras, que noche tan fría, tan oscura y tan triste la que cayera sobre mi corazón.

Madre mía, vivir sin Tí no puedo.

CARLOS JARAMILLO V.

REINA DE PAZ

(Colaboración)

Piedad, oh Madre, de ese pueblo hermano
Que enarbola de guerra los pendones,
Y allá en el bosque con furor hircano,
Está ahogando en sangre sus pasiones.

Sobre él extiende, maternal, tu mano
Y que a tu voz estallen los cañones;
Detenga tu poder al inhumano,
Y ablanden el puñal tus bendiciones.

Reduzca a sus apriscos tu ternura
Turba alevé que va descaminada,
Blasfemando al través de la espesura.

Libre mi patria del común ludibrio,
Ante el trono de Dios ténla humillada:
Porque es El solo el centro de equilibrio.

M.

TU NOMBRE

Dadme la lira de dulce acento,
Que cantar quiero nombre divino;
Présteme Mayo su dulce trino,
Ya la ventura del numen siento.

Dadme las rosas de matiz gayo,
El polen de oro de la azucena,
De las mañanas la luz serena
Y de la luna plácido rayo.

Grabaré entonces su nombre hermoso
A que lo adore rendido el hombre;
Grabaré entonces su hermoso nombre
A que lo ensalce bardo dichoso.

Tu nombre, Madre, llena la vida
De tierno encanto de suave calma;
Es en la tierra nimbo del alma
Y allá, en el cielo, luz prometida.

Cántalo el ángel, con dulce hechizo;
En sus rumores el mar sonoro,
Y escrito luce, con letras de oro,
En los dinteles del Paraíso.

Ante tu altar

Qué de ofrendas, Madre santa,
Arrimadas a tu altar;
Sepultada está tu planta
En capullos de azahar.

Entre lirios, cuánta lira,
Emblema del corazón,
Que ora canta, ora suspira,
O te eleva su oración.

Cómo tu faz iluminan
Antorchas de azul zafir,
Y a ellas tus ojos se inclinan
Con su luz a competir.

Y cómo te busca, a diario,
Lleno el pueblo de piedad,
A la voz del campanario
Que alborozaba la ciudad.

Estrechada por las almas
Que besan tu divo pié,
De querubes en las palmas,
Tu imagen sacra se ve.

Y aquel que mi arpa no nombra,
De quien oyes el cantar,
Escondido entre la sombra,
Tímido llega a tu altar.

AURELIO ORDÓÑEZ Z.

A UNA IMAGEN DE MARIA

Primera vez en mi vida,
Que conocí la hermosura
En tu imagen bendecida
¡Oh Madre de mi ternura!

Vi tu blonda cabellera,
Como rayos de la luna,
Do se encuadraba, hechicera,
Tu frente sin mancha alguna;

Donde no hay del mal el rastro,
Frente cándida de armiño,
Que cual astro unido a un astro,
Juntas a la sien del Niño.

¡Cómo a tu lado se siente,
Que tu mirar de paloma
De quien te llora ferviente
Las malas pasiones doma;

Que hay en tus labios divinos
Manantiales de ternura,
Y que es luz de peregrinos
De tu rostro la hermosura!

Con tu mirar que electriza
Do quier me sigues, amante,
Y es un imán tu sonrisa
Con que me obligas que cante.

Oh imagen que ví en la cuna,
Tan hermosa, como hoy día,
Vigíame, cual la luna,
La noche de mi agonía.....

JULIO JARAMILLO V.

LA VIRGEN DE LA PEÑA

—1º—

En una rústica ermita
Entre zarzas y breñales,
Hermosa Doncella habita,
Sonriendo con piedad.—

La gruta está iluminada
Por luz tenue y vacilante:
Su paz dulce no es turbada
Ni por un rayo solar....

—2º—

¿Quién reside en este oscuro
Refugio de negra piedra?....
¿Cuál es el corazón puro
Que ha venido aquí a latir?....

Eres Tú, ¡Santa María!
Oh mi Madre, ¡Virgen pura!
Tú mi estrella, Tú mi guía
Yo soy tu hijo; Tú mi amor.

Y cuando el sol centellea
Van, por la empinada ruta,
Campesinos de la aldea
Caminando hacia la gruta.

Y llevan silvestres flores
Ante la Virgen bendita,
Y al clamar por sus dolores
Se arrodillan en la ermita....

¡Madre! no hay flores que darte!
¡Tan sólo un alma poseo!
Flor no digna de ofrendarte,
Inferior a tu deseo!....

A la luz del alba hermosa
Con mi ofrenda vengo a Tí!
¡Como Madre bondadosa,
Nunca te olvides de mí!

MANUEL CRESPO

PUREZA

Los jardines esmaltados
De flores de oro y de seda,
Empapados, con el alba,
En aljófares de perlas;

La grama de terciopelo
Donde, silenciosos, ruedan
Cristales de agua dormida
Desatando blanda vena;

Botones rubios, capullos,
Leves matas de violeta,
Sensitivas que florecen
Escondidas en la arena;

La nieve, manto de lino,
Que cobija la floresta,
Y donde quiebra su lampo
El alba cuando clarea;

Cálices blancos, corolas,
Copas de amor de la abeja;
Rubí trémulo que enciende
Con su lumbré la luciérnaga;

Y todo cuanto respira
Pudor, perfume, inocencia,
Imagen es, Virgen pura,
De tu virginal pureza.

CARLOS J. NEIRA

MI ORACION

Cuando miro de tarde los celajes
Que pinta Mayo en la extensión vacía,
Y en derroche de mágicos paisajes
La luz crepuscular de cada día;

En el lucero fúlgido que sube
Tras el límite azul del horizonte,
Pienso verte, oh María, entre alba nube,
Como en trono de nácar sobre el monte.

Y cuando veo dentro mi alma pura
Las blancas azucenas de la infancia,
Parece que se yergue tu hermosura
Sobre flores cuajadas de fragancia.

Y te pido que, así como en la noche,
Llenas los lirios de celeste esencia,
Cuando mi corazón abra su broche,
Conserves su perfume: la inocencia.

EDUARDO MUÑOZ BARRERO

NO SE MARCHITEN.

A las frías tardes de la vida, apenas llegan, como leves reflejos de la mañana, las dulces memorias de la niñez.

En el corazón del niño cristiano, y más en Cuenca que en ninguna otra parte del mundo, brotan lozanas y arrebatadoras, las flores de Mayo, que perfuman el célico altar de María.

Allí la inocencia, el candor angelical, la devota sencillez del alma. Es un conjunto de delicadas amapolas, de jazmines olorosos, de rosas que el coral envidiara.

El corazón del niño cristiano es un haz de azucenas; una guirnalda de fragantes clavellinas.

En la naturaleza el niño es flor. ¡Cuán dichosa esa flor si se arrima a los altares de la Virgen!

En el florilegio de plegarias, que te ofrecen mis condiscípulos, yo te pido,

Madre mía, que no se marchiten los lirios de mi corazón: que no se agosten las rosas.

Avancen hasta la tarde de la vida las luces de la alborada: no se ponga en mi alma el sol de tu amor.

¿Y entre los homenajes de Mayo, cuál será de mi parte, el tímido tributo a la Virgen de la aula?:

MIRA CON AMOR, SEÑORA,
CABE MISTICAS PLEGARIAS,
A TUS PLANTAS, SOLITARIAS,
LAS FLORES DEL CORAZON.

AURELIO AGUILAR V.

••

3

TRIBUTO DE AMOR

A

~~MARIA SANTIQUIMA~~



CUENCA - SEMINARIO

Mayo de 1898

Imprenta del Clero

ms. 93402. (107)

TRIBUTO DE AMOR.

Los alumnos de la Clase de Física, rendida y humildemente, ofrecen á María Santísima el sincero y espontáneo homenaje de amor, veneración y gratitud filial, como á Madre, Reina y Protectora

Al mismo tiempo, depositan á los pies de su Soberana la presente colección de ensayos literarios; humilde tributo que servirá de eterno recuerdo de los hermosos días de colegio y de los inocentes años de la edad juvenil.

Mayo - 1898.

PRIMER CANTO.

Tu mes bendito siempre he venerado,
Que a tu arte supe, Madre, desde niño ;
Tuyo será por siempre mi cariño,
Pues, cual el alma mía, es inmortal.
Siempre en los días de tu mes hermosa
Mi voz enternecida he levantado,
Y mi pecho de amor ha palpitado
De Mayo la alborada al despertar.

No me olvides ; ¡oh! Madre bondadosa,
Lóbrego miro mi fatal sendero ;
Enséñame el camino verdadero,
Tú que eres del amor la inspiración !
Muy pobre es mi cantar, pobre mi ofrenda ;
Tú, lo íntimo conoces de mi pecho,
En raudales de puro amor deshecho,
Tú conoces mi ardiente corazón.

Si pudiera decirte cómo siento,
Oh Madre, de tu mes día celestial,
Si con tu mes siempre me va enlazado

Ofrecerte la más hermosa flor :
Si pudiera cantar cual canta el ángel,
De gozo arrebatado cantaría,
Y entonces con divina melodía,
Con mi canto te diera el corazón :

Fuera entonces feliz, y la nostalgia
Que, ora mi pecho con crueldad devora
En calma se tornara bienhechora,
Porque es dicha, á tus pies poder cantar.
Pero, no puede mi deseo ardiente,
Mi impotencia vencer, dulce María,
Por eso llego con el arpa mía
Junto á Ti mis cantares á ensayar.

Es mi canto primero desacorde ;
Doliente vibración, gorjear primero ;
Cual gemido de pájaro extranjero,
Lanzado entre las rejas al morir ;
Recíbelo : del huérfano doliente
Es el canto con lágrimas mezclado,
Gotas de sangre, sangre que ha brotado
De mi pecho al compás de su latir.

Y mi llanto de huérfano infelice
A tus plantas derramo tristemente,
Es la expresión sincera, aunque doliente,
De mi, pobre y marchito corazón,
Con él las flores de mi vida riego ;
Adornaré con ellas tu santuario,

Y caldo á tus aras, solitario,
A'zaré, cada tarde, mi oración.

Alfonso Andrade Ch.

LA VIRGEN DEL BOSQUE.

Allá en un espeso bosque
Entre cantos y alegría
Van tres niñas, á María
Ofrendarle tierno dón.

En una pobre capilla
Regada de blancas flores,
Bañada con los fulgores
Que lanza al morir el sol:

Está la urna perfumada
Donde la Virgen reside,
Concediendo cuanto pide
El miserable mortal.

Allá caminan, alegres,
Aquellas cristianas niñas,

Recogiendo en las campiñas
De flores rico caudal.

Con ellas tejen guirnalda
De sin igual hermosura,
Fuente de la ternura
De quienes van á ofrendar.

En seguida, se prosternan
Y á la bendita Señora,
Con la tórtola que llora
Dirigen tierno cantar:

La primera, dice, amante,
Hermosa y tierna María,
En la hora de mi agonía
Tú has de ser mi protección:

Por eso á encenderte vengo
La lumbre de mis amores,
Y á ofrecerte los rigores
De prematuro dolor.

La otra le pide que, en cambio
Del ramo que allí le deja,
A su inocencia proteja
De mundana seducción.

La última, llorando, dice:
En el albor de mi vida

Guárdame, Madre querida,
Hasta á tu cielo volar.

No temo por lo presente,
Me asusta el futuro incierto,
Condúceme en el desierto
Que van mis plantas á hollar.

Alfonso Malo R.

¡MADRE MIA!

En el mundo soy la flor
Sin fulgor,
Que sin vida ni perfume
Se consume,
Y sus hojas sacudidas,
Por el viento del desierto,
Van perdidas.
Se llevó mi aroma el viento,
Sin aliento
Quedé en el azul del mundo

Consolarás, oh María!
Te aguardo junto á mi tumba
Madre mia!.....

A. A. Ch.

¡AL CIELO!

En la doliente noche de la vida,
Tras el encanto de la edad primera,
¿Qué del humano fuera
Sin la dulce esperanza prometida?

En los mares que rugen y batallan ;
En el desierto que la planta quema ;
Al pie de los volcanes
Estupendos que en llama y fuego estallan,
¿Del hombre, qué sería,
Pérdida su diadema,
Si no tuviera el trono
Que en el cielo le ofreces, Madre mia?

Despierta entre zarzales el capullo ;
En negro manto brillan las estrellas,
Se oye el amable arrullo

De la paloma en medio á la espesura,
Y de la humana vida en la amargura,
Se dibuja, como iris, el Consuelo,
Para él que mira al cielo.

Nada tengo en el mundo, Madre mía:
Un porvenir oscuro;
Pasiones con su ejército de males;
Un camino cubierto de zarzales,
Eso me espera, y cual la noche fría
Me espanta mi futuro!
Mas, tras lóbrego velo,
; Oh Señora! me muestras la Esperanza:
Cantando, allá, mi corazón avanza
; Al cielo, Madre, *al cielo!*

Miquel Romero G.

AL FIN DE MAYO.

Del sol brillante postrimer rayo
Tras la montaña se va á ocultar,
Con él termina risueño Mayo,
Con él mi dicha se va á eclipsar.

Canoras aves, de la alta rama,
Sus du'ces trinos dan al ambiente,
Del árbol saltan á la retama
Cantan y pian con voz doliente.

En los pensiles flores pintadas
Muestran sus gracias y galanura;
Del sol estivo caen quemadas
Y raedan mustias en la espesura.

El eco suave de aura que mece,
Besando alegre las tiernas flores,
Ya no murmura, triste enmudece,
; Que el sol oculta sus resplandores!

También mi pecho, Madre querida,
Que muere Mayo siente angustiado,
Y en tu ara, mustia deja su vida,
De cruel nostalgia despedazado.

Chispa es ; oh Madre ! mi corazón,
Que entre cenizas se halla perdida,
Ésta se apaga, ¿ cual ilusión,
; Qué ! sin tu auxilio fuera mi vida ?

Desde el empíreo donde Tú moras
Mirame, Madre, con compasión ;
Ve de mis penas las largas horas
Calma mi lanto, mi honda aflicción,

El llanto y la orfandad forman la historia,
La breve historia de su hermosa vida.
El mundo la miró con fiera saña,
Y para ella es el mundo tierra extraña:
Y es ella cual viajera golondrina,
Extranjera doquier y peregrina.
¿Ni qué á la Virgen el humano lodo,
Ni pompa vil, ni loco regocijo?
Huérfana y pobre sólo tiene á su Hijo,
Y el Hijo es su riqueza y gloria y todo.
Un ignoto pesar ella presente,
Aunque en verdad lo ignora,
Y sin saber por qué suspira y llora.
Como el púdico rayo de la luna
Al valle niega su primera lumbre,
Mientras que besa la enriscada cumbre,
Y de ésta á aquella salta, una por una;
Así la pena que el futuro esconde,
Primero al corazón aflige grave;
Contúrbase el espíritu y no sabe
Por qué el pesar le enviste, ni por dónde.

Por calmar su recóndita amargura
Sale al campo María,
Llora, y al llorar la Virgen pura
Llora la tarde, y se oscurece el día.
Cuajado en perlas el virgíneo lloro
Recoge el ángel en un cáliz de oro,
Y al despertar la pálida azucena
Disputa con el ángel su tesoro
Y de topacios la corola llena.
Si alza la Virgen su mirada al cielo
Allí brotan estrellas;
Donde se imprimen sus sagradas huellas
Nacen lirios, envidia del Carmelo.
Y florecen las viñas,
La Virgen al pasar por las campiñas;

Reina eres de piedad, Madre divina,
Eres fuente de gozo y de consuelo;
A tus plantas de hinojos
Nos postramos humildes; nuevamente
Dígnate aparecer á nuestros ojos
Como aurora de paz en el oriente.

Era el glacial diciembre: del Pichincha,
La inaccesible y enriscada cumbre
Bañada en resplandores semejaba
El trono de la luz; la pesadumbre
De la escueta montaña, donde se bincha
La tempestad furiosa, donde se arde
Volcánico fulgor, ora ostentaba
Los rosados cambiantes de la lumbre
Tranquila de la tarde.
El fatigado sol hacia el ocaso
La carroza guiaba, de centellas
Tachonando las huellas
Que en la azulada esfera deja al paso.
Del Ande majestuoso en el regazo
La adolescente Quito se adormía;
Más de pronto despierta
Por las notas del dulce Ave María,
Cual los guerreros por la voz de alerta,
El cantar escuchó con que en diaria
Ferviente procesión, multitud pia
Elevaba al Eterno, por plegaria
Entretejiendo el ramillete vario
De rosa, de azucena y trinitaria
De las célicas preces del Rosario.

En ondas de armonía
Que de júbilo inundan los espacios,

RECUERDO

de la bendición de la estatua del Corazón Santísimo de María, y de la dedicación, que el Rmo. Señor Administrador Apostólico de la Diócesis hace de uno de los altares de la Iglesia parroquial del Sagrario á la Reina de los cielos; como también de la renovación de la promesa, que en 8 de Diciembre de 1904, hicieron á los pies de la Virgen de Cuenca, las jóvenes del Apostolado del Corazón Inmaculado de María.



Fiesta de la Maternidad de la Santísima Virgen.

Octubre 8 de 1905.



UNA TARDE EN YANUNCAY

A LOS PIES

DE LA

Virgen de Cuenca.

I

De aéreo cortinaje
de rosa y de jacinto,
ornado el almo cielo,
despliega el solio rico
de la *cuencana* Virgen,
que en divinal cariño
ardiendo á nuestros lares,
amante ha descendido.

Aquí en dulce concierto
el colibrí y los mirlos,
el gorrión, los gilguercs,
alegres, con sus trinos
entonan á la Reina,
sus melodiosos himnos.

Hermosas las florestas
de malvas y de lirios,
regalan á María
los aromas sencillos.

Devota su plegaria
eleva el campesino,
y el alma toda afectos
y entre cantares píos,
como á ramos de flores
con perfumes divinos
ofrendan á la Virgen
los padres á sus hijos.

La tierna Madre en cambio,
tornando sus benditos
ojos, amante acepta
al inocente niño,
que amoroso le dona
el corazón rendido.

Del sol, tras las montañas,
muertos los lampos ígneos,
modesta entre las nubes,
se muestra en su camino
la luna, iluminando
con sus destellos límpidos
de la amorosa Madre
el rostro peregrino,
y en torno de la Virgen
con refulgente brillo
se encienden las estrellas,
cual misteriosos cirios.

II

¡Oh tarde encantadora!
silenciosa divina,
en que arrobada el alma,
amante cae rendida
de hinojos á las plantas
de la Virgen María!

.....
.....

Virgen de mis amores!
casto imán de mi vida,
despídome y te ruego

que amorosa bendigas
á mi adorada Patria,
que á tus plantas un día,
se consagró ferviente:
no la dejes cautiva!....

De la inocencia amparo,
no olvides compasiva,
las jóvenes, que amantes,
su porvenir, su dicha
á tu amor consagraron;
pues ellas son las hijas,
que por la amada Patria
ofrendáronse víctimas....⁽¹⁾

Mas, si ingratos y fieros,
alguna vez te olvidan
los que amarte juraron,
rosas y siemprevivas,
claveles y azucenas,
te dén estas campañas;
si lámparas no arden

(1) A la inauguración de la estatua de María Inmaculada, en Yanuncay, asistieron en corporación, las jóvenes de la Asociación del Apostolado del Corazón de María, establecida en la parroquia del Sagrario, con el fin de alcanzar, por medio de la Santísima Virgen, el Reino del Corazón de Jesús en el Ecuador.

en tus aras benditas,
ni cantos ni plegarias,
se escuchan, que benignas
del cielo, las estrellas
te alumbren á porfía,
y las canoras aves
con himnos te bendigan.


Si la maldad humana,
la indiferencia impía,
su amor filial te niega
como á Madre querida,
aláberte por siempre,
bendígante, María,
los de pecho sencillo,
y del pastor las hijas,
al alba y á la tarde,
cabe tu altar, rendidas,
te traigan blancas flores
y clamen compasivas
por todos los que, ingratos,
desdeñan tus caricias.

Ay!—si por fin, rebeldes
los hombres algún día
derrocan tus altares;
que de éste las ruinas

de monumento eterno,
para el porvenir sirvan,
y el templo sacrosanto,
que en esta hermosa cima
tus hijos levantaron,
con elocuencia diga
al tiempo venidero,
que el amor á María
fué para los cuencanos
la gloria apetecida.

A. A. O.

CUENCA—1905.



EL HUERFANO

¿Cuál es la mayor gloria del hombre sobre la tierra? y qué es lo que hace su dicha y endulza los días de su misera existencia? Es, sin duda, una sombra que, lejos de oscurecer el camino que le sigue le da mayor claridad, es la nube misteriosa que le conduce, cual á israelita por el camino de la vida; es la madre aquel dulce ser cuyo amor vuelve nuestros días más felices, y uno, junto á ella, se cree capaz de soportar las amarguras de la existencia; más ¡ay! del hombre si en medio de sus encantos queda de repente solo, desamparado; qué puede hacer sino buscar consuelo para su angustiada corazón?

Corre el huérfano regando con lágrimas el solitario camino del cementerio; penetra en aquel lugar de tantos recuerdos para él; contempla allí la tumba de su madre; dá gritos de dolor, se estremece, la llama una y mil veces, pero ese cuerpo sigue inerte, obedeciendo al Hacedor Supremo.

Y cuando mira que ni á sus gritos de dolor se levanta, ni á sus lágrimas se rinde, corre despavorido, no de terror sino de sentimiento de que no le oiga sus quejas ni escuche su débil acento, pero después de esto ve que todo le conduce por el camino de la orfandad y el aislamiento; entonces ve la realidad. Pero empapado como está en su llanto y ahogado en su dolor halla en María un sol resplandeciente; Madre del solitario huérfano, le dice, y retrocede en su camino y se prostra ante María, le abre su corazón comprimido por su dolor y le dirige esta plegaria.

—Hoy, Virgen santa, lloro mi orfandad, lloro la ausencia de mi madre que buyendo me dejó solo en medio de una

cruel soledad: quien podrá remediar este dolor sino Vos que sois la Madre compasiva que miráis nuestra desventura. Vos, que sois la esperanza del que ha naufragado en el mar de las pasiones, Vos que sois nuestra salvaguardia y conductora al cielo. Si Madre, yo soy, también uno de aquellos desgraciados que huérfano busca consuelo en Vos, que sois mi amor y protección; dadme, pues, vuestra misericordia, conducidme á vuestra patria, al cielo: porque no es posible que existan separados dos corazones de los que el uno vive de los amores del otro.....

Manuel Merchán D.



LUZ DE MAYO.

Tras de Abril la última sombra
Vino la Aurora del cielo;
Brilló la Luz, y el consuelo
Mitigó mi cruel dolor.
Luz de mis primeros años,
Todo das: vida, ventura.....
A las flores hermosura,
Tierno canto al ruiseñor.

Embelleces la azucena
Que en el huerto exhala aromas;
En sus nidos las palomas
Cantan himnos de placer.
Tengo sed, doliente insomnio;
Un mar de ilusiones siento:
Ven, Luz, dame tu contento;
Ven alivia el padecer.

Cuando al ^hcrugir de los vientos
Suena quejumbrosa lira,

Mi alma cual nunca suspira,
Tambièn lora el corazón;
Al prender la Luz de Mayo
Viene la rosada nube,
Orgullosa al cielo sube;
Me baña con su fulgor.....!

En sombras, herida, el alma
Mira tu gloriosa lumbre;
Dame volar à la cumbre
Ya no quiero cruel pesar.
Eres del hombre la amiga,
Del silencio, compañera;
Limpia Luz de primavera
Ven mis penas à calmar.

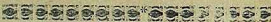
Bendita Luz de mis sueños,
Lampo de amor inocente.....!
Mientras vaguen por mi mente
Sombras que el tiempo dejó;
En mi insólito quebranto,
Con mis manos temblorosas
Arranco flores hermosas
Que pinta de Mayo el sol.

Cuando siento perder, calma,
Sueño, amor, ufana vida,
Cuando siento el alma herida
Bajo un yugo sucumbir;
Si me envuelve oscura nube;
Oh! Luz, tú bañas mi frente,


Y á tu dulce influjo siente
Mi corazón revivir.

Oh! augusta Reina del cielo,
Con cuanto placer te canto
En tu mes bendito y santo
Nuncio de gloriosa paz.
Por postrera vez te ruego
Siempre atiendas mi lamento:
Eres dichâ, eres contento,
Mi LUZ eterna serás.

Manuel J. Ruiz.



INSPIRACION.




En célica visión contemplo ufano
Cuanto encierran los cielos y los mares
Y escucho reverente
Al son de dulces liras y arpas de oro,
En angélico coro,
El Hosanna inmortal que eternamente
Celebra del Señor en la morada
A la de Dios y de hombres Madre amada;
Sol vivo de los cielos;
Paloma mensajera de consuelos,
Encanto y bienandanza
De aquel que pone en ella su esperanza.

Veo el mar tempestuoso en sus abismos
Sus olas levantar como montaña;
Veo el mar infinito
Estrellarse feroz con dura saña
En diques de granito;

Veó en la noche el manto de luceros,
Oigo el rumor de brisas y de flores,
Pero sólo me extacian los primores
De la Virgen sin mancha, inmaculada:
Todo se torua en nada
Junto á la Madre del Señor; mi lira
Humilde, mas sincera,
Canta á la Virgen y en su amor se inspira.

Juan A. Iñiguez V.



REMINISCENCIA.

[INSERCIÓN]

Mis mayos, ¡Ah! los mayos de mi niñez; cuán dulces, cuán santos recuerdos despiertan en mi corazón, combatido fuertemente, por las pasiones de la juventud!

Los alegres repiques, echados á volar por el cielo, desde el campanario vecino al Colegio, resonaban en el fondo del alma, con una dulzura inexplicable; y el último día de Abril era para mí y mis condicípulos, vispera de una gran fiesta, llena de aromas, cuyas heces quedan para siempre en el corazón, aún á pesar de las lágrimas, que continuamente, se desbordan hasta los ojos, y borran todo cuanto ha formado, por algún tiempo siquiera, el encanto de nuestra vida!

¡Con qué entusiasmo, y con que ternura nos colgábamos, entonces, de la empolvada pared el cuadro de *María*—que, según antigua y piadosa costumbre, presidía las aulas del Colegio y la Universidad—para preparar un altar con todas las flores del campo, con todas las colgaduras que podíamos conseguir y con todos los cirios que lográbamos comprar con los ahorros de los escasos recursos destinados á satisfacer nuestras insaciables necesidades de niños.

Principiaban desde luego, las disputas acaloradas, pero amistuosas, sobre la manera de representar, con los adornos de nuestro humilde altar, un emblema que simbolice á *María*, en alguno de sus gloriosos títulos ó de sus tiernas advocaciones; y el egoísmo santo de celebrar nuestra fiesta con mayor pompa y magnificencia, que los compañeros de las otras asignaturas; y el entusiasmo de cada uno por contribuir de modo más eficaz y lucido á la solemnidad del culto de *María*—egoísmo y entusiasmo, que si bien eran germen

de pasiones bastardas que el hombre tiene que ahogarlas mas tarde,—constituan, unidos á los juegos, á las conversaciones íntimas y á las algazaras de Colegio, ese conjunto de dichas que al desaparecer, dejan un cadáver insepulto en el fondo del alma.

Hoy ¿qué me queda de tanta inocencia, de tanto fervor, de tantas alegrías?—Un recuerdo que sirve de remordimiento, y un puñado de hojas secas escondido dentro del pecho.....

Han corrido los años; y hoy, aunque mi oración sólo debe ser de *acción de gracias* á la Providencia, porque en mi hogar abundan las bendiciones; no se qué tristeza consume mi existencia y nubla derrepente los días serenos de mi juventud.

¿Es la aspiración constante á la felicidad ó es el cansancio de la vida, cuando todavía mi sol no llega siquiera á la mitad de su carrera?—No lo sé; mas, al prosternarme al pié de vuestros altares, Madre, para encender con mi fé la lámpara que vela el Sagrario donde duerme Jesús, en el Sacramento, ó

Ni bate el viento solitaria palma,
Ni quema el fuego, ni marchita el hielo
Ese grandioso ser, ese es María!.....
Y es la Virgen la Lámpara del cielo
Que forma eterno día,
Y á cuya luz el Criador redime
La humanidad impía
Y en su pecho feliz la gracia imprime.—
Y esa Luz que esa lámpara produce,
Es Jesús, el Hombre Dios, el Dios Eterno,
El hombre Dios, que al hombre le conduce
A dichosa mansión.—No del Infierno
La espada vencerá; ni su venganza
Jamás ya turbará la sacra alianza.—

Y llora Lucifer en sus cadenas
Y de odio se estremece
Y ardiendo corre el fuego por sus venas
Cuando contempla que la augusta Virgen,
Su cetro pulveriza,
Que su planta la sien soberbia pisa
Y que es mentira su menguada gloria.
La Virgen triunfa; es de Ella la victoria
Coronan ya su frente los laureles.

Pero otra vez Satán vencer pretende;
Hinchause de furor sus negras venas,
Su manto oscuro por el mundo tiende,
Los hierros crujen y el averno grita
De júbilo tal vez; más las cadenas
De nuevo á Lucifer fieras detienen
Que en su furor se agita....

Mas en vano! la Virgen ha triunfado!
Es de Ella la victoria,
El pobre pecador está salvado,
Satán cae vencido.—
¡Reina en eterna gloria,
Tuya es ¡oh Madre! la inmortal Victoria.—

Agustín Salazar Bravo.

A MARIA

(INSERCIÓN)

Asoma el sol, y se engalana de oro
Del alto monte la enriscada cumbre;
Las aves cantan en alado coro;
Doquier se enciende del hogar la lumbre;
Entonar parece cántico sonoro
De los astros la inmensa muchedumbre;
Es que natura tímida ha cambiado
Sonrisas con el sol enamorado.

Sonrisa de dos astros es la aurora:
Es la niñez sonrisa de la vida;
Sonríe el joven que un ideal adora,
Mágico ensueño de su edad florida;
Sonríe el ángel que en el cielo mora;
Sonríe el ave que en el bosque anida.
¿Qué es la sonrisa? Emblema de cariño,
Preludio de la dicha, voz del niño.

Sólo mi pecho, presa de quebranto,
Halla amargo el placer, triste la risa
Y en mi orfandad me avengo con el llanto
Que copiando mis penas se desliza,
Y por eso, María, en tu mes santo
Sin mi ilusión, fugaz como la brisa,
Juato á una tumba pobre y solitaria
Entono sólo funeral plegaria.

Què te arrulle la fuente gemidora,
Qué su aroma te den las gayas flores;
Qué aves te canten al rayar la aurora,
En tu mes de esperanzas y de amores,
Mientras mi pobre corazón que llora
Te ofrenda sólo espinas y dolores,
Y del mundo en el áspero camino
Eacomienda à tu amparo su destino.

Alberto María Andrade.



MATER PURISSIMA.

¿Do corres pensamiento?
Quiéres, tal vez, lanzarte allá á la altura,
En las alas del viento
Y espaciarte en la pura
Y diáfana región de la hermosura?

Cómo á cantar te atreves
De la Virgen la célica pureza?
Siendo tus alas leves
Podrás en tu vileza,
Contemplar, hoy, este astro de belleza?


Del cielo la Señora,
Del Universo púdica azucena;
Todo el mundo le implora,
Ella calma la pena
Del mortal y quebranta su cadena.

Desde el cielo venido
el arcángel le anuncia que á su seno
ajará el Dios temido,
omnipotente y bueno,
que su pecho de gracia ha visto lleno.

Dios te salve, le dice,
oh bendita mujer, de Dios amada,
luego le predice
que su virtud preciada
erá por el Altísimo guardada.

Quién tuvo aquí en el mundo
mayor gloria que tú, Madre querida,
que en este fango inmundo
no se manchó tu vida
fuiste Madre y Virgen escogida.

Purísima María,
absorto y mudo con piedad te adoro:
al despertar el día,
por mi existencia lloro
tus rueles heridas, y tu amor imploro.



REFUGIUM PECCATORUM

Cual pasa la onda en caudaloso río
Al impulso de rápida corriente;
Pasaron mi ilusión y el albedrío
De mi feliz niñez y el pecho siente,
Ahora, el cruel dolor del peregrino
Y la mortal fatiga del camino.

Soy cual abandonada navecilla
Que flota entre borrascas de un Oceanus
Sin remo, sin timón; pobre barquilla
Contra la mar luchando pero en vano
Pronto sucumbiré, pues, la tormenta,
A cada paso de mi nave, aumenta.


Pero un puerto descubro en la ribera
Es la Madre de Dios, Madre querida:
A Ella elevo mi queja lastimera
Y á socorrerme viene conmovida;
Ella es de mi alma fúlgida esperanza
Y la estrella feliz de bienandanza.

¡Qué encontró en mí tu amor y tu ternura
Que tus brazos me tiendes amorosa,
O Madre! nada; sólo mi honda desventura
Atrajo tu mirada bondadosa:
Refulgente astro, mística azucena
Ahuyentas, Tú, mis males y mi pena.

Quiero regar tus plantas con mi llanto,
Que llorando se calman mis dolores;
Y alivio encontrará mi cruel quebranto
Si mitigas de mi pena los rigores;
Si virtudes no tengo, Madre mía;
Acepta de mi acento la armonía.

En mis años de niño, gota á gota,
He saboreado al cáliz de amargura;
Y cuando el aquilón terrible azota
Me alumbra cual un astro tu hermosura:
Desde ahora hasta el cielo, Madre mía,
Claro fanal serás, serás mi guía!....

Francisco Martínez A.



REINA DE LOS ANGELES.

Radiante de hermosura
Está María;
Los ángeles le cantan
En dulce lira,
En dulce lira
Parece que responden
Lasavecillas.

Vedla: á sus pies rendidos
Querubes se hallan;
La Virgen les dirige
Tiernas miradas,
Tiernas miradas
Que iluminan los picos
De las montañas.

Sonrie con los ángeles
¡Madre amorosa!
A la hora del crepúsculo
Y de la aurora,
Y, de la aurora,
Cubierta con las perlas,
Madre, te asomas.


Angeles que en el cielo
Veis á la Virgen
Dad dicha y consuelo
A mi alma triste:
A mi alma triste
Conservadla en el mundo
Lejos del crimen.

Querubines de Mayo
Benditos ángeles!
Que besáis la peana
De nuestra Madre,
De nuestra Madre
La virginal pureza
A mi alma dadle.

¡El arpa quién me diera
Con que te cantan

Alados querubines
Oh Virgen Santa!
Oh Virgen Santa
Entonces fueran tuyas
Mi lira y mi alma.....

Luis Fidel Lazo.



TRES MADRES.

[INSERCIÓN.]

En peana de caoba suspendida
Del muro del hogar que presta abrigo,
Del íntimo dolor cual fiel testigo,
Está un altar: y cerca de él, la vida
Pasa el grupo de seres que allí anida.

¡Sencillo altar! La Virgen está al centro,
A sus plantas el búcaro derrama
Perfumes; una lámpara arde adentro
Oculta entre césped que recama
El oro de los pobres, la retama.....

Allí, al romper del sol la luz primera,
Libre de galas, púdica y sencilla,
En desorden la hermosa cabellera,
Ante la Madre que en el cielo impera
La madre de la tierra se arrodilla.

tiene delante a su hijo, su consuelo;
Le estrecha amante la infantil cabeza;
Hijo, le dice, mientras él le besa,
—¡Despierto!; de la noche se alzó el velo.
Puestas las manos, á la Virgen reza!

Ruega á la Virgen....., con temblor le dice,
Por quien tú sabes.... calla; le bendice;
Al oído del niño se aproxima,
Y otra lágrima llora la infelice,
Y otro rayo de luz dora la sima.....

Mientras gime la torre de la aldea,
Palabra por palabra le alecciona
La plegaria que el niño balbucea:
Dile, "Señor, perdona al que perdona;
Señor, tu voluntad bendita sea."

Rayos de luz mojados en rocío,
Se encuentran sus miradas recelosas,
Así á la margen mi patrio río,
Las palomas se miran silenciosas
Cuando les hiere de la muerte el frío...

¡Otra Madre! la abuela, sonreída,
Se dirige á ese grupo que es su vida:
Mira á su hija, á la luz de la mañana,
Le acaricia la sien, y... estremecida,
Le halla y arranca la primera cana!

No se hablan, y se ven—el niño llora
Sin saber por qué—asi cual llora el cielo,
Las pobres madres juntas en esa hora,
Cual dos alas, abrigan al polluelo,
Y sonrie la Madre del consuelo.

Llega, entonces, el querub de la mañan
Derramando en los bosques la ambrosia,
Y recoge en la copa ya vacía,
Como ofrenda á la Virgen soberana,
La oración y la lágrima y la cana.....

N. A.

¡ PERDON, OH MADRE !

Yo no vengo, en tu mes, Virgen bendita,
regar á tus pies fragantes flores:
lo vengo á confiarte mis dolores,
engo sólo á que atiendas la plegaria
un humilde y contrito pecador.

Otros entonen cantos melodiosos,
mnos de gloria, himnos de ventura;
i pecho sumergido en la amargura,
anza sólo gemidos lastimeros
yos ecos se quiebran á tus pies.

Soy pecador. y pecador muy grande;
frente, en otro tiempo, tan serena
confunde y doblega por la pena
ofunda de la culpa cometida
ontra el Padre de todos, contra Dios.

No más pecar; no más el negro crimen
Enlute con sus sombras mi existencia
Morir, antes que la culpa mi conciencia
Manche, otra vez, ¡ay! Madre yo prefiero
No ser esclavo ya de la pasión.

Emperatriz del cielo, no me olvides
No me dejes surcar en el profundo
Piélago: no me dejes en el mundo;
Ayuda mi propósito, hoy atiéndeme:
Soy humilde y contrito pecador.

Alfonso Abad J.

A MARIA.

En el arcano inmenso de la vida,
En la noche del triste corazón;
Virgen santa, consuelas mi tristeza
Y me arrebatas con tu puro amor.

En el dintel de mi fugaz infancia,
Al asomar la triste juventud;
Con tus ojos alumbras mi camino,
Divina Madre de increada Luz.

En el silencio mi existencia pasa,
Cubre mi vida horrible soledad;
Sólo despierta mi alma a la ventura
Cuando puedo tu nombre pronunciar.

Me asusto con la idea del sepulcro,
Entre dolores temo sucumbir,
Salzo mis ojos, te miro, Madre mía,
Y vencer creo en la postrera lid....

Alfonso Andrade Ch.

LA GRUTA DE LOURDES.



No ha mucho tiempo tuve de hacer un viaje á Francia; con tal oportunidad, visité el hermoso santuario del Rosario y la Gruta de Lourdes; mas, á la verdad, aquellas grandes impresiones que hube experimentado en el viaje, delante de los colosales monumentos erigidos por la mano del hombre; nada tenían que ver con la sublime impresión que causó en mi alma la humilde Gruta de Lourdes. Allí, cabe ese trozo de peña que se pierde en la opulencia de la Francia, el alma se conmueve de alegría; las tiernas emociones despiertan en el corazón cristiano, y el pecho se agita de placer al mirar esa roca entre cuyos pliegues se

ostenta la imagen de la Virgen Santísima.

Esa imagen tiene algo de sobrenatural que quema el corazón. Está vestida de blanco, por lo cual, en las noches de primavera, parece copo de nieve caído de la próxima montaña; una faja azul rodea su cintura y ambas extremidades caen por delante hasta muy cerca de los pies, que están adornados con rosas color de oro.

Los ojos de la santa imagen están como clavados en el cielo, y sin mirar al peregrino, parece que le responde con la dulce sonrisa que se dibuja en sus benditos labios; las manos puestas, en actitud de orar, no permiten que caiga el rosario de blancas cuentas suspendido de su ante brazo. ¡Qué dulce es pensar que esta efigie copia fielmente á la Virgen Madre de Dios tal como se apareció, el año 1858, á la dichosa Bernardeta!

Casi besando la Gruta se arrastra el escaso caudal del Gave, en cuyas orillas se levanta la modesta población de Lourdes; á tres metros más ó menos

se alzan la iglesia del Rosario y la Basílica consagrada á conmemorar la prodigiosa aparición.

Por acueductos subterráneos se conduce á distintas llaves de agua y surtidores, esa fuente misteriosa y vivificante que brotó, por orden de María, de las peñas de Massabielle.

Es esa la piscina abierta por María para verificar, con sus aguas saludables, estupendos beneficios. El ruido que produce el suave deslizarse de esas aguas; los cánticos del peregrino; las preces de las madres, y las lágrimas de la inclemencia, unidos en ese misterioso paraje, se van hacia Dios como protesta de fe, de esperanza y de amor, que en este momento hacen los cristianos contra el mundo incrédulo.

Qué hermosas impresiones, que inexplicables afectos se despiertan en el corazón cuando en torno del altar de María, á cuyos pies arden centenares de luces, uno reza, silencioso, desconocido de todos, oyendo el hermoso rumor de innumerables plegarias, en tan variados idiomas.

El corazón deja de palpar, la vida se suspende, las lágrimas corren abundantes cuando en medio de esas rocas, uno piensa que esas groseras pedras han sido el pedestal de la misma Virgen que, hoy, reina en el cielo, y que los ecos de esa abrupta colina recogieron el divino acento de la que es, por excelencia, la Inmaculada Concepción.....

Las líneas que aquí trazo, no son de ninguna manera la descripción de la Gruta de Lourdes. Escritores, místicos, poetas, viajeros han narrado de varios modos, con fines distintos, los encantos de este lugar excepcional en el mundo y que reúne los primores de la tierra y las dulzuras del cielo.


No escribo aquí un artículo literario, traslado solamente el más hermoso recuerdo de mi vida.

Tanto la Basílica como la iglesia del Rosario tienen cubiertos sus muros con los hermosos y significativos ex-votos que depositan los enfermos que han recobrado su salud, y los peregrinos, devotos de la Virgen. En un ángulo que

forma la peña, muy cerca del nicho está un gran número de bordones, muletas y otra clase de aparatos de que se han servido los paralíticos y tullidos que han obtenido de la Virgen Santísima el remedio á sus distintos males y lesiones.

Oh! Virgen de Lourdes, hoy, en tu mes bendito, cuando la naturaleza se engalana con la pompa de Abril y Mayo, y las flores de tu gruta habrán abierto sus corolas para regalarte con sus perfumes. Desde un rincón de los Andes, también yo, te envío en la última aura de Mayo, una descolorida flor de mi alma, una oración.

Alfonso M. Diaz.



CLAMOR A MARIA.

De este mundo en la tormenta,
Mi corazón dolorido
Exhala triste gemido,
¡Dulce Madre de mi amor!
Eres mi única esperanza,
En medio de amargo lloro;
Y por eso, á Ti te imploro:
No desoigas mi clamor.

Desechando tus caricias,
La ilusión gocé del mundo,
Y moré en lo más profundo
De un abismo de maldad.
Perdón, Madre bondadosa,
Yo tu amor he despreciado,
Y tu pecho he desgarrado
Sin dar tregua á mi crueldad.

Mas, ahora, Virgen pura,
Mi pecho herido de muerte.
Nunca más ha de perderte
Por un mísero placer;
Hay, se acoje débil mi alma

A tu amparo sacrosanto;
Hoy, te ofrenda triste canto
Y bendice tu poder.

En tu Templo yo vivía
Sin el mundo fementido;
Sin el mundo que ha querido
Cautivarne en su ilusión.
Hoy, en medio de pesares,
Sólo quédame el consuelo
De elevar mi vista al cielo
Y pedirte protección.

Cual barquilla que en los mares
Desparece entre las olas,
Agoniza mi alma, á solas,
Su ilusión gimiendo está.
No permitas, Madre mía,
Que perezca de amargura;
Dale paz, con tu dulzura
Y ella siempre te amará.

De tu lado yo no quiero
Un instante separarme;
Sólo quiero refugiarme
A la sombra de tu amor.
No recuerdes, Virgen santa,
La inconstancia de mi vida;
Porque mi alma arrepentida
Levanta á Ti su clamor.

EN MI HOGAR.

[INSERCIÓN.]

Activa, fervorosa y placentera,
Una tarde de Mayo,
Preparaba mi tierna compañera
El manto azul y la corona de oro
Con que en mi hogar humilde condecoro
A la divina efigie de María,
Que, sobre un pedestal de blancas nubes,
Con la mirada vuelta hacia los cielos
Y en la noble actitud de la que implora;
Acoje nuestras pobres oblaciones,
Como ayer recibías
De mis padres y abuelos
Las tiernas y fervientes oraciones:

¡ Con qué placer! la ví después gozosa,
Trabajar primorosos ramilletes
De fragantes jazmines y de rosa,
Y entretejer las malvas y azucenas,

Con claveles, con nardos y verbena;
Mientras el alelí con el granado
Se unían amorosos,
En el brillante búcaro dorado,
Do estaba la magnolia prisionera
Entre el lazo rosado
Con que adornaba ayer, mi compañera,
Su abundante y risada cabellera.

A completar el cuadro, y seducido.
Por el brillo y perfume de las flores,
Que tras de los cristales de colores,
Miraba sorprendido,
Llegó hasta mí, arrastrándose en el suelo
Mi *primer rapazuelo*,
Persona de once meses no cabales,
Que charla con señales,
Y nos da á comprender con sus gorgoros
Cuántos son sus temores y deseos.

Al verlo junto á mí que me pedía
Auxilio para alzarse de la tierra;
Cerré entusiasta el libro en que leía
Para sondear el secreto que se encierra
En esta imperceptible,
Pero constante, escena de la vida.
¡Cuántas veces el hijo ingrato olvida,
Que el padre debe ser el compañero,
Y amigo que le guíe en el sendero
Que lleva á los altares de María!

Y má sentusiasta aún, casi orgulloso,
Levantè al niño, que à mis piès jugaba,
Y corri presuroso—
Y en el sencillo altar, do tantas veces
He sentido calmarse mis dolores—
Ofrendé, con amor y regocijo,
La más fragante y bella de mis flores,
El lirio del jardín de mis amores:
El corazón de mi hijo.

Mayo 1896.

Remigio Romero Leon.

¡ SALVE !

Del ángel con la frase arrobadora
Te saluda mi pecho enternecido;
No alcanza el labio á pronunciar, Señora,
El nombre por un Dios enaltecido:
Permite que el esclavo que te adora,
Con llanto su cantar humedecido,
Bendiciendo tu nombre, en este día
Exclame con amor: salve oh María!

Cuando á las playas de dolor, proscrito,
Vine un día; mi madre, sollozando,
Al pie llevóme de tu altar bendito,
Y allí—dulce recuerdo—suspirando,
Al niño te ofreció; doliente grito,
De su materno corazón lanzando:
"Guárdalo, ella, entonces, te decía,
Guárdalo con amor, Virgen María."

Abrió la flor su broche en la mañana
Su aroma despidió en el medio día;
Vistióse el cielo de carúmen y grana
Al caer de la tarde,—hora sombría—

Y la flor solitaria en la peana
 Su cáliz inclinó... la flor moría!
 Entonces, moribundo, tristemente,
 ¡Ayúdame, exclamé, Virgen Clemente!

Después... era mi pecho ennegrecido
 La tumba de recuerdos placenteros....
 Cual se cree escuchar en el ruido
 Del viento, por la noche, en los oteros
 El eco doloroso de un gemido;
 Así, se levantaban lastimeros,
 Con aire indefinible de amargura,
 En mi alma, tus recuerdos, Virgen Pura!

La noche, tras el día, negra vino;
 Huyó la luz en el confín lejano:—
 Sin Norte, pobre barco peregrino,
 Perdido entre las brumas del oceano!.....
 Huyó la luz; su rayo vespertino
 No alegra el débil corazón humano.....
 ¡Murió el lampo de mágica belleza,
 No volverá á brillar: fué la pureza!.....

Todo pasó... despojo solitario
 De tantas dichas y venturas, ahora,
 Sepultadas del pecho en el osario,
 Al rayo cariñoso de la aurora
 Se ven dolientes; fúnebre calvario
 Do no riega su lumbre bienhechora—!
 ¡Quién puede devolver á mi alma herida,
 La pureza celestial ayer perdida?.....

Gota á gota, la copa de amargura
Libando estoy, proscrito desdichado:....
Pálida lumbre en el zonit fulgura,—
Cual recuerdo feliz casi borrado—
Y al punto muere en la celeste altura,
¿ ruinas solitarias ha alumbrado:
Escombros que palpitan lentamente
De mi pecho en el túmulo doliente....

Mañana, el sol al despedir su rayo
Sobre el mundo, con vívidos colores,
Vendrános de dolor el cruel desmayo
En cambio de los célicos albores.....
¡Agosto, viene tras florido Mayo,
Tras el placer, escombros y dolores... ..!

.....
Si sucumbo permite, Madre mía,
Que te cante al morir: ¡Ave María!

S. Moscoso y Tamariz.



SPES NOSTRA, SALVE.

De hermoso Mayo el astro refulgente,
Otra vèz, se alza tras la azul montaña,
Y con su foco ardiente
Del un confin al otro el mundo baña:
Mirad, cómo sus rayos disemina
Del Ecuador sobre la cumbre andina.

Mas ¿qué veo? sus vívidos destellos
Se extienden por mí patria y palidecen;
Como antes no son bellos,
Con brillo funerario resplandecen;
Cual si al astro del día acometiera
Mortal congoja que su foco hiriera.

Mas ¡oh patria, por qué te cubre el luto?
Mi pensamiento á conocer no alcanza
Por qué el triste tributo
De dolores eclipsa tu esperanza!
Fanal de Mayo, ruedas por el cielo
Como testigo de nuestro hondo duelo.....

Mas ¡oh patria! mitiga ya tu llanto;
Como Madre, María viene al mundo
Y su sagrado manto
Sobre tí tiende con amor profundo;
Como Madre, consuelo, amante quiere
A su hijo dar cuando el dolor le hiera.

Virgen Santa, vuelve acá los ojos
Mi cara patria, ayer no más, postrada,
A tus plantas, de hinojos,
Te quedò para siempre consagrada:
La ofrenda de ese día, Virgen pura,
Te renueva mi patria en su amargura.

¿Y, Tú consentirás ¡oh Madre amada,
Que la bandera de Satán tremole,
En la cima encambrada
De nuestros Andes de estupenda mole?
¿Y querrás que tu Iglesia, por el suelo,
Gima sin esperanza y sin consuelo?

Ah! no, Madre, perdóname el agravio.
Pues, tal pregunta, la excitada mente
Dictó à mi rudo labio;
Si, ya no dudo, miro claramente,
Que tu bendito corazón, María,
Es la esperanza de la patria mía.

Manuel Ortiz.

EN LA MUERTE.

De mi existencia en el confin carcano,
A un paso de la cuna
Bañado con la luz de triste luna,
Con sus fauces abiertas è inhumano,
Está el sepulcro—Allá voy, y camino
Mientras dure mi plazo—¡Peregrino!

Si el viento gime, si la fuente calla
Cuando el sol en poniente desfallece,
Mi corazón estalla
En ecos de dolor, y me parece
Que en donde quiera mi sepulcro se halla.

Vivir, llorar, morir, amarga prueba
Para el alma sin fé; pero el cristiano
En su memoria lleva
El recuerdo feliz de eterna vida,
Y la imagen querida
De la Madre de Dios y del humano
¡La Virgen! Su ternura nos alienta!

De su voz el acento nos encanta;
Con su amor nos sustenta,
Cuando la muerte espanta
Con su terror al hombre, Ella le anima.

La Virgen! como limpia luz se ostenta
De la montaña eterna allá en la cima;
En la mansión donde su amor impera
La Virgen cual un luminar fulgura
De cálica hermosura:
¡La Virgen! en el cielo nos espera.

Miguel Romero G.

ECOS DE MAYO.

De Mayo las tan deseadas
Alboradas,
Cual ilusión, han pasado,
Y han dejado
Dolorido el corazón;
¿Dónde están de los jardines
Los jazmines,
Y del pajarillo el trino
Peregrino
Y del bardo la canción?

Ya en el ocaso se oculta
Y sepulta
El hermoso sol de Mayo,
Y ni un rayo
Queda de su bella luz;
Por eso el corazón gime
Pues le oprime
A el alma indecible pena,
Cual cadena
De doliente esclavitud.

S silenciosa está la tarde;
Ved: ya no arde

Como ayer, la lumbre pura,
Ni fulgura
La luz del muriente sol;
Triste mi pecho suspira
Y la lira
Tristas endechas eleva,
Y se lleva
El frío viento mi oración

Ay, Madre, mi pecho te ama:
Y te aclama
En medio de su agonía,
Virgen pía,
Sin tu amor podré vivir?
Madre, recibe mi ofrenda
Como prenda
De mi corazón amante,
Que, anhelante,
Quiere á tus plantas morir!

J. Alberto Ortega.

ROMANCE.

[INSERCION]

I

La dulce Reina del mundo,
Madre de amor y esperanza,
Que siempre amante vigila
Mis pasos desde la infancia:

Cuando yo niño, y dormido,
De mi madre hube en la falda
A tiempo que el sol caía
Tras las azules montañas:

Vino, leda, á mí, los ojos
Me tocó con mano blanda:
Risueña, bella, amorosa
¡Madre de amor y esperanzas!

Despertóme y cual la música
Que de dulce amor embriaga
Oí decirme:—"No duermas
Antes de ver mi mirada.

Yo á la cuna de los niños
Me acerco tarde y mañana,
Para escuchar, amorosa,
El rumor de sus plegarias.

No te duermas, no te duermas
Antes de decir que me amas:
Es la ofrenda que yo anhelo,
¡Supieras cuánto me encanta!—"

Y al per de mi madre, luégo
Como paloma que canta,
Entreabrí mi labio y:—"¡te amo!
Dije á la Virgen de m alma.

II

Después, la Reina del mundo
Madre de amor y esperanza,
Lo que á los niños inspira
Amor con tiernas miradas:

La que con labios de rosa
Pronuncia de amor palabras,
Dulces como los conciertos
De las celestiales arpas:

Quando corriendo á los huertos
Iba á buscar, en las dalias,
Hermosuras y perfumes
Que en otras partes no hallaba;

—Oye—me dijo: “á esos campos,
Hijo mío, nunca vayas:
Que allí brotan los espinos
Junto á las flores amadas.

Ven á mis brazos: yo te amo:
Te lo dirá mi mirada.....
Yo soy flor: ningún espino
Hay en mí que hiera tu alma.—”

Y como suave se agita
La flor al vuelo del aura,
Obediente á tus caricias,
Quedó á tus pies, Virgen Santa.

III

Ah! si las aves, los vientos
Sus canciones me prestaran
De mis ensueños dichosos
Nunca colgaria el arpa,

Y siempre amiga y amante,
De mi amor apasionada
Escucharas mis canciones,
Madre de amor y esperanza.

Si junto á mi tumba, un día,
Al descender la montaña,
De mi doliente existencia
Otra vez, allí te hallara.

Aunque húmeda con el llanto,
Mas, libre de dolo y mancha:
Junto con mi alma proscrita
Mi arpa rota te ofrendara.....

Isaac A. Ulloa.

¡ LA SALVE !

[INSERCIÓN.]

Desde lejos, á las faldas del opuesto monte, veíase la casita de María, rodeada de frescos y aromáticos temillos, blanca como las alas de la paloma.

Después de la muerte de su esposo, María se consideró sola en el mundo y se retiró con su hijo Julio, niño todavía, á esta su casa de campo, donde sus días pasaban si no felices tranquilos á lo menos.

El tiempo es el mejor bálsamo para las heridas del alma, y la jóven viuda llegó á ser relativamente dichosa.

Julio era para ella la única, pero suprema, felicidad de su existencia. En los rasgados ojos del niño, contemplaba la pobre madre el cielo con todos sus inefables encantos y delicias; y cuando el pequesuelo triscaba alegre en la pradera, María alzaba sus ojos, bañados en lágrimas y suplicaba á la Virgen que si aun le exigía sacrificios, nunca le exigiera el sacrificio de su Julio.

El corazón de las madres es el más semejante al corazón de Jesucristo: grande como las playas del mar, y tan herido por agudas espinas, que no hay madre que no sea mártir.

La salve, oración sublime de todo el que llora en este valle de lágrimas, es la oración predilecta de las madres.

Los parientes de María se acordaron de ella, y ofrecieron á Julio risueño porvenir, siempre que este se resignara á pasar algunos años, lejos del propio hogar, educándose en uno de los liceos de la ciudad.

La pobreza es rosal que si produce flores para el cielo, produce también espinas punzadoras para el alma: María era pobre y hubo de consentir en la separación de su Julio!.....

*
* * *

Era la del Alba de un primer sábado de Mayo, y todo estaba dispuesto para la partida.

La infeliz viuda abrazó, por última vez, al hijo de sus entrañas, y este sintió rodar sobre su frente lágrimas quemadoras, como gotas de fuego; lágrimas que esculpian para siempre en su memoria recuerdos de un dolor inmenso. Quiso hablar María, pero no pudo; los labios le temblaban trémulos y convulsos. Entonces, suspendió del cuello de Julio una medallita de la Virgen de Dolores; tomó entre sus manos la frente de su hijo, empapada en lágrimas y la besó, estremeciéndose ella misma al saborear la amargura del llanto de una madre.

Alzó los ojos al cielo, único testigo que comprende nuestras penas; y, después de bendecir al pequeñuelo, lo despidió, mientras el corazón le decía que nunca tornaría á verlo.

A poco, Julio galopaba en la llanura, perdiéndose gradualmente en las curvas del camino. María inmóvil, de pié, incrustada en el umbral de su casita blanca como el ala de la paloma, rezaba, entre sollozos, la salve, la oración del desterrado.

Los días se sucedieron unos tras otros, con esa monotonía y soledad terribles que dejan en pos de sí los grandes padecimientos.

Y vino la primera carta, y María la leyó llorando, á los pies de la Virgen, y vino la segunda, y vino la tercera, y vinieron otras varias, trayendo cada una de ellas un mundo de rosadas ilusiones.....

Pasaron algunas semanas y Julio, en

todo ese tiempo no escribió. María, cada vez más pàlida y silenciosa, triste como una ave solitaria, salía todas las tardes al camino y devoraba con la vista el horizonte azul de la montaña que trasmontó su Julio.

Largas horas esperaba allí, y cuando ya el sol se moría entre nubes rojas y sangrientas como su alma, y cuando las sombras de la noche caían, cada vez más grandes, sobre los desiertos campos, y cuando las aves escondían la cabeza entre las alas y dormían; entonces, la infeliz viuda, repitiendo lentamente la salve, la oración sublime de la tarde, sobre todo, de las tardes del alma, volvíase á la casa, cuyas paredes blancas semejabán la silueta de un sepulcro.

*
* *

Era una tarde de otro sàbado, sombría y triste como esas penas que devoramos en silencio, oscura como el por-

venir de la infeliz María. Rachas de viento, venidas de la montaña, arrojaban á intervalos llovizna tan penetrante y tan sutil, que las hojas de los árboles se encogían de frío, y las flores se arrebuñaban, cerrando sus corolas.

La pobre madre se estremecía también; y más que el frío del cuerpo, le atormentaba el frío del alma. De sus ojos, siempre fijos en el horizonte azul de la montaña, rodaban silenciosamente una, dos, tres, varias lágrimas que oscilaban en sus mejillas, y, luego, empapaban de amargura sus labios maternales.

La noche de su alma se iba poniendo, cada vez, más negra que la noche de la montaña.

Sollozos profundos como su pena salían del corazón de María herido por amargos presentimientos; una ave negra atravesó el espacio, graznando fatídicamente sobre su cabeza; y, á un mismo tiempo, un ginete coronó la cumbre del pelado monte.

El Angel de la guarda habla al oído de las madres, Maria se puso en pie, temblando, pálida y fría como mármol— El Nuncio de vida ó de muerte aparecía y tornaba á desaparecer entre las montañuelas y curvas del camino, como una esperanza que brilla ó como una ilusión que se va.

El calor de la vida huyó de todos los miembros de la angustiada madre; el pecho se le alzaba y se le deprimía como si su respiración fueran los últimos sollozos de un moribundo. Sus ojos devoraban con avidez la distancia, y sus labios rezaban, rezaban con ansiedad febril, otra vez la salve.

Las tempestades del alma como las tempestades del cielo, tienen antes, mientras las nubes se amontonan, un silencio aterrador, sombrío, triste; poco después el brota de los ojos, diluvio de lágrimas.

María no desplegó sus labios; un caballero le dió una carta de filetes ne-

gros, y la infeliz sintió al recibirla ese frío inexplicable que hiela nuestras manos, cuando tocamos la piedra de un sepulcro. Con mano trémula rasgó el nema y desdobló el papel: esa hoja de papel, era la hoja de un puñal: Julio había muerto ocho días há!

*
* *

Era otra vez la tarde de otro sábado. El rudo esquilón de la campana dió, con monótono compás, en la vecina aldea, el toque de oraciones.

En esa hora sublime, la naturaleza absorta, con recogimiento profundo, parece adorar al Criador. El crujir de los árboles que cabecean blándamente, el rodar de la hoja seca; el sollozo del torrente que cae en la represa, son plegarias que se difunden, se quiebran, se multiplican y suben á los cielos, al través de un aire diáfano, transparente y puro: esos ecos son la oración de la tarde, la salve de la montaña.

Mientras la naturaleza yacía en profunda calma todo era ansiedad y angustia en la casa de María.

A los débiles resplandores de moribunda lumbre, veíase á la infeliz madre tendida en su lecho de agonía. Su respiración, sus movimientos apacibles y suaves anunciaban la tranquilidad de una conciencia inmaculada; pero desde lejos se hacían sentir las recias palpitaciones de su corazón herido. Su frente yacía pálida, sombreada por las huellas de un dolor horrible; sus labios estaban secos como si hubieran bebido torrentes de amargura.

La enferma se quejaba de un frío intenso que la recorría todo el cuerpo como una on la helada.

Paréceme, dijo, que estoy otra vez en aquella tarde en que me comunicaron la muerte de mi Julio; y dos últimas lágrimas, amargas como la hez del veneno que queda en el fondo del cáliz, surcaron sus mejillas.

Fijó sus ojos moribundos en un pequeño cuadro de la Virgen, suspendido al pié del lecho, y sus labios empezaron á moverse lentamente: la pobre mártir rezaba, por última vez, la última salve de la vida.

Aquella infeliz mujer, caída á los pies de la Virgen y sollozando con resignación, era ella misma una salvada bajada

El cuerpo se le estremeció como si le tocara el ángel de la muerte; sus labios se entreabrieron, sonriendo ligeramente, como si saborease el placer de morir, y su cabeza se dobló suavemente, como lirio que se troncha sobre su tallo después de la tempestad: María había muerto!

Todas las penas en el alma de esa mártir, se transformaron en incienso de adoración, cual las gotas de rocío se convierten en aroma al evaporarse sobre el cáliz de la flor.

• *¶* Padecimiento y resignación, lágrimas
y esperanzas: eso es la salve.

J. M. C.

LA VIRGEN DE CUENCA

POR


ABELARDO A. ORTEGA

Presbítero




Cuenca—1904

IMPRESA DEL CLERO



LA VIRGEN DE CUENCA.



En el risueño y poblado valle que circulan los ríos Matadero y Yanuncay, al término de la ancha calle que forma la "Avenida Solano," en una área circular de 20 metros de diámetro, acaba de erigirse hoy la hermosa estatua de la Inmaculada María, y aquella inauguración ha causado en los habitantes de Cuenca inmenso entusiasmo, que ha sido manifestado de mil maneras. La esbelta y artística estatua será de hoy

en más objeto de admiración y veneración de los fieles; los piadosos hijos de esta católica ciudad irán á regar lágrimas y flores á los piés de Aquella que bien pudiéramos llamar la VIRGEN DE CUENCA.

No lejos del pedestal de Nuestra Señora, el Rmo. Sr. Administrador Apostólico de la Diócesis, Dr. D. Benigno Palacios, acompañado de su clero y numerosos fieles, ha bendecido y colocado hoy la primera piedra de una pequeña capilla, que la piedad de algunos cuencanos ha empezado á construir en honor de la Santísima Virgen, con el título de Nuestra Señora de la Caridad.

Deseosos de que no quede en el olvido un día de tantas bendiciones para Cuenca, como ha sido el

8 de Diciembre de 1904, publicamos el pequeño opúsculo que sigue, en el que hemos recogido algunos datos importantes acerca de la devoción que, en todo tiempo, han profesado á María Santísima, en esta ciudad, las pasadas y presentes generaciones.

No ha habido templo en Cuenca donde no se le haya tributado culto á María bajo algún título especial: Nuestra Señora del Remedio, Nuestra Madre de las Mercedes, la Reina del Rosario, la Virgen de la Soledad, la Inmaculada de San Francisco, la Dolorosa de la Compañía, María del Consuelo de San Agustín, han sido en todo tiempo veneradas y honradas por nosotros, y célebres por las gracias y favores que han

dispensado á cuantos, con fe y amor, las han tributado homenaje y pedido bendiciones.

Qué estas breves hojas escritas en honor de la que es Trono de la Sabiduría, entusiasmen á muchos escritores católicos, y exciten su fervor, para que no queden bajo los escombros del tiempo las hermosas y santas tradiciones de la piedad cuencana, ciudad que se ha formado, vive y se desarrolla á la sombra adorable de la INMACULADA CONCEPCIÓN.

Cuenca, Diciembre 8 de 1904.





NUESTRA SEÑORA

DE LA CARIDAD

DE ILLESCAS.

Con el fin de dar á conocer la devoción á María Santísima, con el tierno y encantador título de Nuestra Señora de la Caridad, escribimos estas líneas. Tan preciosa advocación, no es nueva en la Iglesia de Dios; ella data desde el tiempo del ilustre y glorioso San Ildefonso, á quien la Reina del cielo, en premio de su tierna devoción hacia Ella, dióle su imagen, como prenda de amor maternal.

Copiamos la relación que el piadoso Sr. J. Pallès, en su *Anuario de María*, hace de la devoción á Nuestra Señora de la Caridad. “En Illescas, se venera la prodigiosa efigie de Nuestra Señora de la Caridad. Hay dos tradiciones que refieren el origen de esta prodigiosa imagen, de diferente manera: la una dice que fuè entregada por la Reina de Cielo, como prenda de amor, al ilustre y glo-

rioso San Ildefonso; la otra, que es obra del evangelista San Lucas, y traída de España desde Antióquia, por el Príncipe de los Apóstoles, ó sus discípulos, que la dejaron á San Julián, Mártir, Obispo de Toledo. Lo que parece cierto, es que San Ildefonso la veneraba tiernamente en el monasterio Agaliense, donde tomó el Subdiaconado. De aquí la trasladó el Santo al monasterio Dúbiense fundado por él y allí recibió culto en tiempo de la dominación sarracena, puesto que fué uno de los que entraron en el tratado de la capitulación de Toledo, y por consiguiente no dejó de tributarse en él el culto del verdadero Dios. Arruinado este templo muzárabe en 1500, el célebre Cardenal Cisneros dispuso que la santa imagen de Nuestra Señora de la Caridad fuese trasladada á Illescas y depositada en el convento de la Concepción de franciscas, donde obró innumerables portentos á favor de sus devotos; desde donde se extendió poderosamente su fama y sus milagros, siendo tanta la devoción que se la profesaba, que los reyes de España tenían á grande honra visitarla y la hicieron riquísimos presentes, que fueron testimonio del profundo amor y grande veneración que la tenían. El pueblo de Illescas en vista de los milagros de su exœlta Patrona, pensó erigirla el su-

tuoso templo actual, habiéndose observado con tal motivo la siguiente maravilla. Resolvieron aprovechar la piedra del antiguo alcázar para el efecto, y á este fin contrataron con los alcañifes el precio que les costaría el derribo del alcázar, precio que fué excesivo, pero que sin embargo, convino en pagarlo la rica población de Illescas; mas viendo tanta generosidad, quiso la Virgen Santísima favorecerles, enviando por la noche un vendaval tan desencadenado, que parecía derribar la población, y sin embargo, sólo derribó el alcázar, sin que causare el menor daño á las miserables chozas que había unidas á él. Con estos materiales levantóse el hermoso templo actual, que fué trazado por el célebre arquitecto llamado el Grieco, teniendo comienzo el 11 de Marzo de 1562, y durando la obra treinta años. En él se depositó la Sacratísima imagen de la Virgen María, y desde él derramó las inagotables misericordias de su mano á todos los que acudían á invocarla, siendo devotamente visitada por grandes poblaciones. Los católicos vecinos de Illescas, tan amantes de su excelsa Patrona han sabido resguardar su santuario, de tal manera, que se conservan á pesar de los tiempos, las grandes riquezas con que la piedad de los fieles le ha enriquecido. La ciudad de Illesca

celebra la fiesta de Nuestra Señora de la Caridad el 20 de Setiembre." (1)

De esta compendiosa relación, que el piadoso autor, hace de la portentosa imagen de que tratamos, se desprende, que la devoción antes quizá muy popular én Quito, la trasladaron de España los religiosos franciscanos, de quienes era la iglesia de San Diego; y que en vista de los insignes favores, que en esos tiempos, concedía María Santísima á la Madre Patria, la hicieron también la Patrona de la iglesia de su nuevo convento, colocándola con este fin en el trono del altar mayor, como hasta ahora se conserva, sin que se sepa que jamás se haya cambiado con otra advocación distinta.

Ahora, pues, valiéndonos de la ocasión propicia del Año Jubilar de la Inmaculada Concepción, llamamos la atención de las personas eruditas, que se han dedicado á la preciosa tarea de dar á conocer las devociones á María en el Ecuador, para que estudiando los archivos del convento de San Francisco, salven del olvido el recuerdo de la prodigiosa Virgen, á quien, según parece, fueron dedicadas las fiestas

(1) Cita de Moreno Cevada—Glorias religiosas de España.

las religiosas de nuestra Independencia.

La advocación y la imagen de Nuestra Señora de la Caridad, atraieron nuestro afecto de niños, dadas las circunstancias que para ello concurrieron.

A mediados del siglo pasado, el entonces joven sacerdote Dr. Ignacio Marchán, conocido en Cuenca y Loja, por su piedad y saber, trasladóse á la capital de Quito para optar á los grados académicos, que solamente se obtenían en la Capital. A su regreso, el Dr. Marchán, como recuerdo de sus estudios y fatigas, trajo consigo á Cuenca una preciosa imagen de María, de ochenta centímetros de longitud, y que llevaba al pie la siguiente inscripción: "Nuestra Señora de la Caridad de Illescas, que se venera en la recolección de San Diego de Quito."

La pintura está hecha al óleo y parece ser obra nacional, representa á la Virgen de pie, sobre la luna, radiante entre nubes, rodeada de querubines; estrecha con sus puras manos á su Hijo divino, quien lleva en la diestra el santo rosario, mientras con la izquierda sostiene un mundo que sirve de pedestal á una cruz; también corona una pequeña cruz el largo cayado ó báculo que se arrima al brazo izquierdo de la Señora, cuya sien está ceñida con diadema de reina. El rostro de Nuestra Señora de al

Caridad es celestialmente amable, y se distingue por la ternura de la mirada; esta imagen como la de Nuestra Señora de la Nube, simboliza á la Virgen en actitud de entregar á los hombres su divino Infante.

En el seno de una cristiana familia de Cuenca, háse conservado el cuadro traído de Quito por el Dr. Marchán.

Ahora pocos meses tuvimos lá fortuna de encontrar en la pobre habitación de un artesano, una pequeña caligrafía de la Virgen de la Caridad, en todo idéntica á la que acabamos de describir. El artesano de que hablamos, nos ha referido, que habiendo sido sirviente del Canónigo Señor Paz, acompañóle á la capital, ahora muchos años, y que allí, en una piadosa cofradía de la Santísima Virgen, obtuvo la estampa de que venimos hablando; al pie de este pequeño cuadro ennegrecido por el humo y el lapso del tiempo, se lee lá misma inscripción: *Nuestra Señora de la Caridad de Illescas, que se venera en la recolección de San Diego de Quito;* Datos pequeños, como aquellos que se encuentran en las lápidas de olvidadas tumbas!

Sensible nos es el no poder transcribir parte siquiera de lá preciosa Novena de Nuestra Señora de la Caridad. Tan interesante documento, traído de Quito por el mismo Señor Marchán, desapareció de la Biblioteca del Seminario, cuan-

do fué ocupado por las tropas radicales, en 1896.

Solamente la familia del Señor Marchán, á la cual pertenecemos, conservaba la devoción á María, bajo el tan significativo título de la Caridad. Cuando ahora algún tiempo visitamos á Quito, pudimos celebrar el santo Sacrificio, en el altar mayor de San Diego, en cuyo nicho principal, se conserva, casi desconocida, la antigua y veneranda imagen, en cuyo honor trazamos estas líneas.

Largos años ha sido Nuestra Señora de la Caridad la Reina de la familia de dos sacerdotes, que á los cuidados y amor maternales de tan excelsa Madre, nacieron, crecieron, se educaron, y por fin, sin merecimiento alguno, sólo por haberla invocado ¡Madre! los constituyó continuadores de la Misión de su divino Hijo..... La pluma quiere deslizarse al tocar en este punto..... Guárdelo todo en lo más recóndito el corazón..... y calle y adore al Señor que ha concedido al hombre por madre á su propia Madre.

Agradecida, en fin, la familia, dueña de la santa imagen, por tan inmerecidos favores, trató de extender y propagar su devoción á Nuestra Señora de la Caridad; y no encontrando ocasión más oportuna que la del presente año, fiesta jubilar de María Inmaculada, mandó á esculpir, á sus espensas, una bella imagen, de

tamaño natural.—Obra bellísima, de mérito artístico, que alcanzó en la Exposición Azuaya, del presente año, premio de primera clase á su piadoso é inteligente autor, el Señor Don Daniel Salvador Alvarado.

Esta preciosa imagen de María, en todo semejante á los dos cuadros que antes hemos descrito, ha sido regalada para la capilla que hoy se edifica en la "Avenida Solano"..... Quiera Nuestro Señor que el transcurso de los tiempos, no sepulte nuevamente en ingrato olvido á la Reina de la Caridad! Que los cuen- canos la veneren siempre, recibiendo de las ma- nos de la celestial Señora el caudal de mise- ricordias con que favorece á los que la sirven é invocan.



NUESTRA SEÑORA DE LA LUZ.



Esta preciosa devoción á Nuestra Señora de la Luz, fué establecida en Cuenca, á principios del siglo pasado. De su fundador el célebre y piadoso orador de entonces, Canónigo Dr. D. José Mejía, sacerdote de Lima, se conservan aún los deliciosos aromas de su tierno amor á la excelsa Reina de los cielos (1). A este benemérito sacerdote, es también á quien se debe la tradicional devoción á la Preciosa Sangre de Nuestro Señor, cuya novena y fiesta solemnes, se celebran, hasta ahora con grande piedad, por los artesanos, en la iglesia del Carmen antiguo.

Cuenca que siempre ha profesado filial amor á la Santísima Virgen, no pudo manifestarse indiferente á la nueva devoción, que se la inspi-

[1] El Dr. Mejía mandó pintar un cuadro de la Santísima Virgen, y él á los piés de la divina Madre, á quien amaba con filial ternura. Este cuadro se conserva hasta hoy, en casa de la familia del Dr. José María Landín.

aba, y que muy luego había de convertirse en fuente de bendiciones para todas las familias. Grande, fué pues, la veneración que todos los cuencanos llegaron á rendir á Nuestra Señora de la Luz; de modo que se consideraban desgraciados, aquellos que no poseían una imagen de tan soberana Reina.

El año de 1836, el Reverendísimo Prelado de la Diócesis, en vista de la ferviente devoción que todos los diocesanos tenían á Nuestra Señora de la Luz, trató dar más ensanche á su fervor, y enriquecer con gracias espirituales las hermosas prácticas en honra de la Santísima Virgen. Al efecto, hizo su petición á Roma, con el fin de que se le concediera facultad para establecer en la iglesia contigua á la Casa de ejercicios, de la ciudad, las Cofradías del Corazón adorable de Jesús y de Nuestra Señora de la Luz. Su Santidad, el Papa Gregorio XVI accediendo á la petición del Reverendísimo Prelado de Cuenca, Dr. Mariano Vintimilla, en el mismo año, concedió las dos singulares gracias, que fueron la más clara manifestación de que el divino Corazón de Jesús y Nuestra Señora de la Luz, se habían complacido del amor que Cuenca les profesaba.

Fundada ya la Cofradía de Nuestra Señora

ra de la Luz, en la Capilla del Corazón de Jesús, y alentados los fieles con las innumerables gracias, que concedían á los cofrades, creció el número de los devotos, contándose en él las personas más distinguidas de la ciudad, como el mismo Reverendísimo Prelado, los Señores Canónigos, los religiosos de uno y otro sexo y caballeros y señoras más notables. La Cofradía de Nuestra Señora de la Luz, como consta de los respectivos documentos, que luego transcribiremos, fué afiliada canónicamente (por no haber otra semejante en la Iglesia) á la familia de los PP. Trinitarios, Cofradía riquísima en privilegios e indulgencias. El *Elenco* de estas gracias se conservaba, hasta hace algún tiempo, en la iglesia donde estaba erigida la Cofradía. El escapulario blanco con una corona roja, era el que cada año, tomaban los cofrades, en el día del Patrocinio de la Santísima Virgen, día en el que se celebraba la fiesta de Nuestra Señora de la Luz, precedida de una devota Novena, que constaba de misa cantada con el Santísimo manifiesto, por la mañana, y distribución con plática respectiva por la noche. Era de admirar la piedad con que todo Cuenca asistía á la Novena y fiesta que se celebraban todos los años, en honra de Nuestra Señora de la Luz.

Las cuotas que erogaban los fieles por el escapulario, formaban el fondo pío, que se invertía en socorro de las personas pobres, que durante la Cuaresma se recogían, para sus ejercicios espirituales, en la Casa del Corazón de Jesús. ¡Cuántos infelices por este acto de piedad de los cofrades de Nuestra Señora de la Luz, habrán salido del estado de tinieblas en que se encontraban sus desgraciadas almas!

Los documentos siguientes son copias literales y exactas del libro respectivo, que tenemos á la vista, en el que se contienen la concesión Pontificia y los nombres de todos los cofrades; documentos, todos refrendados por el Reverendísimo Prelado de entonces.

“ Nos el Dor. Mariano Vintimilla, Abogado de los Tribunales de Justicia de la República del Ecuador, Delegado Apostólico y Vicario Capitular del Obispado en Sede vacante, &, &.

“ Por cuanto, Nuestro Santísimo Padre Gregorio XVI, á consecuencia de la petición que le hicimos, se ha dignado expedir en veintisiete de Abril, de mil ochocientos treintiseis, el Breve, que copiado á la letra dice así.

“ Santísimo Padre.— Mariano de Vintimilla Vicario Capitular de la Diócesis de Cuenca, en las Indias Occidentales, humildemente postrado, á los piés de Vuestra Santidad, pide que Vues-

gra Santidad le conceda las Cofradías del Corazón Santísimo de Jesús, y de la Virgen Santísima María, bajo la advocación de Nuestra Señora de la Luz, á la casa donde al presente, bajo el nombre de Casa de Ejercicios Espirituales se administran estos (que en estos tiempos difíciles ha conseguido el postulante edificarla). Que las limosnas que se den por los cofrades, sirvan para sostener á los fieles, en los días que se ocupan en dichos Ejercicios, y que á una y otra Cofradía, se concedan las gracias, que suelen darse á cualquiera Archicofradía. — Por lo cual, en el día veintisiete de Abril, de mil ochocientos treintiseis, de audiencia de “Nuestro Santísimo Señor Gregorio, por la Divina Providencia, Papa XVI, por conducto del infrascrito Secretario de la Congregación instituida para negocios Eclesiásticos, atento á lo expreso, concede benignamente la gracia, dando al postulante las facultades necesarias y convenientes, para erigir las cofradías indicadas en las pæces, en la casa de que se trata; y de aplicarles cada uno de los privilegios que suelen pertenecer á otras del mismo género, rectamente instituidas; pero guardando la forma de semejantes disposiciones; sin que obste ningunas disposiciones contrarias. Dada en Roma en la Secretaría predicha de la

Sagrada Congregación en el día, mes, y año arriba referidos.—Luis Irgia, Arzobispo de Calcedonia, Secretario de la misma Congregación—(Lugar del sello.)”

“Nos en uso de esta facultad Apostòlica erigimos, instituimos la Cofradia de la Virgen Santísima María en su advocación de la Luz, cuya imagen se venera en la Capilla de esta Casa de Ejercicios. Y por cuanto, no hay otra Cofradia de la advocación expresada, para hacer extensivas sus gracias y privilegios á la presente: queremos que esta tenga todas las indulgencias y prerrogativas de que goza la Cofradia de los Padres Trinitarios; para lo que sólo variamos el día del fundador, en el del Patrocinio de la Virgen Santísima de la Luz, para que los Cofrades, confesando y comulgando en ese día, ganen indulgencia plenísima, con perdón de todos sus pecados, que han concedido los Romanos Pontífices á dicha Cofradia de la Santísima Trinidad. Todos los fieles de uno y otro sexo, que hagan apuntar sus nombres, y apelativos en un Libro destinado á inscribir por el Capellán, que hemos nombrado, tendrán la obligación de pagar, los que tengan comodidad, cuatro reales en la entrada, y otros cuatro cada seis meses, durante su vida; y los pobres la mitad, en la misma forma, cuyas limosnas servirán para man-

tener en los días de ejercicios, á las personas que no tengan como sufragar su pensión correspondiente. En esta virtud, llevando consigo el Escapulario de la Virgen Santísima de la Luz, ganarán todas las gracias, privilegios é indulgencias en la vida y la muerte, que ganan los hermanos de la cofradía de la Santísima Trinidad; además tendrán los cofrades vivos y difuntos una misa mensual, que la dirá indefectiblemente el capellán, los primeros Sábados de cada mes, en la capilla de esta Casa de Ejercicios. Para que los Cofrades se instruyan del inmenso tesoro de gracias, se fijará en las puertas de dicha Capilla el Sumario de ellas.—Firmado de nuestra mano, y refrendado por Nuestro Secretario de gobierno.”

“Póngase noticia circular a todos los párrocos del obispado, para que instruyan á sus fieles de la institución de esa Cofradía, y con su noticia ocurran á hacerse participantes de los bienes espirituales, que se ganan en esa Cofradía. Dado en Cuenca á seis de Marzo, de mil ochocientos treinta y siete.—Dr. Mariano Vintimilla.—Manuel de Ortega, Secretario.”



NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

Acercan del origen de la devoción á la portentosa Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe de Baños nada hay de cierto. Las noticias que hemos podido encontrar, se fundan solamente en probabilidades, que no dan luz suficiente para asegurar con certidumbre el tiempo y origen de esta tan antigua devoción. Lo que sí alcanzamos á ver, cuando niños, es el recibimiento singular que toda la población de Cuenca, presidida de las autoridades eclesiástica y civil, hacía á la Reina de los Cielos, en los tiempos de calamidad pública. Todavía se recuerda cuán misericordiosa se manifestaba Nuestra Señora de Guadalupe, cuando Cuenca, amenazada del flagelo del hambre, llena de confianza, la pedía las lluvias. Era notable el prodigio. La misma santa Imagen hacía su triunfal entrada en la ciudad, empapada en copiosa lluvia, de la que mucho tiempo carecían los campos.

Los siguientes datos nos ha suministrado el Venerable Párroco actual de Baños:

“El culto que los fieles de la Diócesis de Cuenca tributan á la Santa Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, venerada en la iglesia pa-

croquial de Baños, es inmemorial. Al comenzar el siglo XIX se hallaba ya destruída la antigua Capilla situada al pie de la colina de los Hervideros, hacia el Oeste, y junto á la Gran cueva denominada hasta hoy *Cueva de la Virgen*. Entonces mismo las grandes posesiones que allí se conservaban, con el nombre de Fondo de Nuestra Señora de Guadalupe, pasaron á poder de particulares, mediante contrato celebrado con el Señor Toledo, cura de la parroquia entonces, y con autorización del Prelado de ese tiempo —En el siglo anterior, el XVIII, creemos que también fué célebre el culto tributado á Nuestra Señora de Guadalupe, por la denominación que los Ilustrísimos Señores Obispos de Quito, al visitar la parroquia de Baños, daban á este pueblo “Parroquia de Nuestra Señora.” “Ermita de los Baños”, & según la española costumbre de llamar Ermitas á los templos dedicados al culto especial de la Santísima Virgen, fuera de las ciudades. Y hoy los feligreses de más avanzada edad refieren que sus abuelos les decían que, *Nuestra Señora de Guadalupe ha sido siempre la dueña de este Pueblo.*”

“En cuanto al origen de esta Santa Imagen, en primer lugar nunca podemos confundirla con la de Méjico; basta comparárlas: la de allí es sola, en actitud suplicante y pisa sobre rosas; la

de aquí, tiene á sus piés la luna, en la una mano un cetro y en la otra al Niño Dios que juega con el mundo y lo bendice. Por lo que, pues, por ser su culto del tiempo de la Colonia, por el talante singular de la Imagen, y por la dependencia que nuestra santa Iglesia Catedral tenía con la de Sevilla, nos recuerda á Aquella que tuvo á sus piés á San Leandro, Arzobispo de esa Metrópoli, y á varios príncipes de España, y que más tarde hallada junto al río Guadalete, fué llamada de Guadalupe, por la denominación que los Arabes dueños de gran parte de España, dieron á ese río."

Por lo que al culto tributado á Nuestra Santa Imagen en el último siglo, las constantes peregrinaciones hechas por todas las clases sociales de la Diócesis y apoyados por los Prelados, especialmente los Ilustrísimos Toral y León, y el Reverendísimo Administrador Apostólico, que gobierna actualmente la iglesia cuencana, manifiestan que la Santísima Virgen, como Reina de bondades, ha derramado constantemente sus favores sobre todos sus devotos y que su devoción bajo ese título es de su agrado. ¡Gloria á Nuestra Señora de Guadalupe!....

NUESTRA SEÑORA DEL RÍO.

De este antiguo santuario de Cuenca, apenas nos queda el recuerdo.—La piadosa tradición, hasta hoy conservada entre los antiguos, proclama la misericordia de María Santísima para con Cuenca. Dícese, pues, que el primer santuario del Río, del que no existe ni vestigios, fué edificado á orillas del Matadero, con el fin de que la casa de la poderosa Virgen, sirviera como de dique incommovible contra las furiosas crecientes del Bamba, que amenazaba con frecuencia devorar la ciudad, y especialmente el Egidio,—convirtiéndole muchas veces, en un gran lago, victimando por tanto á sus habitantes, y devastando todo cuanto de hermoso tenían los fértiles y floridos campos.

La historia patria no nos da de una manera cierta, la razón que tuvieron nuestros piadosos mayores, para haber dedicado á María Santísima esa capilla á la ribera del Matadero. Muchas investigaciones hemos hecho con el fin de descubrir algo acerca del origen del devoto santuario; y nada verosímil, nos ha sido dado encontrar. Lo que sí es cierto, y lo alcanzamos á ver, es la tradicional piedad con que los devotos de Nuestra Señora del Río, acudían

á la santa Misa, que todos los sábados del año, celebraba un anciano sacerdote, dueño de la mencionada capilla. ¿De las misas de los sábados, de las Novenas del Niño Jesús y de la Inmaculada, que se celebraban con pompa en la Capilla de Río, quién no tendrá impreso en su alma un tierno y consolador recuerdo?....

Ahora bien; nosotros sin dar como segura la antigua tradición,—nos proponemos hacer revivir en los enuecamos el recuerdo, no del primer santuario del que no existen ni vestigios, como hemos dicho; sino de la segunda capilla, donde muchos de los que aun hasta ahora viven, llenos de confianza iban á derramar su corazón atribulado, contando uno á uno sus males á María Santísima, que se complace en llamarse Madre del que llora. He aquí lo que alcanzamos á ver de la segunda capilla, hoy en ruinas [1]. Este santuario era por demás pobre; en el único altar que había, estaba el cuadro, hermosa pintura antigua de la Inmaculada, puesta entre algunos toscos y

(1) La segunda capilla no estuvo en el mismo sitio que la antigua, pues, no habiéndose podido reedificar la primera, no obstante varias tentativas, y haberse pedido limosnas, el Dr. José Nieto, presbítero, edificó la segunda en terreno de su propiedad.—

desaliñados búcaros de claveles, rosas y romeros, sencilla ofrenda del menesteroso á los piés de la Virgen. El recinto del oratorio era del todo pequeño, de modo que las personas que asistían á la santa misa, apenas podían caber en corto número. Nada suntuoso ni rico había en la capilla del Río: sólo causaba admiración la piedad con que los grandes y pequeños adoraban á Jesús Sacramentado, que se inmolvaba en ese devoto lugar, como en Belén, entre los brazos de su Inmaculada Madre. Hoy, aun de esa segunda Capilla no existen sino derruidas paredes, cubiertas de musgo y de silvestres capuchinas: ¿Por qué María habrá abandonado ese lugar de tantas bendiciones para el hombre? Por qué no se reedificará ese santuario, tantas veces regado por las lágrimas de los amantes de la Virgen? Largos años há que enmudecieron las campanitas de la Virgen del Río! El canto conmovedor de las Letanías lauretanas de los sábados, y las tiernas letrilas en honor del Niño, han sido sustituidos por el melancólico canto de los goriones y el molesto chirrido de las cigarras.

Antes de terminar el esbozo acerca del santuario de Nuestra Señora del Río, diremos que á esta veneranda imagen que existe en una casa particular, nos es dado verla tan sólo, cada año, en la fiesta, que el 8 de Diciembre, algún devoto ce-

lebra en la iglesia parroquial del Sagrario. . . . Hoy pocos son los que recuerdan de Nuestra Señora del Río, personas sencillas de los campos, que de vez en cuando preguntan por la Santa Virgen que amaron sus mayores. ¡Oh! si los grandes de la tierra tuvieran la fe y la confianza de los humildes de corazón! . . .

Quiera Nuestro Señor, que el recuerdo hecho de la capilla donde veneraron en otro tiempo los cuencanos á su Madre Santísima, despierte en los de hoy, la feliz idea de reedificarla, pues, ahora más que nunca, es necesaria su protección á las riberas del antiguo Bamba, que si actualmente no es el matadero del cuerpo á lo menos es el testigo de las asechanzas que se arman contra la inocencia.

La siguiente composición que la reproducimos, obra digna de su inspirado y devoto autor, el Doctor Miguel Moreno, es manifestación clara del ferviente amor que los jóvenes de entonces profesaron á Nuestra Señora del Río.

LA VIRGEN DEL RIO.

Porque vives adentro
de ese molino,
porque te quiero tanto,
Virgen del Rio,
Virgen bendita,
perdona si te llamo
Molinerita.

Ay! si como otro tiempo
gozar pudiera
de tus misas de Niño
de Noche Buena!
Ah! Madre amante,
si á tu lado estuviera,
sólo un instante!

Entonces te diría
mi honda nostalgia,
y en un ramo de flores
te consagrara
mis desventuras,

mí amor y mis ardientes
lágrimas puras.

Mas ay! ya tanto tiempo
que en balde vivo
ansiendo tus alegres
misas de Niño,
do tus favores
imploraba yo, en cambio
de humildes flores.

En vano, Madre mía;
porque á mi patria
cada vez la contemplo
á más distancia;
y año tras año
mis lágrimas se mezclan
á pan extraño.

Porque desde yo niño
te quiero tanto,
porque me tienes lejos
del suelo patrio;
y por él lloro
y, abrumado de penas,
mi mal deploro;

Y como donde vives
se muele trigo,
puñaditos de penas
de aquí te envío:
¡Virgen bendita!
sé, pues, de mis dolores
Molinerita.

Perú 1880.

M. M.



NUESTRA SEÑORA DE CULLCA.

De esta capilla privada, por muchos años constituida en fuente de inefables bendiciones para Cuenca, por desgracia, ya no existe sino el sitio. Con la muerte de sus primeros dueños, los iniciadores de la devoción á Nuestra Señora de Cullca, desapareció ese venerado santuario, y con él las piadosas romerías de las familias ricas y pobres de la ciudad, hacia esa grata y poética eminencia. La encantadora colina de Cullca, antes tan querida para los cuencanos, hoy es para todos, el lugar de los más tristes y luctuosos acontecimientos. ¿Quién no recordará á Cullca del 22 de Agosto de 1896 ?

La historia y origen de esta devoción, antes tan generalizada en la ciudad, es como sigue.

El piadoso caballero Sr. Don. Felipe Izquierdo, dueño de la Quinta de Cullca, en que se hallaba la devota Capilla, hallándose cierto día presa de un grave sufrimiento, dijo confidencialmente á su virtuosa mujer: hoy que nos abrumba esta pena, no tenemos otro recurso que el de recurrir á la protección de Nuestra Madre María

Santísima del Rosario. Ella es el único consuelo de los que lloran; esperemos, y jamás seremos desamparados. Ofrezcamos, pues, á la Reina de los Cielos, que jamás nos ha desoído, si nos concede la gracia de librarnos de esta pena que nos abruma, colocar su santa imagen en la sala que mira hacia Cuenca; y una lámpara arderá delante de Ella, todas las noches, durante nuestra vida. La devota esposa accedió llena de gozo á la proposición de su marido. La promesa estaba confirmada; y no faltaba, sino que María Santísima la aceptara. Mas, ¿cuándo la Virgen desatiende la petición sencilla de sus hijos? . . . Concede á la fe de esos esposos lo que le piden; y ellos á su vez cumplen su voto; y con esto iniciase la consoladora devoción, que Cuenca la secunda con entusiasmo. La humilde capilla de Cullea conviértese, desde entonces, en foco de luz vivificadora, que hasta hace algunos años manifestaba el amor de los cuencanos á la Reina del cielo, constituida dulce esperanza, de todos los que la invocaban.

Establecida ya la devoción; — Cullea llegó á ser el lugar más caro de peregrinación para Cuenca. A ella iban los ricos y los pobres, los grandes y los pequeños, los sabios y los ignorantes: para todos era la casa de la más tierna de las madres. Las tardes eran de frecuente y piadosa peregrinación; y el oratorio, aunque en extremo

pequeño, casi siempre estaba repleto de hombres, mujeres y niños, que todos con las manos levantadas hacia el cielo y los ojos fijos en la Santísima Virgen, ora la pedían nuevas gracias, ora la manifestaban su gratitud por los dones ya concedidos. Cuántas lágrimas no se derramaron en esa devota capilla! Cuántos doloridos ayes no se exhalaron!! Qué cuencano no recordará con pena de esas luces que siempre por la noche coronaban la colina de Cullea? Lo recuerdan esos pecadores, que volvieron á la verdadera vida iluminados por los rayos de la luz de Cullea, de esa luz, mirada maternal de María, que penetraba en la noche tenebrosa del alma! Lo recuerdan aquellos, que en medio mismo de sus orgias nocturnas volvieron los ojos hacia el foco de esperanza; y vencidos por el remordimiento de la conciencia, á la distancia, repiten esos dolientes ayes de la Salve: *Misericordes oculos ad nos converte* Oh Madre... Madre compasiva de los pecadores, vuelve esos misericordiosos ojos á este miserable pecador que te invoca!—Cullea era, en una palabra, como la estrella de esperanza de cuyos apacibles rayos nadie se consideraba privado.

Estos tiernos pensamientos, acaso inspiraron al distinguido poeta cuencano, Sr. Dr. Miguel Anjel Corral, aquel precioso artículo titulado "Cordon de luces." Sentimos no haber podido

encontrar este artículo de gran mérito literario, que recibió encomios de la prensa peruana, y que lo reprodujo en sus periódicos más renombrados de entonces. Era pues el "Cordón de Luces" la tierna manifestación del amor filial, que la juventud de antaño profesaba á su amorosa Madre, la Virgen de Cullea.

La Virgen de Cullea es el conocido cuadro de Nuestra Señora del Rosario, con su Niño en los brazos, y teniendo á su lado á los gloriosos patriarcas Santo Domingo y S. Francisco, que arrodillados la rezan y veneran. Distínguese la pintura de que hablamos por la naturalidad y perfección del rostro de Nuestra Señora.

Tan primoroso cuadro se conserva actualmente en la iglesia parroquial del Sagrario; ojalá el venerable sacerdote que ahora rige esa iglesia se empeñara en coleccionar de las personas piadosas, el fondo suficiente para la construcción de un altar digno de la tradicional y hermosa imagen.

LA INMACULADA DE YUCMACAY EN PAUTE.

El origen de la Virgen de Yucmacay es muy conocido de los habitantes de Paute. La sen-

esta historia, es la siguiente: Contristados sobremanera los sacerdotes Oblatos que servían esa parroquia, en 1893, por el crecido número de personas que morían ahogadas en el caudaloso Paute, sin auxilio ninguno de la Religión, concibieron la feliz idea de colocar una pequeña imagen de la Santísima Virgen en la cumbre de la cercana eminencia del cerro, denominado Rumi-cruz de Yuemacay, contra cuya base de piedra se estrellan las hinchadas olas del río.

He aquí lo que se lee en la brevisima crónica que el Párroco de entonces escribió á este respecto en uno de los libros parroquiales, correspondientes á la indicada fecha: "El primer sábado de Mayo de 1893, en medio de numeroso concurso, se colocó en una de las grietas del cerro de Yuemacay, á orillas del río de Paute, una pequeña imagen de la Inmaculada, á cuyas benditas plantas, después de la bendición del sitio, los sacerdotes entonaron la *SALVE REGINA*, y niños y niñas de las escuelas pronunciaron devotas poesías en honor de la Virgen, que al punto, manifestándose Madre cariñosa, se constituyó su protectora."

La Virgen Santísima, que acostumbra premiar á la más pequeña manifestación del amor de sus hijos, no tardó en derramar sus beneficios: cesaron las aciagas muertes, como es noto-

rio, y lo pueden testificar las personas más notables del Cantón. El pueblo, por su parte, se manifestó agradecido á tantas bondades de María y levantó la hermosa Capilla, donde se conserva la esbelta imagen que la mandó á esculpir la piadosa matrona, Señora Juana Valdivieso de Astudillo, quien además de donar el sitio para el Santuario, erogó notables limosnas para la fábrica de la casa de la BALZERITA DEL RIO.

La bendición de la primera piedra del templo fue quizá la más solemne de cualquiera otra que hasta entonces, se haya verificado en las poblaciones distantes de la ciudad. Después del panegirico y de la misa solemne, que la celebró el Reverendísimo Prelado de la diócesis, Señor Doctor Don Benigno Palacios, asistido de notables señores sacerdotes, procedió á la bendición de la primera piedra, siendo el padrino el católico gobernador de entonces, Sr. Dr. D. Benigno Astudillo.

Al concluir el esbozo que hemos trazado acerca de las antiguas devociones de Cuenca á María Santísima; hemos creído sagrada obligación dar á conocer aunque ligeramente, la de la Inmaculada Concepción de Yucmacay, en Paute, conocida con el nombre especial de BALZERITA DEL RIO. El pueblo dió este nombre á la Reina de los cielos, por haber la bondadosa Madre conjurado, de

una manera prodigiosa, las muertes desastradas, que ocurrían constantemente en el caudaloso Paute. ¡Qué de víctimas no se contaban anualmente en ese río, que era tenido como el cementerio de todo el desventurado Cantón!..... Mas ¡Oh prodigio!—desde el 4 de Mayo de 1893, fecha memorable del establecimiento de la devoción á la Inmaculada de Yucmacay, hasta hoy no se deploran los fatales desastres tan frecuentes hasta entonces.

El Ilustre Concejo Municipal, á su vez, rindió también su homenaje de gratitud á la Reina de los cielos, dedicándola por cesión solemne el costoso puente de Paute, de modo que ahora es conocido por todos con el bello nombre de "Puente de la Inmaculada". Para conservar ese cristianísimo decreto municipal se colocó en el puente una pequeña estatua de bronce que simboliza á la Inmaculada de Lourdes. Ojalá que Paute no olvide jamás á su bondadosa Madre y Protectora, y guarde impreso en su corazón estos preciosos recuerdos. El 4 de Mayo de 1893 y el 8 de Diciembre de 1904 son días que deben recordar á los hijos de Paute cuánto les ha amado la Inmaculada Concepción.....

Diciembre 8 de 1904.

Abelardo A. Ortega.

Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.

RECUERDO

DEL

MES DE MARIA

DE

1896.



Imprenta del Clero.



MES DE MARIA.

Entre todas las manifestaciones de la piedad cristiana, las que se refieren á la Santísima Virgen, tienen un poderoso atractivo para cautivar el corazón de todos los fieles, y despertar simpatía profunda en el alma de los niños y los jóvenes.

El mes de María, en el año presente, ha llevado un sello especial de entusiasmo y fervor, que ha hecho revivir grandes consue-
los y risueñas esperanzas.

La juventud estudiosa, arraigada en sólidos principios de fe y moralidad, profundamente consagrada al servicio de la Madre de Dios, no retrocederá en el cami-

no emprendido, y con su hermoso ejemplo traerá, en pos suya, nuevas generaciones, que perpetúen el culto de la Santísima Virgen y el amor á todas las verdades de nuestra Sacrosanta Religión.

Al terminar el presente mes de Mayo, hemos querido recoger, en estas pocas hojas, algunos ensayos literarios que sirvan de recuerdo de la fiesta con que terminan las prácticas piadosas, que se celebran durante todo el mes.

¡Qué la Virgen acepte la descolorida flor, y, qué año tras año, encuentre en nuestro Colegio, li-
ras más armoniosas, plumas más inspiradas, corazones más amantes!, tal es nuestro sincerísimo deseo.

Mayo 31 de 1896.

MADRE DE AMOR.

En el camino que principio apenas
Despedazan mis plantas las espinas,
Y mi pecho, agotando un mar de penas,
Quisiera cual las tristes golondrinas
Tender las alas y arribar al cielo,
Unica patria de inmortal consuelo!

¡Madre de amor! del infeliz abrigo,
De los mortales fúlgida esperanza;
Pobre, cual soy, tu compasión mendigo.
Lleno mi pecho de filial confianza:
Madre divina, tu piedad espero
Cual en la reina espera el pordiosero.

Llevo en mi sien, ceñida con abrojos,
El símbolo de temprana desventura,
Y mi pecho atesora los despojos
De otra edad, rica en plácida dulzura;
Tú, mi Madre, consuela mi quebranto,
Tu mano amiga enjague el triste llanto....

Sonando un mundo de indecible gloria
Me sonríen fugaces desvaríos,

Y al espirar me deja en la memoria
Dolor y pena confidentes míos;
Do iré, Madre de amor, Madre del alma,
Si á tu amparo no encuentro dulce calma?

Quisiera cual las aves, en mis cantos,
Compendiar la nostalgia de la vida,
Y à la par de mis ansias y quebrantos,
Esperar en tu amor, Madre querida;
Si es mi pecho un volcàn efervescente
Incéndielo tu amor, Virgen clemente!

Viajero soy, sin rumbo, ni camino,
Nauta perdido en medio la tormenta,
Tan sólo sé que al puerto me avecino
Si en tus brazos me arrojó, si me alienta
Tu abrigo maternal, y si en tu anhelo
Me muestras el camino que va al cielo....

Julio Calderón J.

¡ACUERDATE DE MÍ!

¿Recuerdas, hace tiempos, Madre mía,
Con la inocencia en flor,
Que exhalaba perfumes á tus plantas
Te di mi corazón?

* •

¿Recuerdas de ese canto que mi madre
Amante me enseñó?
Esas notas te daban mi existencia
Y mi primer amor.

* •

¿Recuerdas que una tarde á tu santuario
Mi madre me llevó,
Y rezábamos juntos la plegaria
Al toque de oración?

* •

Y entre llanto de cruel presentimiento
A Tí me consagró,

—Serás, tú, siempre, el hijo de María,
Me dijo en su emoción.



Y al ver, con tierno afán, tu santa imagen
; Oh Virgen del dolor!
—De hoy, en más, sea tu hijo el hijo mío
A Ti te suplicó!



—Mi amor de madre ¡oh Virgen! te lo entrega
Es tuyo, prosiguió,
Y guárdalo, cual guarda la paloma
Al fruto de su amor.—



Sus lágrimas regaban tu santuario;
Lento moría el sol
Y á un impulso cediendo de ternura
Amante me abrazó.



—Te consagro á la Virgen compasiva,
Como azucena en flor,
Me decía, después entre sus brazos
Con temblorosa voz.

—Pronto la muerte me herirá, cual rompe
La mies el segador,
Y en tus angustias buscarás, en vano,
Mi cuerpo en el panteón;

* *

—Por esto, en mi lugar, queda la Virgen
Que es toda compasión,
A su santuario irás cuando me muera,
Cuando me lleve Dios.—

* *

No dijo más: el llanto y los suspiros
Embargaron su voz,
Y como antes, gimiendo y conmovida
A su pecho me unió.

* *

Quería responderla, pero en vano,
Pues, mudo es el dolor,
Sus ojos se encontraron con los míos
Mi dicha se acabó.

* *

Ay! entonces, mis lágrimas primeras,
De adentro el corazón,

Mezcladas con las tuyas, recogía
El ángel de los dos.

* * *

Después, de la orfandad, el agrio cáliz
Mi labio saboreó
Oh ! Señora, recuerda que mi madre
A Ti me consagró.

* * *

No me olvides jamás, no me abandones
En medio mi dolor,
Porque, ahora, como entonces y por siempre
Es tuyo el corazón!

Miguel A. Jaramillo.

HOJAS DE OTOÑO.

Al árbol vestido
De pompa y verdura,
El ala del cierzo
Sacude y deslustra.

Las hojas de otoño
El valle enalfombran;
Desnudos los montes
Proyectan su sombra.

Los soles brillantes
De Mayo divino,
Tras brumas heladas
Esconden su disco.

La fuente que riega
Los verdes helechos,
Parece esconderse
De frío y de miedo.

Las flores que ornarán
Tu altar ¡oh María!
Del búcaro caen,
De pena marchitas.

Que fueran mis dichas,
Conoces ¡oh Madre!
Tomillos que el viento
Marchita y deshace.

Tú sabes, María,
Cual sea la historia
De tristes recuerdos
Que enlutan mis horas.

Cual palma batida
Que oscila y se rinde,
Murió mi ventura,
Dulcísima Virgen!

Silencio me cerca,
Mi herencia es el lloro,
Parece mi vida
La tarde de otoño

¡Oh Virgen! cual luna,
Que brilla en borrascas,
Consuela el sombrío
Otoño de mi alma.

J. N. Cordero.

A MARIA.

Como Tú has sido, Virgen María
La que has calmado nuestro pesar
Vengo á tus plantas, vengo á quejarme
A que remedies un grande mal.

Cuando de hinojos en tu presencia,
Tú me mirabas llena de amor,
Dulces suspiros, suspiros tiernos,
Siempre exhalaba mi corazón.

Cuando mis ojos, en dos raudales,
Se deshacían para implorar
Tus bendiciones, Virgen excelsa,
Y las riquezas de tu caudal;

No me negabas, en mis congojas,
Tu dulce amparo, tu protección
Y me curabas la cruel herida,
Que era la causa de mi dolor.

Cuando vencido por los embates,
De las furiosas ondas del mar,
De ese mar negro, de las pasiones

Donde sucumbe toda verdad ;

Tú fuiste, Madre, la protectora,
Reina del cielo, que libertó
Al desgraciado, que perecía
Entre las olas dó naufragó.

Así, María, procedes siempre
Compadecida del pecador,
Cuando conoces que éste sucumbe
Bajo las cruces de la aflicción.

Cómo, Señora ¿será posible
Que á nuestra patria que fué tu hogar
Dejes sujeta por tanto tiempo
A los extragos de la maldad?

¿Será posible que este recinto
Que siempre estaba lleno de luz,
Pase al imperio, de las tinieblas,
Y esté cubierto de negro tul?

No lo permitas, Reina del cielo,
Que nos oprima tan grande mal,
Y compasiva vuelve tus ojos
A los que gimen en la orfandad.

Aurelio Cordero.

ULTIMO CANTO.

Lumbre de Mayo risueña,
 La montaña te escondió:
 Mientras de lejos te alcanzan
 Los acentos de mi adios.

Una corona de sombras,
 Te ciñe, poniente el sol,
 Mientras la pena y el llanto
 Enlutan mi corazón.

Mayo! sin tu luz muriente
 Ay! me faltará tu amor.
 Astro! nunca te sepultas,
 Con más esperanzas que hoy!

Mes de mi Madre, dichoso,
 Tu cielo se oscureció;
 Como la noche sepulta
 Del iris el arrebol.

Te vas!—Oh! bendito Mayo!
 Mueres acaso de amor?....
 Llorando quedan las almas
 Y allá te bendiga Dios!

Las aves en la montaña
Remedan en triste son,
Las endechas con que llora
Mi ronca lira un adiós!

Y las ondas y los ríos,
Elevan también su voz;
Cual si hicieran funerales
Al astro, con su rumor!

Ay! Madre la luz se apaga,
Ay! Madre, se esconde el sol!
Adiós! oh mes de María!
Oh mes, de mi Madre adiós!

Aunque vengan las tinieblas
Me queda la fe, el amor!
Mi esperanza no declina
Aun cuando declina el sol!

A las orillas del cielo,
Aguárdame, astro de amor!
Y juntos arribaremos,
Y allá nos bendiga Dios!

E. Abad.

A NEAERA.

—♦♦♦—

¡Estrella de la tarde,
Airosa flor del día,
Salve! Virgen María,
Salve! limpio fanal!—
Me postro reverente,
Regando mis espigas
Entre flores divinas
Del cándido rosal.

Entre suaves tonillos
Que esparcen dulce encanto,
Oirás mi primer canto,
Emblema de mi amor;
Y, bien, quisiera, Madre,
Que á los lirios unido
Quedara, allí, perdido
Cual flor, mi corazón.

Risueño el mes de Mayo
Te ofrece sus primores,
Y canta tus loores

El ave del pensil,
Y ¡cómo unir siquiera
Del mundo á al armonía
La tierna melodía
De una alma juvenil!...

Oh jóvenes católicos
Que amáis lo que engrandece,
Rendid á quien merece
Los sonos de un laud:
Alzad de vuestro pecho
Un himno á la esperanza,
Y unid en dulce alianza
La ciencia y la virtud.

Oh! Reina de los Andes,
Con maternal cariño,
Protege al tierno niño
Del lazo del error;
Confunde á los cobardes,
Humilla á los tiranos,
Pendiente de tus manos,
Es tuyo el Ecuador.

No puedo, como niño,
Cantarte, Madre mía,
Con toda la armonía

Que pide inspiración;
Ya que mi pobre lira
Su débil don te ofrenda,
Acepta como prenda
Mi amante corazón.

Miguel Romero G.

Cuenca, Mayo 14 de 1893.

PLEGARIA.

Reina del orbe; celestial Maria,
Angel de luz, amor y bienandanza;
¡Oh! Madre, de los hombres alegría,
Tu nombre el labio á celebrar no alcanza!
Oh! divinal y cèlica Pureza,
Mi voz no ofenda tu inmortal belleza!

Si Dios por Madre te escogió en la tierra,
Si te adoran los ángeles del cielo,
Si es tuyo todo cuanto el mundo encierra,
Si eres de los mortales el consuelo;
No desoigas, de un huèrfano doliente,
Bañada en llanto, la oración ferviente.

Cuando niño, mi madre me enseñaba
A pronunciar tu nombre sacrosanto;
Entonces era feliz, porque te amaba
Y me cubría tu divino manto:
¡Cuán breve y deliciosa es la fragancia
De la feliz y pasajera infancia!

Aquellas horas de contento llenas
Pasaron cual de una arpa la armonía,
Dejando en pos marchitas azucenas,
Triste despojo del calor de un día!.....
Y al apagarse el sol de la ventura
Empezó de mi mal, la noche oscura.

Joven, ahora, lleno de ilusiones,
El dolor contra mi lanzó su flecha,
Y en el mar, sucumbí, de mis pasiones.
Cual frágil nave en tempestad deshecha:
¡Ay! por qué no sabría que era el mundo
De tristes desengaños, mar profundo!

Nada puede llenar aquel vacío
Que en mi pecho quedó, cuando perdida
La inocencia, bellissimo atavío,
Que al romperse nos deja el alma herida;
Después, la estrella de mi mal creciente
La hora marcó de la orfandad doliente.

Brillante faro descubrí, Señora,
De lágrimas el mar atravesando;
Supe que eras consuelo del que llora

Y hacia tus plantas me arrojé llorando.
Si el astro de tu amor para mí brilla,
No habrá viento que rompa mi barquilla..

En mi orfandad, vertiendo triste llanto
Tu amor de Madre compasiva, imploro,
Y asido para siempre de tu manto
Mis deslealtades juveniles lloro :
Compasión! dulce Madre, de tí exijo,
Compasión! como á huérfano y como á hijo!

S. Mascoso Tamariz.

Cuenca, Mayo 16 de 1896.

RECUERDOS.

Pasó la dicha de mi edad primera,
Hoy ya no soy el mismo que antes fuí:
El río manso, el bosque, la palmera,
La paloma torcaz, la enredadera
Distinto idioma tienen para mí.

Quisiera ver las blancas mariposas,
De flor en flor, volando en el jardín;
Como en las tardes, de mi infancia, hermosas

Seguir las mientras huyen presurosas
Y fatigado, recostarme al fin.

¡Oh! infancia, nunca seas olvidada
Aunque venga la noche de otra edad:
¡Oh! juventud, para mi mal llegada
Que, de los besos de mi madre amada,
Me privaste con bárbara crueldad.

Se ama la infancia, si, porque su manto
Cubre una alma vestida de candor,
Y tiene de inocencia el dulce encanto,
Algo del cielo, indefinible y santo,
Cual de la Virgen el divino amor.

Al sentir que ha pasado de mi vida
La primavera de luciente Abril,
Busco consuelo al alma enternecida,
Busco ¡oh Reina! tu sombra apetecida
Y encuentra paz mi corazón febril.

Adiós, infancia, á cuyos resplandores
Me despertaba el beso maternal,
Y en la voz de los dulces ruiñeñores
No escuchaba, como hoy, cantos de amores
Sino cantos al Padre Celestial.

Nunca en la infancia penas existieron:
Reina, que fuiste mi primer amor,
Si unos años á otros sucedieron,

Si con ellos mis dichas perecieron,
De Ti privarme no podra el dolor.

Del mustio sol al rayo postrimero
Te canto, infancia, con sentida voz;
¡Adios, recuerdo de mi Amor primero
Que en el altar del corazón venero;
¡Horas benditas de inocencia, adiós!

Manuel S. Laidin.

Cuenca, Mayo 17 de 1896.

ESPERANZA NUESTRA.

En medio de los rigores
Que amargan la triste vida,
Y dejan el alma herida
Con los dardos del dolor:
Allí está en trono de nacar
Sonreida y encantadora,
La dulce Reina que adora
El católico Ecuador.


Es ella la que al mendigo
Compassiva da sustento,
Al huérfano da contento
En medio de su dolor;
Es ella la luz divina
Que á todo mortal alumbrá
Y disipa la penumbra
Y las nubes del error.

Por eso, humilde y confiado,
Al ver que está combatida
En nuestra Patria querida,
La bendita Religión;
A María, Virgen pura,
Suplico en llanto deshecho
Que reine en mi pobre pecho,
Que reine en mi corazón.

Desde lo alto del Empíreo,
Reina y Madre protectora,
Tú que das al que te implora
Remedios para su mal;
Escucha mi voz doliente
Al surcar la mar bravía;
Sé, tú, mi norte y mi guía
De la vida en el erial.

U. CH. M.

Cuenca, Mayo 23 de 1896.





LA
CUMBRE
DE
LA INMACULADA.

CUENCA—ECUADOR.


1905.

Imprenta de la "Unión Literaria".






LA
CUNDADILLA
DE
LA INMACULADA.



Recuerdo de la Primera Comuni3n,
hecha por los ni1os en la Escuela de los
N. N. C. C. el 1.º de Junio del pte. a1o.




CUENCA—ECUADOR.

1905.

1905

Imprenta de la "Uni3n Literaria".



NIÑOS LABRADORES.

A HONORATO VAZQUEZ.

Tú que el corazón sensible,
de cristiano y de poeta
me mostraste y á esos niños
hiciste que en él los viera,
eres dueño de estos versos
como lo eres de la idea.

¡Cuán bello el grupo de niños,
de Dios amada colmena !
Con sus pequeñas azadas,
unos surcaban la tierra,
y otros sembraban el trigo,
con cantos de NOCHE BUENA,
y con el sudor mojaban
la frente y la sementera,

lluvia fecunda que hizo
brotar el trigo en hileras
de verdinegro follaje,
mezclado con violetas.
¡Qué alegre llegó para ellos
la florida primavera!
qué de rizadas espigas!
¡qué bien ~~se~~ surtió la siembra!

Vilos después, en su huerto
arrancando las malezas,
perdidos como amapolas,
en su trigalito en hierba.
Y á poco llegó el estío,
y vino con el la siega,
y ellos á segar vinieron:
sus bellas rubias cabezas,
otro trigal semejaban:
¡qué la muerte no los vea!...

Hoces de plata tenían
los segadores, con negras
cintas, lazaban las blondas
espigas de la cosecha.
¡Hubo muerto un compañero,
que hizo con ellos la siembra!
¡Cuán poco dura, Dios mío,
la flor de la vida! apenas
se entreaire, ya se deshoja:
parece que nace muerta!...

Y vílos luego, en sus manos
deshaciendo las cabezas
del trigo, y los granos rubios
limpiando en la ventolera,
ayudándose con soplos
de su boca como fresas.

Y llegó el alba del CORPUS,
oliéndose á madre selva,
y vi á los niños de blanco,
como un grupo de azucenas,
llegar al templo, era el día
de su COMUNIÓN PRIMERA.
No estaban solos: sus Angeles
de Guarda, también de fiesta,
iban revolando en torno
al hostiario de oro y perlas
que los niños conducían
lleno de las hostias hechas
por sus blandas manecitas,
con trigo de su cosecha.

Y qué ví después, Dios mío?
Mis ojos, que no mi lengua,
expresen lo que miraron,
la feliz mañana aquella
en que la Virgen María,
toda amorosa y risueña,
la comunión presenciara
del casto enjambre de abejas.

¡Llorad mis ojos, y el llanto
de gozo inefable sea!
¡Hijo y Madre en aquel día
hicieron pingüe cosecha:
recojieron en el ara
las flores de la inocencia!

Mas lo que cuento que he visto
¿es cierto que yo lo viera?...
¿No serán acaso sueños,
de fantásticos poetas?
No, que de la Inmaculada
en la hermosa CIUDADELA,
tendrán los niños un huerto
do entre el zumbido de abejas
y el revolotar de palomas,
surjirá la sementera,
donde las uvas y trigo
serán de Jesús emblema,
y donde veré el soñado
colmenar de la inocencia!

¡Qué allí los niños me guarden
mi último sueño, que puedan
juntarme con las cenizas
de seres que amé en la tierra!....

Miguel Moreno.

Sea esta la ocasión para encarecer á las personas piadosas de esta ciudad, contribuyan con una limosna para dar, cuanto antes, término feliz al *Templo*, al HUERTO EUCHARISTICO y al *Parque* que constituirán en breve la hermosa

CIUDAD DE LA INMACULADA.

Deséase que los niños hagan la primera siembra de trigo en dicho *Huerto*, el 4 de Noviembre próximo, y ojalá pudiérase festejar el primer aniversario de la inauguración de la Estatua de MARIA INMACULADA, con la celebración de la primera misa en el nuevo *Templo*, el 8 de Diciembre del presente año.

Las limosnas las colectan los Señores Doctores Joaquín Martínez T. y M. Moreno, encargados de la Obra.

MISCELANEA



POR

J. JULIO MARIA MATOVELLE

PRESBITERO



QUITO — 1906



Maquinaria tipográfica de Julio Sáenz & C.



MISCELANEA



MISCELANEA

POR

J. JULIO MARIA MATOVELLE

PRESBITERO



QUITO

Maquinaria tipográfica de Julio Sáenz R.

Calle de la Policía

1906



A MODO DE ~
~ PROLOGO

QUIÉN no ha cantado alguna vez en la vida? Las avécillas ensayan sus trinos á la alborada, y el hombre entona sus himnos al despuntar los rayos de los dorados ensueños, y entre las halagadoras ilusiones de la juventud. Cual más, cual menos, todos tenemos el sentimiento de lo bello, y procuramos hacer participantes á los demás, de nuestras gratas impresiones, para que gocen como nosotros ante los espectáculos grandiosos de la naturaleza, ó en la contemplación de los sublimes misterios del orden espiritual. En la edad de los generosos ideales, casi nadie se da cuenta de aquel consejo de la retórica, de que los versos deben ser óptimos y raros; cuando más ade-

lante se quiere volver sobre los pasos, es demasiado tarde: aquellos ensayos literarios hállanse ya circulando en el comercio intelectual, y no es posible retirarlos de él. Una satisfacción nos queda sin embargo, y es, que si bien aquellas humildes producciones no han contribuido á acrecentar el lustre y gloria de la literatura patria, al menos la verdad y la moral no tienen por qué avergonzarse de éllas.

Mas todavía. Aquellos pobres versos han ido paulatinamente reproduciéndose en libros, revistas y diarios, y plagándose de no pocas erratas y falsificaciones, de manera que, al cabo de poco tiempo, el propio autor halla trabajoso el reconocerlos. ¿Qué hacer entonces? Devolverles su forma primitiva, para que, si no con brillo, aparezcan al menos con decoro en el gran estadio de la prensa.

He aquí el motivo de la presente publicación. Advertiremos que en ésta se contienen no todas nuestras composiciones poéticas, sino solamente aquellas que hemos juzgado nos convenía reproducir.

Quito, Septiembre de 1906.

J. Julio María MATOVELLE
PRESBITERO



LA VERDADERA GLORIA

¡Oh! cuánto el hombre por brillar se afana!
Insecto que ignorado se desliza;
En vano con orgullo se engalana
Ese poco de polvo y de ceniza,
Que si hoy se mueve, morirá mañana.

¡Qué incesante anhelar, qué ciego empeño
Por gozar de una vida transitoria!
Y, ¡qué es la dicha, al fin, y qué es la gloria!
Niebla que pasa, momentáneo sueño,
Burla del tiempo, despreciable escoria.

Para vivir de muerto, qué locura,
Compra el sabio á la historia los pregones:
Por prenderse el guerrero dos galones,
Cava el mismo la negra sepultura,
Y le prenden con balas los cañones.

Con caireles de perlas y topacios,
El celaje deslumbra en los espacios,
Del moribundo sol á los reflejos;
Nos miente todo lo que brilla lejos,
Nos engaña hasta el humo con palacios.

Cómo encanta falaz y nos traiciona
Contemplada distante la grandeza;
Cuán espléndida luce la corona;
Mas, aquél que la lleva en la cabeza,
Siente sólo y admira lo que pesa.

¡La virtud, la virtud!: ved lo que vale
Más que el cetro, la púrpura y el oro;
En la tierra es el único tesoro,
Y en el orbe no hay cosa que le iguale,
Ni en grandeza, ni en gloria, ni en decoro.

El que quiera alcanzar para sus sienes,
De lauro eterno fúlgida guirnalda,
Huyendo del placer la muelle falda,
Y á manos llenas derramando bienes,
Enjague el llanto que á su estirpe escalda.

La versátil, plateada mariposa,
Cuyo breve existir no dura un día,
Vive y muere en el cáliz de la rosa,
Y suelta en polvo de oro el ala hermosa
Expira perfumada de ambrosía.

Pero el cóndor, altivo rey del Ande,
Airoso huella con seguro paso
La diadema imperial del Chimborazo;
Y sobre cimas de terror se expande
Perezoso batiendo el vuelo escaso.

Así el genio no mora entre las flores
Sino entre abismos de pesar profundo;
La copa del festín y los amores
A los menguados que deleita el mundo:
Para el genio la hiel de los dolores.

Es la gloria la estrella de la tarde
Que brilla en el ocaso únicamente;
Bañando en llanto la angustiada frente,
Sobre el sepulcro asoma la cobarde,
Cual solitaria y tímida doliente.

La escena del Tabor, después de muerto,
Después de la ignominia del Calvario;
De zarzales el mundo está cubierto;
Sólo el tigre feroz, ó el dromedario
Encontrarán placer en tal desierto.

En el carro del trueno el iris prende
Sus festones de lila y de granada,
Y cuando el rayo los turbiones hiende
La procelaria audaz el vuelo tiende
Sobre las ondas de la mar airada.

Y el héroe con titánica osadía
Aumenta en majestad, en gracia aumenta,
Al furioso rugir de la tormenta;
Y batiendo las alas á porfía
Los crudos huracanes atormenta.

La escabrosa eminencia no codicio,
Ni quiero asiento deleznable y falso;
La cumbre está cercana al precipicio;
El trono para el malo es un cadalso,
Para el bueno, un altar de sacrificio.

Fija en el sol en dulce arrobamiento
El águila se eleva al firmamento,
Desde el rudo peñón en que se posa,
Los crespones de nube tempestuosa
Hollando con intrépido ardimiento.

Levantada la frente y mudo el labio,
Absortos contemplando de hito en hito
Las visiones de mágico astrolabio,
Se alzaron con la viva fe del sabio
Galileo y Colón al infinito.

Oh! cuán ricas coronas, oh! cuán bellas
Las que ciñe á los héroes el martirio,
No frágiles y breves como aquellas
De oloroso clavel y blanco lirio,
Sino engastadas de rubíes de estrellas.

El contento y la dicha, al fin de todo,
Joyas son que no encierra el duro suelo;
Si es barro el hombre de cualquiera modo,
Primero ha de lavarse de este lodo:
La verdadera gloria está en el cielo.



LAS FLORES Y EL CREPUSCULO

Al despeñarse el sol en occidente
Y borrar del cielo el tinte azul,
Asomaba el Crepúsculo doliente,
Lloroso y taciturno, con la frente
Velada con flotante y negro tul.

Cierta ocasión las compasivas flores,
Que siempre es compasiva la beldad,

Dijeron al Crepúsculo: “No llores;
Revélanos, amigo, tus dolores,
Y quizás calmaremos tu ansiedad.”

Deteniendo el Crepúsculo su vuelo;
“Bellas Flores, repuso con rubor,
Aqueste que me affige rudo anhelo,
Remedio no tendrá nunca en el suelo,
Que busco un imposible con ardor.

¡Desgraciado de mí, que adoro loco
A la Luz de radiosa candidez!
Tras ella voy corriendo, ya la toco,
Para besar su sien, me falta poco,
Y no puedo estrecharla ni una vez.

Yo sostengo la fimbria de su manto
Y nunca admiro su rosada faz;
Las gasas de su lecho yo levanto,
De su carroza voy uncido al canto,
Mas, siempre por delante ó por detrás.”

El amante calló triste y sombrío,
Inclinando la ajada y mustia sien;
Y al instante cayó el primer rocío,
De las tímidas flores llanto pío,
Y llanto del Crepúsculo también.

Desde entonces de tarde y de mañana,
Del Crepúsculo al tenne resplandor,
El pensil, como el monte y la sabana,
Con puñados de perlas se engalana:
Tierno homenaje á un desgraciado amor.



CONTEMPLACION NOCTURNA

Es el postrer desmayo de la tarde,
De triste luto el cielo se cobija,
La luz, la hermosa luz, huye cobarde
Detrás del claro sol de quien es hija;
Las tiendas de la noche con alarde
El genio adusto de las sombras fija,
Y cual hachón humeante que no alumbra
El crepúsculo vaga en la penumbra.

Es un horno apagado el firmamento,
Es un carbón sin rastro de centellas;
Mas luego en paso tembloroso y lento
Asoman pudibundas las estrellas,
Que radiosas se agrupan ciento á ciento,
Cual procesión de tímidas doncellas;
Mientras levanta la abatida frente
La amante de Endimión en el oriente.

La apasionada reina de la Caria,
En medio de aflicción terrible y cruda,
Visitaba la loza cineraria
Del que muriendo la dejó viüda;
Así la luna triste y solitaria,
De las estrellas con la corte muda,
Avanza macilenta paso á paso
A la tumba del sol, al triste ocaso.

Contemplad cuán solemne y majestuosa
Escintila esa bóveda inflamada,

Cual sala de un festín en que rebosa
La lumbre por mil lámparas regada;
El alma se recoje respetuosa
De un éxtasis sublime enajenada,
Y al Autor de estas altas maravillas
Le adora desde el polvo y de rodillas.

Ved cómo en raudos, silencioso giro
Van pasando los astros, coro á coro;
Mas fugaz y más breve que un suspiro,
A veces luce un vivido meteoro,
Cual desgranada estrella de zafiro,
Que algún lucero de reflejos de oro
Enviado al suelo habrá con un mensaje,
En misterioso divinal lenguaje.

Mirad cuál ruedan por la cóncava urna,
Cual sartal de diamantes, los planetas;
Como el velo de virgen taciturna,
Luciente cauda arrastran los cometas:
No de otra suerte con su luz nocturna
Rebullen las luciérnagas inquietas,
Inundando los valles y las cumbres
De repentinias, nítidas vislumbres.

El orbe todo espléndido rutila
Con miriadas de soles y de esferas,
Y el alma, absorta de estupor, cavila,
Si serán esos astros cual lumbreras
Que un ángel las enciende, despavila
Y apaga cuando asoman las primeras
Nubecillas de jalde terciopelo
Con que á la aurora se engalana el cielo.

Cuánto la humana pequeñez contrasta
Con esa obra magnífica y suprema;

Quién sabe si esa bóveda tan vasta,
Con la fúlgida y láctea diadema,
Es una breve pieza que se engasta
En otro inmenso sideral sistema,
Y en serie inmensurable de eslabones
Se entrelazan esferas á millones.

¡Quién sabe cuántos seres en la altura,
Semejantes quizás á los humanos,
Habitan esos globos de luz pura?
¡En los cielos también habrá tiranos,
Y lágrimas y sangre y amargura?
Habrá guerras allá y odios insanos?
¡O son razas que gozan de la herencia
Del no perdido Edén de la inocencia?

En la mar insondable del misterio
Audaz la mente se fatiga y cansa,
En vano de hemisferio en hemisferio
Con alas de relámpago se lanza;
De la ciencia mortal todo el imperio
No logra conocer esa balanza,
En que el Sumo Hacedor el orbe pesa
Cual un poco de cieno y de pavesa.

Vos, Señor, que forjasteis sin crisoles
Esos globos de lúcido topacio,
Vos, que á puñados derramásteis soles
Que el atrio alfombran del azul palacio,
Vos, que al millar de imponderables moles
Trazasteis una ruta en el espacio,
Decidnos si esos astros vagabundos
Son ángeles ó lámparas ó mundos.

¡Qué grande es Sabaot! el orbe todo
Rige con diestra prepotente y pía,

El oye complacido, de igual modo,
Del coro angelical la melodía,
Y el zumbido que oculto entre vil lodo
Lanza el insecto cuando muere el día,
El cuida del humilde gusanillo
Y del rey astro de fulgente brillo.

Esto nos dicen con su voz sonora,
Los cielos en las noches del estío;
La majestad de Dios deslumbradora
Se ostenta con grandioso poderío;
Entonce el justo de contento llora
Y se estremece atónito el impío;
El bullicio del siglo entonces calma,
Y sola ante los cielos queda el alma.

Al contemplar los astros no comprendo
Cómo el hombre que hay Dios haya negado.
¿Hay quién á este espectáculo estupendo,
No se postre en la tierra anonadado?
Los cielos van á Dios enalteciedo;
¿Quién sus dulces hosannas no ha escuchado?
Podrá negar el polvo vil, la nada,
Lo que dice la bóveda estrellada?

Al contemplar los astros se desprecia
El vano fausto, la mentida gloria:
¿Cuán menguadas parecen Roma y Grecia!
Se sabe acaso arriba nuestra historia?
¿Y que la tierra, presuntuosa y necia,
Es algo más que un átomo de escoria?
¿Y por ella se matan enemigas
Nuestras razas, cuál miseras hormigas!

Si se nublan de llanto nuestros ojos,
Si la hiel apuramos gota á gota,
Ante el cielo postrémonos de hinojos,

Y esa patria miremos no remota:
Pasa la vida, pasan los enojos,
El cáliz del dolor al fin se agota,
Y el alma entonces, con radiante vuelo,
Sobre los astros se remonta al cielo.



A MI PATRIA

¡Tú, amor de mis amores, Patria mía,
Tú, mi dulce ilusión, mi grato ensueño,
Tú acrecientas mi orgullo y mi alegría!:
De tu gloria y honor en el empeño,
Cómo ensalzarte con mi voz querría!

Oh qué tierno candor! cuánto donaire
Ostentas en tus formas contorneadas!
Qué hechizo, qué primor! cuando las hadas
Que cuidan de tus sueños, al desgairé
Tus gracias nos descubren mal veladas.

En la más alta cumbre de los Andes
Te posas como el águila altanera,
Sobre las nubes donde el rayo impera
El raudó vuelo majestnosa expandes,
Contemplando á tus pies la tierra entera.

Eres del astro rey vestal y esposa;
Tu bruñido zenit de ópalo terso

Es el ara perenne en que rebosa
La vivífica lumbre esplendorosa
Que embellece y anima al universo.

El ángel de la hermosa primavera,
Vestido de zafir, púrpura y gualda,
Te ofrenda los festones de su falda,
Y besando tu sien pura, hechicera,
Te ciñe embelesado una guirnalda.

Más que el banano y cocotero esbelta,
Lumbrosa, adamantina como un astro;
En pliegues mil ondeante y desenvuelta
La veste carmesi te pende suelta
De los hombros de nitido alabastro.

En el coro gentil de tus hermanas,
De las hijas de América galanas,
Te ostentas como estrella matutina
Que asoma en el oriente peregrina
Hollando nubes de rubí tempranas.

Presentarte el Señor al orbe quiso
Como un remedo fiel del Paraíso,
Como púdica virgen, solitaria,
Envidiada en el garbo y el hechizo,
De la tímida y bella trinitaria.

Ignoras tus encantos, y modesta,
Entre el lujo y verdor de la floresta,
Te ocultas como airosa sensitiva,
Que humilde, apenas, de su cáliz presta
Aromas á la brisa fugitiva.

La paz de las virtudes te recrea,
Como á virgen crecida en el santuario,
En torno tuyo deliciosa ondea

Y esa patria miremos no remota:
Pasa la vida, pasan los enojos,
El cáliz del dolor al fin se agota,
Y el alma entonces, con radiante vuelo,
Sobre los astros se remonta al cielo.



A MI PATRIA

¡Tú, amor de mis amores, Patria mía,
Tú, mi dulce ilusión, mi grato eusueño,
Tú acrecientas mi orgullo y mi alegría!:
De tu gloria y honor en el empeño,
Cómo ensalzarte con mi voz querría!

Oh qué tierno candor! cuánto donaire
Ostentas en tus formas contorneadas!
Qué hechizo, qué primor! cuando las hadas
Que cuidan de tus sueños, al desgaire
Tus gracias nos descubren mal veladas.

En la más alta cumbre de los Andes
Te posas como el águila altanera,
Sobre las nubes donde el rayo impera
El rauda vuelo majestuosa expandes,
Contemplando á tus pies la tierra entera.

Eres del astro rey vestal y esposa;
Tu bruñido zenit de ópalo terso

Es el ara perenne en que rebosa
La vivífica lumbre esplendorosa
Que embellece y anima al universo.

El ángel de la hermosa primavera,
Vestido de zafir, púrpura y gualda,
Te ofrenda los festones de su falda,
Y besando tu sien pura, hechicera,
Te ciñe embelesado una guirnalda.

Más que el banano y cocotero esbelta,
Lumbrosa, adamantina como un astro;
En pliegues mil ondeante y desenvuelta
La veste carmesí te pende suelta
De los hombros de nitido alabastro.

En el coro gentil de tus hermanas,
De las hijas de América galanas,
Te ostentas como estrella matutina
Que asoma en el oriente peregrina
Hollando nubes de rubí tempranas.

Presentarte el Señor al orbe quiso
Como un remedo fiel del Paraíso,
Como púdica virgen, solitaria,
Envidiada en el garbo y el hechizo,
De la tímida y bella trinitaria.

Ignoras tus encantos, y modesta,
Entre el lujo y verdor de la floresta,
Te ocultas como airosa sensitiva,
Que humilde, apenas, de su cáliz presta
Aromas á la brisa fugitiva.

La paz de las virtudes te recrea,
Como á virgen crecida en el santuario,
En torno tuyo deliciosa ondea

Una fragancia mística, sabea,
Como aquella que esparce el incensario.

Antes que el sol magnífico deslumbre
Inundando de vida el horizonte,
Allá del éste, tras la andina cumbre,
Brotan raudales de fulgente lumbre
Que el cerco doran del opuesto monte.

Así tu porvenir de bienandanza,
Oh Patria mía!, tu confin colora,
Y el radioso querub de la esperanza
Se levanta ceñido en lontananza,
Con la rósea diadema de la aurora.

Errante en el azul del firmamento
Al beso de la lumbre tiembla y brilla
Armiñada y sedosa nubecilla,
Cual garza que en el líquido elemento
Tiende el plumón de nieve sin mancilla.

¡Ecuador, Patria mía!, así pareces
Flotando en la región de tu futuro;
Al lampo de la gloria resplandeces,
Y altiva te columpias y te meces
Del libre cóndor en el éter puro.

¡Qué más oh Patria mía? Qué ambicionas?
El áureo cetro que abrillanta el lloro?
¡No eres acaso reina en el decoro?
Se eclipsara el metal de las coronas
Ante los brillos de tus bucles de oro.



¿QUE ES LA VIDA?

Soñaba yo de niño que la vida
Era un mágico edén de bienandanza,
Do, entre senda florida,
El viajero encantado no se cansa;
Do el raudal de la dicha blandamente
Arrastra soñoliento la corriente.

Pensaba que el supremo y dulce gozo
Se encontraba en cazar las mariposas,
y en plácido alborozo
Recoger azucenas olorosas,
En formar con tejuelos mil castillos
Do encerrar prisioneros á los grillos.

Mas pronto el llanto con candente riego
Agostó mi mejilla sonrosada,
Mirando en medio el juego
Muerta una prenda de mi pecho amada;
¡Los castillos fantásticos! Rodaron,
Y al punto los insectos se volaron.

En seguida arribó la adolescencia,
Como flor que desgarrá su capullo
Vertiendo grata esencia;
Trocado entonces con la edad mi orgullo,
Mi anhelo y mi placer fueron más graves:
Perseguir en los bosques gayas aves.

Llegó la juventud: cuántas delicias
Inundaron á mi alma de improvisó!

Cuántas dulces caricias
Del mundo ofrece el seductor hechizo!
Edad de los ensueños, edad de oro,
De encantos é ilusión rico tesoro.

La sien altiva presuntuoso elevo:
Menguado y bajo me parece un trono;
Con ardor siempre nuevo
Lo sublime y magnífico ambiciono;
Del héroe genovés las altas glorias,
De César y Alejandro las victorias.

El joven como el águila altanera
Airoso hiende la encumbrada nube,
Y con ala certera
Hasta pisar los astros sube y sube;
Y eclipsando del sol la ardiente llama,
Soberano del orbe se proclama.

La vida se desliza encantadora
Entre jardines de aromosas flores,
Y nos ciñe la aurora
La guirnalda que tejen los amores,
Y el néctar del placer á grandes tragos
Se liba del festín en los halagos.

Mas basta de soñar, que en lontananza
Un terrible espectáculo diviso:
La tempestad se avanza
Entre truenos y rayos y granizo;
Se acaba la pradera y los abrojos
En las sendas se arrancan á manojos.

Y luego de la vida el onda pura
En un lago de cieno se convierte,
La hiel de la amargura
La copa del placer quebrada vierte,

Y en la furiosa mar de las pasiones
Naufragadas se ven las ilusiones.

Las sílfides venidas desde el cielo
Del niño á resguardar la blanda cuna,
El alto y raudó vuelo
Emprenden presurosas de una en una,
Y la guirnalda juvenil deshoja
El desengaño cruel hoja por hoja.

Y al caer de la sien las flores mustias
Un cerco dejan de punzante espina:
Llena el alma de angustias
En un lecho de zarzas se reclina:
Agitaron los vientos la amapola,
; Y ha rodado entre el polvo su corola!

Esta es la vida, oh Dios! que el hombre necio
Se afana en prolongar sobre la tierra,
Haciendo vil desprecio
Del alto gozo que tu cielo encierra;
Y el mísero abrumado de fatiga
Con hiel de llanto la ardua sed mitiga.

Y por cada ilusión que se hace nada
Y que un jirón de nuestro ser se lleva,
Surca la sien ajada
Del rudo tiempo la fugaz esteva,
Hasta arrojarnos con su bieldo impío
Allá en las trojes del sepulcro frío.

Joven soy; la engañosa de la fama
Sus trompas de oro con afán apresta,
Y risueña me llama
A subir de la gloria por la cuesta;
Mas del duelo en el valle solitario
La cuesta que me place es el Calvario.

A LA JUVENTUD

COMPOSICION DEDICADA

A MI QUERIDISIMO AMIGO J. A. ECHEVERRIA

¡Hermosa juventud, orgullo y gala
De la tierna y amada Patria mía!
¡Quién tu grandeza y esplendor iguala!
El ángel de la gloria con el ala
La cuna cobijó de tu alegría.

Como águila naciste en alta cumbre,
Contemplando serena, de hito en hito,
Sin que la audaz pupila te deslumbre,
Los torrentes magníficos de lumbre
Con que el rey astro baña el infinito.

¡Dó existe como tú raza ninguna
De titanes nacida en el regazo!
De los rayos del sol y de la luna
Gigante resguardó tu limpia cuna
La sombra del altivo Chimborazo.

Cual fénix prodigioso tú has nacido
Sobre riscos y grietas de volcanes,
Del voraz Cotopaxi al estampido;
Que el genio, como el cóndor, nunca el nido
Suspende entre aromosos tulipanes.

No al arrullo de hadas ilusorias,
Sino de héroes que ensalza todo el globo,

Tu lengua desataron altas glorias,
El himno postrimer de las victorias
De Pichincha, Junín y Carabobo.

¡Gallarda juventud, con cuánto gozo
Miro que el vuelo prodigioso expandes!
Con brillo cada vez más fulgoroso
Te creces como alud que majestuoso
Impele un ventisquero de los Andes.

Con mano infatigable y generosa
Los dones de tu estirpe multiplica:
Mejor que el ramo de fragante rosa,
Sobre tu frente virginal reposa
De lauros bellos la guirnalda rica.

¡Por qué el viril esfuerzo que acaudalas
No sales á lucir como guerrera?
¡Oh! dáme contemplarte, airosa Palas,
De un héroe embellecida con las galas,
Con fuerte escudo y fúlgida cimera!

El lauro de victoria te enguirnalde
En medio de la cruda, ardiente liza;
Vestida de tisú, con manto jalde,
Al orbe manifiestes que no en balde
La frente juvenil al orbe hechiza.

Para tí de la ciencia en el palacio
Riqueza nunca vista se atesora;
Las puertas de zafir te abre el espacio;
Las estrellas te brindan su topacio,
Y su trono de nácares la aurora.

¡Oh! deja, juventud, la muelle falda
Que la sirena del placer te brinda;

El néctar del festín al genio escalda;
La corona de perlas y esmeralda
Con el casco del héroe no avecinda.

Ya es tiempo juventud: al mundo muestra
Que sangre de héroes en tus venas arde;
Falso á falso luchando en la palestra,
Arranque la corona tu alta diestra,
Luego, luego, mañana será tarde.

Entonces, juventud hermosa, entonces
Te cantará la Fama en vario tono
Con las sonoras lenguas de sus bronces,
Y, abriendo el porvenir sus duros gonces,
Subirás de la gloria al arduo trono.



ILUSIONES

Ilusiones hechiceras,
Como á mentidas quimeras
Os detesto:
No me halaguéis engañosas,
Idos, idos, mentirosas,
Idos presto.

Cercan al niño querubes,
Y le presentan las nubes
Blando armiño;

Mas si adelanta unos pasos,
Las nubes se hacen pedazos....
¡Pobre niño!

El que es joven, desalado
Busca el lauro ambicionado
De la gloria;
Más, si reflexiona un poco,
Advierte que ha andado loco,
Tras la escoria.

Linda es la copa, muy linda
En la que el mundo nos brinda
Miel impura;
Mas, ah! que en la copa de oro
Algo más que hiel y lloro
No se apura.

El amor es sensitiva;
No la toquéis, porque esquiva
Rueda y muere;
Y su magia y embeleso
Se evapora al primer beso
Que la hiere.

Así entre duelos y engaños
Van ajustando los años
La partida;
Y se nos marca una arruga
Por cada ilusión que fuga
Fementida!

Rueda el cabello en pavesa,
Y se forma en la cabeza
Un desierto:
Cada cana es flor que nace
Sobre un sepulcro do yace
Algo muerto.

En el pecho sepultado
El corazón seco, helado
 Se hace trizas;
Y á la dura y yerta fosa
No se regala otra cosa
 Que cenizas.

Púrpura, cetro y corona
A la entrada se abandona
 De la tumba;
En su negro horrible hueco,
Del festín alegre el eco
 No retumba.

Ilusiones nacaradas,
No me unjáis con las pomadas
 De beleño;
No quiero yo que la muerte
Venga quedo y me despierte
 De tal sueño.

Más, ah! necesidad sin nombre!
Cuándo mira en esto el hombre,
 Cuándo, cuándo?
Entre locas vanidades,
Los pueblos y las edades
 Van pasando.

Y, ¿qué es el mundo, y, qué es todo!
Ay! qué ha de ser sino lodo
 Fugitivo!
Alma mía, te avergüenzas!....
Razón tienes, cuando piensas
 Cómo vivo.



Alerta! Patria mía (*)

Es tiempo ya; levántate, despierta,
Ecuador, Patria mía, ante el ejemplo
Con que tanta nación herida ó muerta
Te aconsejan seguir la senda cierta
Que de gloria y ventura guía al templo.

Un terrible espectáculo se admira,
Allá, tras de los mares, allá lejos:
A un gigantesco mundo cuál expira
Entre las llamas de espantosa pira
Que proyecta terríficos reflejos.

¡No escuchas en el aire cómo zumba
Un confuso alarido y alboroto!
Es un mundo que baja hacia la tumba,
Es la Europa infeliz que se derrumba
Sacudida de horrible terremoto.

Ve volar encendidos por los vientos
Tanta hermosa ciudad, tantos palacios,
Y entre ayes clamorosos y lamentos,
Volcarse los castillos de cimientos
Inundando de polvo los espacios.

(*) Esta composición fué escrita en 1876; desde entonces para acá la impiedad y el radicalismo han devastado de tal modo al Ecuador, que es él actualmente uno de los más convincentes y tristes ejemplos del abismo de ruinas y desolación á que puede llegar un país que se ha apartado de la verdadera fe.

Contempla más allá ¡cuadro espantoso!
Es el campo infernal de una batalla:
Entre el humo apiñado, la metralla
Relumbra cual relámpago horroroso,
Y al herido clarín el trueno acalla.

Abrumadas de cieno y de fatigas,
Entre charcos de sangre desbandadas
Se abaten las dos huestes enemigas,
Cual de extenso trigal febles espigas
Por bravos huracanes empujadas.

Todo es miseria, confusión y espanto,
El ánimo se enluta y se contrista;
Es imposible contener el llanto,
Es imposible no apartar la vista
De esa lúgubre escena de quebranto.

Ay! ese mundo idólatra del vicio,
Que agoniza en el potro de la afrenta,
El baldón se merece y el suplicio;
En la balanza del eterno juicio,
Pesado el crimen excedió á su cuenta.

Ese mundo orgulloso, con locura . . .
Pisó la santa Cruz, excelso emblema . . .
De contento, de paz, gloria y ventura;
Y necio desató contra la altura
La lengua vil, impúdica y blasfema.

Oh Patria! te conturbas? . . . ¡Te anonada,
Te horroriza y confunde ese castigo . . .
En que yace la Europa desmayada?
Ay! que la diestra del Señor contigo . . .
No quiera levantarse nunca airada.

Jamás, jamás ¡oh virgen pudibunda!
Aje tu cuello de jazmín y nieve,
Esa oprobiosa y bárbara coyunda
Que impone la impiedad, tirana inmunda,
A los pueblos del siglo diez y nueve.

¡No ves cómo en tu torno codiciosa
Se allega turba vil con odio insano?
Pretenden arrancarte de la mano
La joya más espléndida y valiosa
Que te legó Colón el sobrehumano.

Si probar tu valor al cielo plugo,
Que venga el hacha del feroz verdugo,
Corales brote el nácar de tu cuello,
Mas no vendas del héroe el blasón bello
Del apóstata infame por el yugo.

En tu púdica sien entrelazados
Azucena olorosa y blanco lirio
Esperan los claveles encarnados,
Que no bordan el musgo de los prados
Sino la ardiente arena del martirio.

¡Abrázate á la cruz, Patria querida!
Del cristiano á la enseña bendecida;
¡Abrázate á la cruz, con lazo estrecho,
Abrázate al seguro de la vida,
O clávale magnánima en tu pecho!



LA CRUZ Y LA AMERICA

¡Oh excelsa y santa Cruz! yo te saludo:
Del genio y la virtud blasón hermoso,
Y del cristiano pecho férreo escudo,
Jamás mi mente pudo
Contemplarte, sin plácido alborozo.

Bello emblema de paz y bienandanza,
Antercha refulgente de la historia;
El humano, sin tí, dicha no alcanza,
Es vana la esperanza,
Y es dorada ilusión hasta la gloria.

Tú engendraste á la vida al Nuevo Mundo,
Quebrantando los lazos de la muerte;
El es un hijo de tu amor fecundo;
Del piélago profundo,
Es perla que arrancó tu brazo fuerte.

Entre las hondas de la mar bravía,
En blando lecho de rizada espuma,
América la hermosa se dormía,
Cercada de ambrosía,
Bajo las gasas de la nívea bruma.

Como yace una virgen encantada
Con copa engañadora de beleño,
En el regazo seductor de una hada,
La América ignorada,
Vivió en profundo, dilatado sueño.

De la Cruz á los vívidos fulgores,
La virgen despertó con desencanto,
Sobre su lecho de variadas flores,
Vestida de primores,
Ceñida con guirnaldas de amaranto.

A los primeros tintes de la aurora,
Que lánguida se alzaba en el oriente,
Una grata visión deslumbradora
La bella soñadora
Contempló despertada, de repente.

Brillaban todavía las estrellas,
Y un disco de grandioso reverbero
Con su lumbre afrentando á las más bellas,
Surgió del mar, tras ellas,
Como esplendente, matinal lucero.

Era la Cruz radiosa, sin mancha,
Que á las playas de América llegaba :
Colón, hincando humilde la rodilla,
El pendón de Castilla,
Con la sagrada enseña tremolaba.

¡Oh América! refiere tu embeleso
Y tu éxtasis de amor, en aquel día,
Al sentir en tu casta frente impreso
De la Cruz santa un beso
Henchido de ternura y alegría.

Adán no despertó más dulcemente
Del sueño que durmió, por vez primera,
Al beso cariñoso, puro, ardiente
Que sellara en su frente
La amante esposa que el Señor le diera.

En los bosques, entonce, aroma intenso
Espanció toda flor como incensario,
Y las aves en medio de este incienso,
En coro dulce inmenso,
Saludaron la enseña del Calvario.

Del humilde salvaje en la cabaña
El Angel se posó de la armonía,
Y depuestos el odio y la vil saña,
Concordia y paz extraña
A todos con celeste lazo unía.

¡Oh excelsa y santa Cruz! por qué misterio
Tu sombra sola al corazón hechiza?
Qué mágico poder tienes, qué imperio,
Que todo un hemisferio
A tu tierna mirada se electriza?

Tu poder ya comprendo: eres emblema
De celeste y dulcísimo consuelo;
Y en el valle de luto y anatema
Anuncias un poema,
Que ha de acabar en nuestra patria, el cielo.

Y el magnífico Mundo adolescente
Que iba á ser oprimido por mil penas,
Te estrechó contra el seno, tiernamente,
Como á amiga inocente
Venida á consolarle en sus cadenas.

¡Oh! nunca olvides á tu fiel amiga,
América la hermosa, la galana;
En tu pecho la fe celeste abriga,
Y que jamás desdiga
De tu hermosa niñez, tu edad lozana.

La Cruz, la santa Cruz en arduas lides
Victoria te dará, paz y progreso,
Si de ella el justo amor nunca divides;
Jamás, jamás olvides
Que despertaste de la Cruz al beso.



UNA GANANCIA ES MORIR

Mihi mori lucrum
SAN PABLO.

¡Ay la vida! ¡Qué es la vida!
Chispa oculta entre pavesa,
Relámpago que atraviesa
Tempestad enfurecida.
¡Ay la vida!
Es mal que cura la muerte;
Negra cárcel que, al morir,
Logra el prisionero abrir:
De tal suerte
Que una ganancia es morir.

Dejar espinas y abrojos
Para ceñirse de estrellas,
Secar del llanto las huellas
Y clavar en Dios los ojos;
Ay! los ojos
Que han visto el mundo funesto:
Eso es dicha que el que muere
A gloria y cetro prefiere;
Y es por esto,
Que gana mucho el que muere.

¿Qué son los placeres? Humo.
¿Qué, la hermosura? Ceniza,
Que en el sepulcro se pisa:
Cuanto en la tierra hay de sumo,
Todo es humo:
Plata y seda, todo, todo....!
De manera que se gana
Muriendo en edad temprana;
De tal modo
Que sólo el que muere gana.

¿Por qué tan ruda ansiedad,
Tanto afán, tanta locura,
En ir tras lo que no dura,
En buscar la vanidad?
¡Vanidad!
Que duelos mil atesora.
Sólo el necio su ganancia
Busca en la tierra con ansia,
Porque ignora
Que es la muerte una ganancia.

Vivamos, pues, á manera
Del cautivo en calabozo,
Que, ajeno de risa y gozo,
Libertad cercana espera;
De manera,
Que pongamos todo anhelo
En la gloria de morir,
Sin cansarnos de decir
Viendo el cielo:
Nuestra ganancia es morir.



EL PRIMER AMOR

EPITALAMIO

¡ Afuera, de rodillas, Serafines,
Velad en dulce espera!
Deshojad las magnolias, los jazmines,
Mas deshojadlos fuera!

Agitad llameante el incensario,
Alzad himno sonoro;
Mas cobijad, os ruego, este santuario
Con una nube de oro!

Al templo de los místicos amores
No entréis, oh Serafines;
Derramad, eso sí, fragantes flores
En todos sus confines!

¡ Cómo tiembla de miedo, cuál se agita
De gozo el alma toda,
Cuando en la noche plácida medita
El día de la boda!

Ay! cómo le he de dar abrazo estrecho
Y un beso perfumado,
Y le he de aprisionar dentro mi pecho
A mi divino Amado!

Cuando venga mi Amado, Serafines,
Con él dejadme á solas,
Y afuera deshojad vuestros jazmines
Y lirios y amapolas.



El Desposorio ó una primera Comuni6n

¡Silencio! de rodillas! reverente,
Ardiendo en amor pío,
Puesta en el polvo la orgullosa frente:
Así, corazón mío!

Un instante no mas, silencio, calma,
Corazón, te demando;
Sí, mientras una oraci6n eleva el alma,
Te ruego, te lo mando.

¡Ves aquella urna de coral preciosa
Que al rosicler insulta?
Oh! sabe que es un templo aquella rosa,
Y en ella Dios se oculta.

¡Percibes el aroma que se exhala
Del centro del santuario?
¡No ves al serafin que bajo el ala
Menea el incensario?

¡No te admira ese templo tapizado
De rojo terciopelo?

En ese puro altar es adorado
El mismo Dios del cielo.

¡Contemplas ese bando de querubes
Que llena el laberinto?
Corazón, corazón, ¿por qué no subes
A ese excelso recinto?

Bendecido mil veces el que adora
A su Dios donde quiera,
En la flor, en la nube y en la aurora,
El cielo y la pradera.

Vóime á morir si tarda una sola hora
El Bien por que me agito;
Enferma estoy de amores, me devora
La sed de lo infinito.

Del cáliz de marfil de la azucena
Le he de labrar un lecho,
Y en él le he de adorar, ya toda llena
De dulce amor el pecho.

Le hê de adorar con lágrimas, callada:
Ay! El lo sabe todo;
Que soy misera sabe, que soy nada,
Que soy ceniza y lodo;

Que por El despreciara á todo el globo,
Que de ello estoy bien cierta;
Que entre sus brazos, en final arrobo,
Quedarme anhelo muerta.

Ah! libreme por fin de aqueste mundo;
Que la vida es martirio,
Y en este valle de dolor profundo,
La espina mata al lirio! . . .

¿Pensaréis que esta niña enamorada
Contaba unos quince años,
Lo que es bastante para estar cansada
De tristes desengaños?

¿Que en la mañana hermosa de la vida
Soñaba ya en amores,
Y daba que decir la fementida
A las cándidas flores?

Ay! quien hablaba así llena de gozo,
Del suave amor primero,
Ignoraba del mundo el alborozo
Y el gemir lastimero.

Jamás había probado la amargura
De rudos desengaños:
Era una niña candorosa y pura,
Y niña de siete años.

Vestida como un ángel esperaba
Su primer desposorio;
Y lágrimas dulcísimas lloraba
Ante un comulgatorio.

Y al recibir el matutino beso
De la Hostia sacrosanta,
La niña, del amor en el exceso,
Murió como una santa.



EN VÍSPERAS DEL CALVARIO

FRAGMENTO

¡Jerusalén, Jerusalén, la hermosa,
Tú, la reina afamada del Oriente,
La joya del desierto, que la frente
Alzas radiante cual purpúrea rosa,
Y te embriagas con sangre de profetas!
¡Por qué ahora con afán inusitado
Te revuelves, te inquietas
Cual virgen con la cita del amado?

El ancho altivo muro
Coronan de Salén las hijas bellas,
Y en pláticas sabrosas y querellas
Y, en el mirar ansioso, no seguro,
Hablan de un algo que se saben ellas.
El aire de perfumes y canciones
Poblando, se desborda
Por la puerta de Ofel, á borbotones,
Muchedumbre agitada, en grito sorda;
Y luego en ancha calle
Se extiende en espirales por el valle
El suelo alfombran la plateada oliva,
El sonante abanico de la palma,
Y el clavel encendido en lumbre viva:
Todo en el pueblo anuncia, y todo aviva
Un intenso placer, placer del alma.

Cual luce entre las nubes de la aurora
Matutino lucero,
Jesús, entre la turba que le adóra,
Camina sobre un asno, caballero,
Y al mirar á Salén, suspira y llora.
Y cuál le tiende el manto,
Y cuál con bullicioso regocijo,
Exclama en dulce canto:
“¡Hosanna! Hosanna de David al Hijo!”

Las madres envidiosas
Giran en torno la mirada inquieta,
Y se preguntan entre sí curiosas:
¿Habéis visto á la Madre del profeta?
Entre espinas, oh madres, no entre flores
Id á buscar al lirio solitario:
¿A la Reina buscáis de los Dolores?
Mañana la hallaréis en el Calvario!

Terminada la fiesta
En silencio, después de tanto alarde,
A la mansión de Lázaro modesta
Solo Jesús se regresó de tarde.

El torpe escriba, el torvo fariseo,
En la fiebre voraz de astuta envidia
Los negros hilos de la vil perfidia
Tramaban contra el Justo Galileo.

Y la Madre envidiada,
A todo regocijo y gloria ajena,
Desconocida, pobre y olvidada,
Buscaba un hospedaje en la morada
De Marta y Magdalena.
Para el dolor nacida,
Ni el nombre sabe de la humana gloria:

El llanto y la orfandad forman la historia,
La breve historia de su hermosa vida.
El mundo la miró con fiera saña,
Y para ella es el mundo tierra extraña:
Y es ella cual viajera golondrina,
Extranjera doquier y peregrina.
¿Ni qué á la Virgen el humano lodo,
Ni pompa vil, ni loco regocijo?
Huérfana y pobre sólo tiene á su Hijo,
Y el Hijo es su riqueza y gloria y todo.
Un ignoto pesar ella presiente,
Aunque en verdad lo ignora,
Y sin saber por qué suspira y llora.
Como el púdico rayo de la luna
Al valle niega su primera lumbre,
Mientras que besa la enriscada cumbre,
Y de ésta á aquella salta, una por una;
Así la pena que el futuro esconde,
Primero al corazón aflige grave;
Contúrbase el espíritu y no sabe
Por qué el pesar le enviste, ni por dónde.

Por calmar su recóndita amargura
Sale al campo María,
Llora, y al llorar la Virgen pura
Llora la tarde, y se oscurece el día.
Cuajado en perlas el virgíneo lloro
Recoge el ángel en un cáliz de oro,
Y al despertar la pálida azucena
Disputa con el ángel su tesoro
Y de topacios la corola llena.
Si alza la Virgen su mirada al cielo
Allí brotan estrellas;
Donde se imprimen sus sagradas huellas
Nacen lirios, envidia del Carmelo.
Y florecen las viñas,
La Virgen al pasar por las campiñas;

Y esparce el cinamomo rico aroma,
Reverdece lozana la pradera,
Y pudibunda la granada asoma,
Y todo es luz y encanto y primavera.



A NUESTRA SEÑORA DE LA NUBE
EN EL
SEGUNDO CENTENARIO
DE SU APARICION

¡Y he de cantarte, hermosa Madre mía,
Dueño del corazón, Reina del alma!
¡Podré cantarte, celestial María,
En noche de dolor y sin la calma
Que exigen los cantares de alegría?
¡Cuando de guerra asoladora el luto
Silencio nos demanda por tributo
Y homenaje á la Patria en agonía!
Pero el amor no calla, no consiente,
Virgen Santa, olvidar aquella tarde,
En que amable sin par y peregrina,
Radiante apareciste en nuestro cielo
Cual la bíblica Nube del Carmelo.

Reina eres de piedad, Madre divina,
Eres fuente de gozo y de consuelo;
A tus plantas de hinojos
Nos postramos humildes; nuevamente
Dígnate aparecer á nuestros ojos
Como aurora de paz en el oriente.

Era el glacial diciembre: del Pichincha,
La inaccesible y enriscada cumbre
Bañada en resplandores semejaba
El trono de la luz; la pesadumbre
De la escueta montaña, donde se bincha
La tempestad furiosa, donde se arde
Volcánico fulgor, ora ostentaba
Los rosados cambiantes de la lumbre
Tranquila de la tarde.
El fatigado sol hacia el ocaso
La carroza guiaba, de centellas
Tachonando las huellas
Que en la azulada esfera deja al paso.
Del Ande majestuoso en el regazo
La adolescente Quito se adormía;
Más de pronto despierta
Por las notas del dulce Ave María,
Cual los guerreros por la voz de alerta,
El cantar escuchó con que en diaria
Ferviente procesión, multitud pia
Elevaba al Eterno, por plegaria
Entretejiendo el ramillete vario
De rosa, de azucena y trinitaria
De las célicas preces del Rosario.

En ondas de armonía
Que de júbilo inundan los espacios,

Las voces del melífero Ave María
Aljófares derraman y topacios;
Se enciende el sol en vivos resplandores,
Aparecen del iris las guirnaldas,
De los campestres montes en las faldas
Desabrochan el cáliz nuevas flores.
La casta, extasiadora melodía
Del santo Ave María
Conmueve á todo el orbe,
De rodillas le postra, le arrebatada
En impetuosa y rauda catarata
De gozo divinal: todo lo absorbe
Aquel de la oración divino beso
Que al corazón le encumbra y le dilata
De ardiente caridad en el exceso.



Al cantar melodioso
Levanta el cielo las fulgentes puertas;
En escuadrón airoso
Asoman, tras las gasas entreabiertas
De la mansión del gozo,
Innúmeros, bellisimos querubes;
Suelta la blonda cabellera al viento
Pueblan el firmamento
En grupos vagarosos como nubes;
Y uniendo el puro celestial acento
Con las terrestres voces,
En canción alternada,
Ensalzan á la Virgen, coro á coro,
Entre el tañer de cítara argentada
Y el flébil trino de las harpas de oro.

No bien preludia el cántico celeste,
Fulgente brilla entre el celaje pardo

El Arcángel Gabriel, que majestuoso
Ciñe de nácar estrellada veste
Y esparce en torno aromas cual de nardo;
Llegando á la felice
Muchedumbre de espíritus alada
Con grata voz les dice:
“Vosotros del Señor la santa armada,
El victorioso ejército del cielo,
¿No contempláis el duelo
En que yace la tierra?
El dragón infernal la mueve guerra
Con impetu terrible, furibundo;
A la engañada Europa
Embriaga con la copa
De falsa libertad y goce inundo;
El cisma de Lutero,
Armado de poder, con saña impía,
Abate los altares de María,
Y amenaza inundar al mundo entero.
De la alma Virgen ya la faz no alegra
Las regiones que al ártico avecinan;
El vicio y el error viles, protervos,
En tempestad se hacinan,
Y extienden por do quier el ala negra
Como bandada lúgubre de cuervos.
Ay! que el infierno todo
Sumergé ya la terrenal esfera
Entre torrentes pútridos de lodo!
Volemos al combate, hagamos frente
De la rabia infernal á los extremos.
Angeles del Señor, decid: ¿qué haremos
Para humillar ese envidioso encono
De la antigua Serpiente!”

“En la mitad del nuevo continente
Grandioso y bello trono
A la Madre de Dios levantaremos.

No en el oscuro bronce, ni en la piedra
Que vil olvido enlutará con yedra;
No con pincel humano, ni en el lienzo:
Del firmamento en el azul inmenso
Pondremos una imagen de María,
Con primor esculpida sin segundo,
Al resplandor del día,
Dándole por peana al Nuevo Mundo.”



Las preces alternadas del Rosario
Que salmodiaba Quito,
En alas de los Angeles llevadas
Alzábanse en oleadas
Como esas que levanta el incensario.
Mientras el canto vibra, de repente
Una rara Visión fascinadora
Aparece flotante, á la misma hora,
Entre el niveo celaje del oriente;
Derrama en torno dulces resplandores
Como lluvia de flores,
De esas que esparce el carro de la aurora.
Una Virgen de fúlgido alabastro
Esculpida en hermosa y blanca nube
Procera se alza, y sube
Esplendente, radiosa como un astro.
De regio porte, de actitud serena,
Ciñe la imagen imperial corona,
Por cetro ostenta un ramo de azucena,
La izquierda mano púdica eslabona
Con los abrazos del Divino Niño;
Le cubre por la espalda
En anchos pliegues majestuoso manto,
Velando en copos nítidos de armiño
El talle esbelto y la ondulante falda;

Las plantas virginales
De la Visión celeste y peregrina
Descansan en los cándidos cendales
De una densa neblina.
¡Cuánto dieran las rosas,
Cuánto, las frescas perfumadas dalias,
Por besar esas plantas pudorosas
Y estrecharlas á modo de sandalias;
Entonces cuán gustosas
Ofrendaran del cáliz esas perlas
Con que el alba acostumbra enriquecerlas.

A los fulgores que destella grandes
La célica Visión en las alturas,
Póstrase humilde, de rodillas, Quito;
La cerviz de granito
Doblan las altas cumbres de los Andes;
El gallardo Cayambe se conmueve,
Yergue la faz ufana
El plateado y fantástico Antisana,
Y extienden las alfombras de la nieve
Ante esas plantas bellas
Que se calzan de soles y de estrellas.



¡Reina del ciclo, amada Madre nuestra
Que en esta tierra triste
Como radiante nube apareciste,
Amparando á este pueblo con tu diestra:
Luce ahora tu poder, tu amor demuestra
Salvando al pueblo tuyo que elegiste.
En tu amplio corazón no cabe olvido,
¡Y, no ve, Madre amada,
Ésa tu activa, maternal mirada
Cuál, tu pueblo escogido,


Sobre sangre y cenizas clama herido?
¿Desdeñará, Señora,
Tu pronta siempre y compasiva mano
A un pueblo que te implora,
A un pueblo tuyo, el pueblo ecuatoriano?
Ah! la nación que ayer se proclamaba
Amante fiel, discípula de tu Hijo,
Hoy del error la envilecida esclava
Ante el mundo aparece.
¿Y lo sufre tu amor? ¿Tu afán prolijo
Al mirarlo no gime, no padece?
¿Peregrina Paloma de los cielos,
Aquí donde el condór el vuelo expande,
Entre las cumbres nítidas del Ande,
Con tierna dilección has escogido
Lugar para tu nido;
La herencia tuya somos, tus polluelos;
A tu sombra acudimos por amparo:
¿Nos negarás tu amor y tus desvelos?
El buitre no abandona el nido caro,
Ni á la tímida prole que le aguarda
Buscando el ala amante que le encube:
¿Tu tierno corazón, dulce María,
Podrá olvidar al pueblo que en tí fía?...
¿Sé Madre nuestra, oh Virgen de la Nube!



INDICE

	Págs.
A modo de prólogo.....	3
La verdadera gloria.....	5
Las Flores y el Crepúsculo.....	8
Contemplación nocturna.....	10
A mi Patria.....	14
¿Qué es la vida?.....	17
A la Juventud.....	20
Ilusiones.....	22
Alerta! Patria mía.....	25
La Cruz y la América.....	28
Una ganancia es morir.....	31
El primer amor.....	33
El Desposorio ó la primera Comunión.....	34
En vísperas del Calvario.....	37
A Nuestra Señora de la Nube.....	40





RAMILLETE DE FLORES

OBSEQUIADO A LA

VIRGEN STMA. DEL ROSARIO DE POMPEYA

EN SU SOLENME FIESTA

celebrada en la Iglesia de Santo Domingo


el 8 de Mayo de 1911.



CUENCA



Con licencia de la Autoridad eclesiástica





AFECTOS DEL CORAZON

En el plan de la Divina Providencia, hay pueblos predestinados á recibir con más abundancia los favores del Cielo: de la misma manera que el sol baña con rayos más luminosos y vivificantes ciertas tierras privilegiadas, así también el Cielo se complace en multiplicar y concentrar sus favores en algunos lugares que le son particularmente queridos y que ha señalado para establecer en ellos el centro de una grande obra.—Cuenca, esta dichosa y afortunada Ciudad, que sin vacilar un instante, lleva á cabo, cada dia y cada año, con mayor éxito, la obra por excelencia, de glorificar á Maria, en su hermosa corona del Santísimo Rosario, y por esto, una vez más y con mayor entusiasmo, esta culta y piadosa Ciudad, se ha preparado en este año, para expresar los sentimientos de amor y cariño que tiene hácia su tierna Madre la Virgen Santísima del Rosario de Pompeya.

La juventud de ambos sexos, se ha levantado á porfia en aras del amor para con su bendita Madre; los unos, pulsando su lira y dando ensan-

pequeño, casi siempre estaba repleto de hombres, mujeres y niños, que todos con las manos levantadas hacia el cielo y los ojos fijos en la Santísima Virgen, ora la pedían nuevas gracias, ora la manifestaban su gratitud por los dones ya concedidos. Cuántas lágrimas no se derramaron en esa devota capilla! Cuántos doloridos ayes no se exhalaban!! Qué cueneano no recordará con pena de esas luces que siempre por la noche coronaban la colina de Culca?.... Lo recuerdan esos pecadores, que volvieron á la verdadera vida iluminados por los rayos de la luz de Culca, de esa luz, mirada maternal de María, que penetraba en la noche tenebrosa del alma!.... Lo recuerdan aquellos, que en medio mismo de sus orgías nocturnas volvieron los ojos hacia el foco de esperanza; y vencidos por el remordimiento de la conciencia, á la distancia, repiten esos dolientes ayes de la Salve: *Misericordes oculos ad nos converte.....* Oh Madre... Madre compasiva de los pecadores, vuelve esos misericordiosos ojos á este miserable pecador que te invoca!—Culca era, en una palabra, como la estrella de esperanza de cuyos apacible^s rayos nadie se consideraba privado.

Estos tiernos pensamientos, acaso inspiraron al distinguido poeta cueneano, Sr. Dr. Miguel Anjel Corral, aquel precioso artículo titulado "Cordon de luces." Sentimos no haber podido

SIN VOZ

A la Virgen de Pompeya

*Oh Reina, Tú que tienes allá junto á tu nido
el arpa más sonora, la entraña de un volcán,
¿ cómo has de oír mis cantos en medio al estallido
del bardo á cuyas notas se apaga el huracán ?*

*Constante centinela que cuida tu morada,
rozando con el cielo la encanecida sien:
Madre, y el mar te arrulla ; que más ! no temas nada
mie .tras los dos atletas junto á tu hogar estén.*

*Si la impiedad te insulta con loco desvario,
sabe el Vesubio altivo las hordas acallar:
responda tu Pompeya, que aún llora su desvío,
encima de las ruinas que vá lamiendo el mar.*

*Después, cuando humillada, te proclamó Patrona,
tu agosto centinela pacificó el furor;
si hoy ruge de repente, y el humo le corona,
es por decirte—¡ alerta ! Pompeya, en su clamor...*

*Cantarte no me es dado, Señora, si el Vesubio
y el mar ; dichosos ellos ! mi voz han de apagar:
yo te daré mis trovas, en amoroso estuvió,
en donde sola pueda mi lira resonar.*

*Y cuando tenga en mi alma de tu volcán el fuego,
y mi arpa arrulle dulce como te arrulla el mar:
entonces seré tuyo, más que hoy, pero te ruego
que un puesto me concedas bajo tu tibio alar.*

esta historia, es la siguiente: Contristados sobremanera los sacerdotes Oblatos que servían esa parroquia, en 1893, por el crecido número de personas que morían ahogadas en el caudaloso Paute, sin auxilio ninguno de la Religión, concibieron la feliz idea de colocar una pequeña imagen de la Santísima Virgen en la cumbre de la cercana eminencia del cerro, denominado Rumi-cruz de Yucmacay, contra cuya base de piedra se estrellan las hinchadas olas del río.

He aquí lo que se lee en la brevisima crónica, que el Párroco de entonces escribió á este respecto en uno de los libros parroquiales, correspondientes á la indicada fecha: " El primer sábado de Mayo de 1893, en medio de numeroso concurso, se colocó en una de las grietas del cerro de Yucmacay, á orillas del río de Paute, una pequeña imagen de la Inmaculada, á cuyas benditas plantas, después de la bendición del sitio, los sacerdotes entonaron la *SALVE REGINA*, y niños y niñas de las escuelas pronunciaron devotas poesías en honor de la Virgen, que al punto, manifestándose Madre cariñosa, se constituyó su protectora."

La Virgen Santísima, que acostumbra premiar á la más pequeña manifestación del amor de sus hijos, no tardó en derramar sus beneficios: cesaron las aciagas muertes, como es noto-

A María del Rosario de Pompeya

1

En el libro de los Reyes (1)
refiere la Historia Santa,
que un día, Tecuita dijo
á David estas palabras:
"Señor, tenia dos hijos,
el uno por mi desgracia,
mató al otro, y solo queda,
en mi del muerto el recuerdo,
y del vivo la esperanza
de que, arrepentido, un día,
su parricidio llorara....."

Mas, ¡infelice de mí!
nuevo dolor me amenaza;
dolor que solo comprenden
los que el sufrimiento callan;
pués, para grandes dolores
no existen voces humanas.....

Hoy, mi Rey y Señor mio,
no hay madre mas desgraciada,
compadeceos de mí,
no matéis toda esperanza,
devuélveme el hijo vivo,
para que esta pobre anciana,
tenga, al menos, quién la oculte
en una huesa ignorada.....

Oyóle el Rey compasivo,
y dijo: vuestras plegarias
han destrozado y herido
mis compasivas entrañas.
Toma el hijo, por quien ruegas
y á quién, ¡oh! madre, rescatas;
ojalá tu llanto borre
las huellas de su desgracia.

(1) Libro 2º Cap. XIV.

II

Han corrido diez centurias,
y otra madre se encontraba
sobre la estéril colina
de la capital judaica.
Sumida en honda amargura,
en espantosa desgracia,
olvidando sus angustias,
en silencio, consternada,
al Ser que todo lo puede
dirigia sus palabras.....

¿ Pero qué es esto, Dios mio ?
¿ qué sucede en la montaña ?...;
¿ Por qué la naturaleza
todo lo trastorna y cambia ?
¿ Por qué arrojan los sepulcros
los muertos que allí descansan ?
¿ Por qué en la mitad del día,
el sol sus luces apaga ?
¿ Por qué las piedras se chocan,
se rompen y despedazan ?
¿ Por qué los velos del templo
con estrépido se resgan ?
¿ Por qué el mundo se estremece
cual si su fin anunciara ?
¿ Por qué en la turba sagrienta
la voz muere en la garganta.....?

¿ Por qué, por qué;...? porque espira
en esa nacion ingrata
enclavado en un madero
El Salvador que esperaba...;
Por eso, la pobre madre,
cual la de la Historia Santa,
reclama de Dios el hijo
que los infames mataran.
¡ Ay! de tí, ciudad Deicida,
Dios te vuelve las espaldas,
otros tomarán la herencia
por tus hijos repudiada.....

ellos quieren maldiciones,
maldita queda su raza.....!

III

Mas la madre al Dios inmenso
eleva hermosa plegaria,
«Tuve un hijo-mi Jesús,
á quién, en medio de infamias,
le mataron otros hijos
que me los encomendara.....

Vino al mundo á redimirlos
y ellos ingratos le clavan,
por afrenta en un madero,
y, como fieras, ultrajan
lo inmenso de sus angustias
lo espantoso de sus ancias.....

Ya que Dios y padre mio
mi Jesús borró las faltas
de estos mis segundos hijos,
la prole de Adán ingrata,
perdónales, pues ya tienes
inmensamente pagada
la deuda que contrajeron
los hijos que me dejara
mi Jesús, en su agonía,
como donación sagrada:
Soy madre de ellos ¡Dios mio,
perdón imploro á tus plantas !.....

Mayo de 1911.

Vicente Cordero Crespo.



NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO DE POMPEYA

Corría el año 79 de la era cristiana, cuando un cataclismo espantoso, ocasionado por el Vesubio, enterró las ciudades de Herculano y Pompeya en el territorio de Italia. Más de 15 siglos se ignoraban las existencias de los escombros de estos grandes pueblos, hasta que en 1613 Manuel de Lorena, Príncipe de Elbeuf, descubrió restos de Herculano, buscando unos mármoles que necesitaba, según el decir de César Cantú. «Pocos años antes, en 1689 un examen fortuito había hecho conocer á Pompeya colocada á mayor distancia del Vesubio, la lava no llegó hasta ella, pero si las piedrecillas; de modo que no experimentó la acción del fuego y pudieron conservarse mejor sus casas sepultadas hasta el techo.»

Sobre las ruinas de Pompeya que perteneció al antiguo paganismo, quiso la Santísima Virgen del Rosario sentar sus reales, para desde allí escuchar á sus devotos y despacharles con admirables portentos; así como le tocó á San Pedro sentar su Sede Apostólica en la Roma pagana, para gobernar el mundo cristiano: gobierno que perdura vei te siglos, en los Sucesores del Vicario de Cristo, como perdurará la advocación de Pompeya hasta la consumación de los siglos.

Dice el mismo Historiador que esa ciudad se llamaba *pompein*, quiere decir *enviar*, porque se enviaba muchas mercaderías por el Sarno á cuya embocadura estaba situada. De este nombre simbólico debemos sacar dos consecuencias necesarias; sea la primera que Nuestra Señora de Pompeya ha querido enviar sus misericordias, desde su nuevo trono de la tierra, para fovorecer á los fieles; y sea la segunda que así como Pompeya estuvo situada en la embocadura del Sarno, por donde pasaban las mercaderías, y siendo María Santísima comparada con una canal, por medio de

Pasó la edad balagüena,
Como entre flores el aura,
Como á la hora del crepúsculo
Pasan las nubes de nácar.
Hoy siento arder en mi pecho
De la juventud la llama,
Un horizonte sin brumas,
Aspiración es de mi alma.
Pero las flores que riego
De la Virgen en sus aras
No son cual fueron las flores
De mis primeras mañanas :
Aquellas en el rocío
De la altura iban bañadas,
A éstas, acaso, importuna
Moja la primera lágrima ;
Acéptalas como recuerdo,
Oh Virgen de la montaña! . . .

Alfonso María Cuesta.

Con tu nombre ¡oh Madre mía!
Haré frente á las pasiones;
Burlaré las ilusiones
Del mundo, con energía.

Porque él es firme baluarte,
Escudo y segura palma
Del que en las luchas del alma
Cifra su gloria en amarte.

Y, así, espero que en el día
De mi muerte, en tí confiando,
Espiraré pronunciando
Tu nombre ¡oh dulce María!

Estuardo María Arboleda.

A MARIA.

JURAMENTO.

El águila que al sol mirando reta
Pliegue el ala en el polvo, humildemente.
Descienda sin murmullos el torrente,
Y viva sin la cítara el poeta,
Sin modestia, la tímida violeta;
Sin fulgores, de Febo la áurea frente;
Sin matices, el prado floreciente,
Y sin espada, el invencible atleta.

Pierda el hombre su herencia de dolores,
Su luz el cielo, su rumor los mares,
Su canto el cisne, su carmín las flores,
Su tibia aurora el esplendente día,
Su majestad las selvas seculares,
Antes que yo te olvide ¡Madre mía!

Alberto María Andrade

POSTRER OFRENDA.

Pasaron de hermoso Mayo
Las risueñas alboradas;
Mis ilusiones doradas
Cual ellas, no volverán.....

Ya no se oye el canto dulce,
Ni el murmurio de la fuente;
Murieron cual inocente
Gorgear de primera edad.

Pasaron, Madre Santísima,
Los bellos y caros días
En que à tus hijos veías
De los altares al piè:

¡Ayl el fulgido horizonte
Que miraba en lontananza
Se eclipsa al paso que avanza
De tristezas un tropel!....

La campana que anunciara
La hora de bendita fiesta
Calló, Madre, en la floresta
Tampoco se oye rumor:

Cuando esa misma campana
Anuncie, cruel, mi agonía,
Señora, haz que me sonría,
Del cielo, tu puro amor.

Marchitas las flores ruedan,
Madre, á tus plantas benditas,
Cual ellas están marchitas
Las dichas de mi niñez,

El perfume que aun exhalan
Suba, de mi amor cual prenda:
Con llanto baño la ofrenda
Que mustia dejó á tus piés...

J. Alberto Ortega.

ULTIMO SABADO

Cuando el mes de los encantos
Pasa risueño y florido,
Virgen Madre, el pecho herido
Lanza un grito de aflicción.


Hoy, tan sólo tristes notas
Pulsa mi lira doliente;
Son ecos de amor ferviente
Que brotan del corazón.

Ocultos en la enramada,
Las aves que alegres pían,
Desde sus nidos, te envían
El suspiro de su amor.


Y cual el arpa de Eolo,
Herida por leve viento,
También te envía su acento
El arpa del trovador.

Todo en el mundo pregona:
Tu gloria y tu poderío:
La estrella que en el vacío
Nunca cesa de girar,


Las aves de blando arrullo,
El cisne de blanca pluma,
De la cascada la espuma,
La ola turgida del mar.



¡Oh Madre! prende la llama
De la fe en la patria mía;
Hoy su hermoso y claro día
Se envuelve en negro capuz.....
¡Ay Madre! la patria amada
Que es del corazón la vida,
¡No la ves! llora afligida
Cabe la invencible cruz.



Tu eres el lazo fecundo
Que unió con amor bendito
Los goces de lo infinito
Y las miserias de aquí;
De la virtud sin mancha
Eres la mística palma,
Eres el faro del alma
Errante lejos de tí.



Del alma en las lides fieras
Dentro el pecho te contemplo:

Es mi corazón tu templo,
El asilo de mi fe.

Sé nuestra guía y consuelo
De la vida en el camino,
Y que el pobre peregrino
A tu manto asido esté.

¡Quién en el mar de la vida,
Quién en sus negros pesares,
Junto á tus benditos lares,
Luz y calma no encontró!

Y cuando acervo taladre
Mi pecho dolor prolijo,
No desampares á tu hijo,
No me olvides, Madre, no!

Manuel Landín.



1

PRIMERA FLOR

QUE EL

CIRCULO CATOLICO LITERARIO

ofrece á

MI A B I A

en el mes de Mayo de 1897.



CUENCA—SEMINARIO

IMPRESA DEL CLERO.



PRIMERA PLUM.

Tal es el título del modesto tributo literario que, al fin del hermoso Mayo, consagra á la augusta Reina de los Colegios y Ateneos el "Círculo Literario Católico."

Establecido el "Círculo Literario" en el decurso del presente año escolar; establecido no obstante las contiendas políticas, en las que tercia nuestra inteligente y laboriosa juventud; establecido en época de la aciaga libertad de estudios, libertad que si favorece al afán de coronar una carrera, se opone, de veras, à la sólida sabiduría y al progreso intelectual, mal podemos pre-

ciarnos de que sus frutos sean, ni siquiera, medianamente sazonados.

Salta á la vista que la PRIMERA FLOR de el "Círculo Literario" no puede ser sino modesta y pobre como la humilde violeta.

Las razones expuestas, indudablemente, nos hubieran determinado á no manifestar ante el público nuestros primeros ensayos; pero es tan dulce la devoción á María, y nos es tan necesario acogernos á su amparo maternal, que, á pesar de todo, colocamos, á los pies de la Virgen de Mayo, la PRIMERA FLOR del incipiente Ateneo.

Ademàs, la juventud cuencana, año tras año, se muestra más solícita en honrar á María. La Virgen de Mayo inspirò al Vate Cuencano los sentimientos de incomparable poesía que se admiran en su poema "La Virgen de la Escuela":

Y sobre un haz de rosas y de helechos,
Al resplandor de cariñosa vela,
¡Imán de nuestros pechos!
Nos miraba la Virgen de la Escuela.

He aquí descritos, en castigada estrofa, los primores de Mayo en los Colegios de

Cuenca.

Durante el bendito mes de María, el fondo del aula trasformase en hermoso é improvisado altar, donde arden luces y se riegan flores; el maestro y los discípulos, á la sombra de la Virgen, alternan las sencillas preces con la augusta enseñanza de los clásicos.

Cábenos la satisfacción de recordar : - quí, que los más eximios poetas de la culta Cuenca ensayaron su lira, consagrando las primeras notas á la inmortal María, acabado tipo de lo bello.

Y tanta fe, y tanta piedad y devoción necesitan manifestarse de alguna manera al público: el órgano de esta manifestación es, ahora, el "Círculo Literario," cuya primera flor se abre á la sombra de amistad sincera. Indudablemente este humilde ensayo carece de todo mérito artístico, pero rebosa en sentimientos de inmarcesible amor á la Virgen del Ateneo, á la Reina y Maestra de todos los poetas del Azuay.

En todo caso, creemos que el veneno de la crítica no agostará nuestra PRIMERA FLOR. Una flor depositada á los pies de María ¿qué envidia puede suscitar, ni qué emu-

lación puede despertar!

La humilde mariposa que, tanto bate sus alas, deposita un átomo de brillante polvo en el cáliz de una flor, no se acarrea nunca ni el odio ni el desprecio del águila caudal que bate sus alas en el inmenso azul de los espacios.

MI CANTO.

Sin hogar, fatigado peregrino,
Oigo el murmurio de las frescas brisas:
Me detengo un instante en mi camino
Y escucho el son divino,
Que preludia de Mayo las sonrisas.

Las tersas ondas, las pintadas flores,
La verde grama, el azulado cielo;
Las aves mil de fúlgidos colores,
Los cánticos de amores,
Todo me anuncia el fin de mi hondo duelo.

Natura bella por do quier ostenta
Su alegría, su pompa y hermosura;
De mi infancia recuérdame, contenta,
Amable y opulenta,
Los bellos días de inmortal ventura;

Y radiante, entre nubes nacaradas,
El sol de Mayo asoma en el oriente:
En el rocío matinal bañadas
Las flores inclinadas
Sus corolas entreabren suavemente.

Mi herido corazón, Virgen divina,
 Siente de Mayo el divinal consuelo;
 Me alegre cual la errante golondrina
 Que vuelve, peregrina,
 De estéril playa, de remoto hielo.

Por mí mismo proscrito; en extranjera
 Playa, juguete fuí de mi destino.
 ¡Loco de mí! forjéme una quimera
 Tan dulce y placentera,
 Que de mí norte abandoné el camino!

Busqué del mundo gloria fementida
 Y entre mis brazos estreché la nada. . . .
 Mi alma, hasta ahora, mustia y afligida
 Torna á encontrar la vida,
 Al despuntar de Mayo la alborada.

A tus plantas, humilde, arrepentido
 Un hijo errante tu piedad invoca:
 ¡Madre mía! perdón, perdón te pido,
 Consuela al afligido
 Que hora gimiendo tu recuerdo evoca! . . .

Al cantar, hoy, de Mayo su alegría
 Será acaso postrera mi oblación!
 ¡Recibe en mis cantares, Madre mía,
 La ofrenda de este día;
 Recibe mi marchito corazón!

PLEGARIA.

Madre, atiende del esclavo
Melancólica plegaria
Y en mi noche solitaria
Haz lucir el claro sol:
Oye, amante y compasiva,
El acento de mi queja:
Tengo miedo, Madre, aleja
Las sombras de mi dolor!

Huèrfano y pobre, la vida
Me es un àrido desierto,
Camino con rumbo incierto
Sin saber á donde he de ir:
Tú que sanas al enfermo,
Y al infeliz das abrigo,
Y alimentas al mendigo,
Compadécete de mí!

Tú sabes, Madre dulcísima,
Que nunca me ha sonreído
Ni el placer apetecido
Ni de grandes el favor:

Como riquísima joya
En mi pecho he conservado
El depósito sagrado
De cristiana religión.

Por eso, Virgen bendita,
Protege mi fiel creencia;
Mira que es la única herencia
De mi pobre corazón!
A dónde volver los ojos
Si, olvidándome del cielo,
Quedo huérfano en el suelo
A solas con mi dolor?

Si eres reina de mi patria
Tu amor, Madre, no permita
Que de Dios la cruz bendita
Profanada sea aquí:
Mis ojos á tí dirijo,
En tí pongo mi confianza,
Es mi canto la esperanza
Y con ella he de morir.....

José Miguel Niemes.

MI ORACION

¡Oh Madre celestial, Madre del alma,
Guia amorosa que al mortal asiste,
Ayer confiado junto à ti me viste,
À tu lado otra vez me tienes hoy.

Lleno de angustia y de pesar profundo,
Cansado y triste en mi fatal sendero,
Vengo á pedirte, en cauto lastimero,
De tus auxilios el hermoso dón.

Madre sin mancha, Reina del Empíreo,
Vengo á que cubras con tu manto mi alma,
Pues, que la negra tempestad no calma,
¡Entre sus furias temo sucumbir!

Hoy que la audacia negra del averno
Manchar pretende lo que mi alma adora,

Dame tus gracias, inmortal Señora,
Y salga airoso de la cruda lid.

La sierpe vil que tu altivez hollara
Matar pretende mis creencias santas;
Madre, á tus puras y benditas plantas
Quiero morir, que no prevaricar.

De la mañana Estrella rutilante,
Santa María, mi oración escucha,
Y de la vida tras la fiera lucha
Alze en tu obsequio cántico triunfal.

Ulises Chacón M.

A MARIA

Eleva mi alma à los cielos,
En un mar de llanto hundida,
Quejas de mortal herida
Que sangra mi corazón.

Ya no volverán las horas
En que calma y paz sentía;
La ilusión del alma mía
Para siempre naufragó.....

Anegado en tus pesares,
Por borrascas combatido,
Te siento exangüe, aterido,
Talvez mueres, corazón!

¡Ah! no, que el náufrago tiene
Una estrella de bonanza:
Tú, oh! Madre de esperanza,
Consuelo del pecador!

A tí acudo ¡no permitas
Que sucumba à pena tanta:

No permitas, Virgen Santa,
Que me aniquile el dolor!
Aleja las turbias ondas
De mi insólito quebranto;
Enjuga mi triste llanto;
Dame morir por tu amor.

Manuel J. Ruiz.

LA VIRGEN DE LA MONTAÑA.

Era yo niño : tan puros
Cual los celages del alba,
Cual el ampo de la nieve
Que corona la montaña
Eran mis sueños ; cuán rápidos
Son los sueños de la infancia !
El ángel de la inocencia,
Con la pluma de sus alas,
Ledo rosaba mi frente,
Y al despuntar la mañana
El ángel y mis ensueños
Hacia la altura volaban.

Era una tarde, las tardes
Son la hora de la plegaria ;
En el cielo, brotan luces
Y todo en el mundo calla.
Mi amante madre me dijo,
Señalando la distancia :
—Allá, en el fondo del bosque,
En esa casita blanca,
Que entre los sauces se pierde,
Junto á esa fuente que mansa

Deja rodar sus caudales,
Vive pobre y olvidada,
Entre nardos y romeros,
La Virgen de la montaña.—

*
* *

Y luego,— vamos, me dijo,
Mitad querida de mi alma,
Regarás silvestres flores
Cabe las benditas aras.—
Y seguimos la carrera
De un arroyuelo de plata,
Camino de donde mora
Como pobre, solitaria,
Entre nardos y romeros,
La Virgen de la montaña.

*
* *

Los días se han deslizado,
Veloces cual vuelo de águila,
Y entre las ruinas del tiempo
Ha muerto mi edad preciada,
Dejando sólo recuerdos
Allá, en el fondo de mi alma.
¡ Recuerdos como de cielo,
Como esas flores lozanas
Que regué cabe tus lares,
Oh Virgen de la montaña!

la que nos vienen las aguas ó gracias divinas, así la Reina del Rosario de Pompeya nos conduce las gracias del Cielo que todos los días necesitamos sus humildes hijos

Hacen 38 años de la instalación de la Santa Virgen en el valle de Pompeya, y los azuayos llevamos doce años de honrar tan bellísima Advocación, que desde su inauguración en la devota Cuenca, no deja la juventud amante y el pueblo creyente de celebrar cada año, el 8 de Mayo, asistiendo á la Novena y á los 15 Sábados anteriores á la festividad, que con inusitada pompa se siguen en la Iglesia de Santo Domingo; entendido de que las matronas de la ciudad que profesan especial devoción á la Reina del Rosario, se afanan en festejar á la mismísima Señora con el título de Virgen de Pompeya.

Remigio Astudillo.



A LA VIRGEN DE POMPEYA

*Como se esconde en la marina roca,
presa en la concha la nevada perla,
Paloma del Edén, así te escondes
en las ruinas soberbias de Pompeya.*

*Allí, donde la cólera del cielo,
rasgando las entrañas de la tierra,
convirtió un día en gigantesca tumba
un mundo de ignominias y miserias...*

*Allí donde jamás, jamás tu nombre
murmuró con amor ninguna lengua,
¡Pordiosera de amor! alzas tu trono
circundado de flores y de estrellas.*

*Y allí sobre esa lava endurecida,
como arco iris de paz, dulce te muestras,
mientras el sol de tus victorias luce
y el fuego de un volcán tu planta besa.*

*Paloma del Edén, desde ese valle
sobre tu pueblo cariñosa velas:
¡cuando cubren el nido blancas alas
qué importa que se agite la tormenta!*

*Oh Virgen de Pompeya, si te place
entre escombros reinar y entre miserias,
en la roca silente de mi pecho
un trono puedo levantarte, Reina.*

*Pero allí, no tendrás luces ni flores,
sino sombras: mis lágrimas, mis penas;
allí también ha de besar tu planta
de mi impetuoso corazón la hoguera!...*

Agustín Cuesta V.

Cual velo inmenso se extiende
Una nube cenicienta,
Y las escorias candentes
Estallan con fuerza horrenda:
Es la erupción del Vesubio,
Erupción que al mundo aterra,
El sol esconde su rostro,
Son tres días de tinieblas;
Resplandores fugitivos,
Cual llamaradas intensas,
Deslumbran ay! y sumergen
En obscuridad más densa.
El mar se agita furioso,
Cual en deshecha tormenta;
Y del cráter del Vesubio
Hirviente lava se riega;
Y torrentes encendidos
Serpentean en la tierra;
Y al fin queda sepultada
La ciudad de goces ebria.
El volcán napolitano
Arroja ceniza y piedras:
El sudario y el sepulcro
De la histórica Pompeya.
Cuando Dios airado se halla,
Se inunda de agua la tierra,
Llueve fuego sobre el mundo
Y del desierto la arena
De cadáveres se cubre.
¡Treme la Naturaleza!
Que de las iras del Cielo
Sólo la Virgen preserva.

III

Hace diez y nueve siglos,
Que bajo un manto de piedra,
Duerme el sueño de las tumbas
La descreída Pompeya.
Los Césares la olvidan,
Sus moradores la dejan,

Y es sólo un montón de escombros
Del Tirreno á la ribera.
La Reina de las Victorias
Fija su mirada en ella;
Y la ciudad reflorece,
Y resucita la muerta.
Se erige bello santuario
En pro de la Augusta Reina;
E innumerables prodigios
Pregonan su omnipotencia.
¡Milagros en este siglo!
Silencie la impia lengua:
Que de ello dan testimonio
Lourdes, Loreto y Pompeya.
Cuán hermosas romerías
Anualmente se renuevan,
Y en pos de celestes dones
Se mueve la Italia entera.
Nuestra Madre del Rosario
Entre las ruinas se ostenta:
Que nunca el amor materno
Ha conocido barreras.
Publica á los cuatro vientos,
De la fama la trompeta,
Que la Virgen del Rosario
Tiene su trono en Pompeya,
Donde dispensa favores
Con regia munificencia...

IV

En la niñez bendecida,
Del hombre la primavera;
Yérguese el alma gallarda
Cual la nitida azucena.
Esmaltada de claveles
Lirios, rosas y violetas:
Cuán florida se descubre
La ruta de la existencia.
En el cielo la mirada;
Por vestuario la pureza:

Que sonriente la vida
Cuando brilla la inocencia,
El corazón siempre ufano,
El alma cual nunca bella;
En los días de la infancia
¿Quién ha sentido las penas?—
Édad que nada ambiciona,
Edad dulce y placentera;
Aves, aromas y besos
Son sus diamantes y perlas.
En la bendecida infancia
No bate sus alas negras,
La duda que entenebrece
Las claridades eternas:
Entre juegos y sonrisas
La niñez vive contenta:
Que las auras matinales
Nunca azotan con violencia.

V

El volcán de las pasiones
Estalla con furia horrenda;
Y todas las flores caen
De la riente pradera.
Es un gladiador el joven,
Que en la mundanal palestra,
Recibe cruentas heridas,
Queda con el alma enferma.
Adiós edad venturosa
De las impresiones tiernas;
Los vientos asoladores
Levantán candente arena.
Adiós edad venturosa
En que la vida es amena:
¡Esplende el sol de la dicha
En un cielo de inocencia!
La juventud vacilante
Entre sombras aletea;
Y bajo escoria y ceniza
Ay! toda virtud entierra.

Queda el alma sepultada
En los antros de la pena:
Que los placeres del mundo
Asesinan la inocencia.
Adiós edad venturosa
Volver á tí quién me diera!
En vano suspira el ángel
Cuando muere la azucena...

VI

Los corazones azuayos
Sean tu mejor herencia,
Y mi alma á tus pies rendida
El trofeo de tu fiesta.
Virgen santa del Rosario
Que diste vida á Pompeya;
Mi pecho también vivifica
Y haz que te ame cuanto pueda.
Si te agradan los escombros,
Si te apiadas de las huesas;
Para tu mansión elige
Las ruinas de mi alma muerta.
Como cerca del Santuario
Igneo volcán flamea;
Así al pie de tus altares
Mi pecho arda cual hoguera.
En mis horas de tristura
Sé tu la mística Estrella,
Que derramando fulgores
Disipe la amarga pena.
Mi espíritu resucita;
Mitiga mi cruel dolencia;
Y cabe tu Sacra Imagen
El último sueño duerma.
Porque eres Virgen y Madre,
Porque eres de gracia llena,
Por tu Concepción sin mancha,
Librame de angustia eterna.
Oh! Reina de las Victorias,
En esta lucha sangrienta

Haz que sobre mis pasiones
Alcance victoria espléndida;
Y cuando caiga en la tumba,
Como vencedor atleta,
Que de tus manos reciba
La celeste recompensa.
En mis postreros instantes
No me falte tu asistencia;
Y haz que en la Patria contemple
Tu esplendorosa belleza.

Alberto Maria Andrade.

MARIA

Los tiempos aun no eran, los astros no brillaban,
horrisono el vacío, terrífico el silente
espacio donde quietas y tris es atisbaban
las fúnebres tinieblas al dedo omnipotente.

Ya entonces la escogida, riente como aurora,
Maria, rutilaba de Dios en los amores:
tan sólo por crearla, su mano bienhechora
sugir hizo este mundo vestido de primores.

Manchó las sendas todas del eternal camino
ingrato el hombre, airada la Majestad divina
cambió uno de sus dones de aquel en asesino,
rompió la catarata que al cielo se avvicina.

Y no destruyó á todos al golpe estruendoroso
de horrendo cataclismo por la sin par Maria...
Dibújase en los cielos en iris fulgoroso
de Madre la sonriza, mudo himno de alegría.

Del Moria en la gris cumbre muriente ya exhala
el buen Jesús, clavado, la cláusula bendita;
sus ojos nos li muestran, su pecho nos regala
su mismo amor, su Madre... Oh dádiva infinita!

Riqueza de las almas: por Ti sólo le viene
el mérito sin taza del padecer inmenso
de Cristo amante al hombre, al hombre que no tiene
senda otra que Tú misma á Dios en el ascenso.



*Y mientras que los siglos avancen á sus fines
es sólo de su seno dulcísimo que impera
la piedad, no reina del mundo en los confines
del Hijo la justicia que al hombre le extingüiera.*

*Ay! sólo en aquel día tremendo de la ira
será con el Dios Hombre severa juzgadora.
En tanto ¡oh amor mío! ninguno que suspira
por Ti se queda triste si clama, gime y ora.*

J. F. Moreno Mora



SUPLICA

A LA

PODEROSA REINA DEL STMO. ROSARIO

*En el nombre del Padre y del Hijo y del Es-
píritu Santo Amén.*

I. Oh Reina augusta de las Victorias, oh Vir-
gen soberana del empireo, á cuyo nombre poder-
oso se regocijan los cielos y tiemblan de pavor
los abismos infernales; Oh Reina gloriosa del San-
tísimo Rosario, ved aquí prosternados á vuestras
plantas á estos vuestros dichosos hijos expresan-
do con lágrimas los tiernos afectos del corazón
y que venimos con la confianza de hijos á des-
cubriros nuestras miserias. Ea, María! desde el
trono de clemencia en que Reina os sentáis, vol-
ved á nosotros las miradas compasivas, así como
á nuestras familias, al Ecuador, á Europa, á la
Iglesia universal; moveos á compasión de nues-
tros padecimientos y de tantos dolores como nos
están amargando la vida. Vos veis qué de peli-
gros espirituales y corporales nos rodean por to-
das partes, y de cuántos enemigos visibles esta-
mos cercados y oprimidos.

¿No oís por ventura los gritos desaforados

mente por Italia, que desconoció la del singular favor con que Dios la enriqueció sobre todos los pueblos de la tierra, á saber, el de albergar en su seno al Soberano y Cabeza del orbe católico, se aparta de la heredada Fé por juntarse con sus perseguidores y amargarlo con hiel y oprobios en la cruz de sus dolores, ¡Misericordia por todos; oh Madre de clemencia y de misericordia!—*Dios te salve Reina y Madre &*

III ¿Y qué os cuesta, oh Maria, escucharnos? ¿Qué os cuesta salvarnos? ¿No puso Jesús, por ventura, en vuestras manos maternas todos los tesoros de sus gracias, todas las riquezas de sus misericordias? Vos, Reina coronada, os se táis á la diestra de vuestro Hijo, encumbrada con excelsa gloria sobre las gerarquias de los ángeles; vos extendéis el cetro soberano de vuestro poder por toda la amplitud de los inmensos cielos; el sol resplandece por vuestro, las estrellas os circundan la frente por corona y la luna se os postra por alfomora, y ante voz se rinden humildes y sumisas la tierra y cuantas criaturas sustenta. Tiemblan los abismos infernales con el poder de vuestro nombre, y Satanás se vé obligado á soltar de sus garras las almas de los pecadores que á vos acuden, oh Maria! Sois omnipotente por intercesión, y podeis ciertamente salvarnos. Y sino queréis favorecernos, por cuanto somos hijos ingratos é indignos de vuestro amparo, decidnos, á lo menos, á quien hemos de acudir para que nos liberte de tantos malos. Nò, nò, vuestro corazón de Madre no sufre ver perdidos á sus hijos. Ese divino Niño que tenéis en los brazos nos inspira confianza ilimitada; y en El y en vos la ponemos, arrojándonos á vuestras plantas, cual pobretillos hijos á los brazos de la Madre más amante y tierna; y por eso, hoy, hoy mismo esperamos alcanzar de vos los suspirados favores.—*Dios te salve Reina &*

FLORES DEL ALMA

OFRECIDAS

A LA VIRGEN SANTISIMA DEL ROSARIO DE POMPEYA

EN RECUERDO DE SU FIESTA ANUAL

celebrada en la Iglesia de Santo Domingo

el 12 de Mayo de 1912.

(Año tercero)



CUENCA.

Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.

Tip. «Alianza»



Flores del alma

El 14 de Noviembre de 1875, llegó al Valle de Pompeya, remitida por un sacerdote dominicano fervoroso, el Padre Alberto Maria Radente, desde Nápoles, la Imagen hoy tan célebre, de la VIRGEN SANTÍSIMA DEL ROSARIO. Acomodósele por de pronto en diminuta Capilla, la que servía de iglesia parroquial; y trasladósele luego a su Santuario, para el cual se colocó la primera piedra, bendecida por Monseñor José Formisano, dignísimo Obispo de Nola en la Campania, el 8 de Mayo de 1876.

El Templo espléndido del Santuario fué solemnísimamente consagrado por Su Eminencia el Cardenal Rafael Mónaco La Valletta, en representación del Papa, el 7 de Mayo de 1891. El 13 de Marzo de 1894, el mismo gran Pontífice León XIII, en virtud de especial Breve y después de haber, en documentos pontificios de anteriores fechas, apro-

bado, bendecido é indulgenciado la devoción á la soberana REINA DEL ROSARIO DE POMPEYA, recibió el Santuario y las obras de éste al Patronato de la Santa Sede, y encumbró a la vez el grandioso Templo a la categoría augusta de *Basilica Pontificia*.

Los moradores humildes del hasta poco antes desolado Valle recibieronla a la Virgen Santísima del Rosario, desde el primer día de su aparición sobre el altar, entre lágrimas y preces. Y Ella, compadecida de ellos, los salvó. Hoy la Nueva Pompeya, aldehueta en otro tiempo tan oscura y miserable, es toda una ciudad llena de luz y de vida, de civilización cristiana y de creciente bienestar: privilegiadisima ciudad, desde la altura de cuyo venerando Templo la Madre de Dios derrama a manos llenas prodigiosos bienes sobre Italia y sobre el mundo.

La improvisación de una ciudad destinada a ser de las mejores de Europa y hoy poblada de católicos fervientes: hé aquí el mayor triunfo último de la VIRGEN SANTÍSIMA DEL ROSARIO DE POMPEYA. Y el arma para tan sonoro y radiante triunfo?—La de siempre en todos los grandes triunfos de MARÍA: el SANTÍSIMO ROSARIO.

«De esta Santa Imagen, decía en Rescripto de Junio 21 de 1890, el Pontífice incomparable del Rosario, el inmortal León XIII, de esta santa Imagen venerada en el Santuario de Pompeya, Dios se ha servido para conceder aquellos tantas gracias que han puesto en conmoción al mundo.» Una de las naciones más prontamente conmovidas, fué el Ecuador; y una de las primeras ciudades del Ecuador, la muy católica y piadosísima Cuenca.

Cuenca oyó el nombre, dulce siempre y siempre augusto, de la VIRGEN SANTÍSIMA DEL ROSARIO DE POMPEYA; escuchó, ávida, el relato de sus recientes glorias; supo que Ella era la Reina de las ruinas morales y hasta físicas, por Ella trocadas en victorias: y Cuenca, en su corazón se conmovió,

y en el templo como en el hogar doméstico para su Reina levantó altares, y en honor de Ella organizó y celebró, en cada Mayo, fiestas tan enervorizadoras, como hermosas.

Hé aquí el origen de la fiesta clásica que hoy, por vez undécima, con la mayor pompa posible celebramos. Lo peculiarísimo de ella, en Cuenca, cifrase en la *Congregación* de mediodía: preséntanse a esa hora ante el altar de la VIRGEN SANTÍSIMA DE POMPEYA quince azucenas humanas, quince niñas, nitida como discretamente engalanadas; fórmarle a su Inmaculada Madre corona de amor y corte de gloria; conságranse luego, bajo la dirección del sacerdote, a la Virgen de las Virgenes allí presente, así como al sostenimiento y difusión del culto de su Rosario; y, en señal de filiación marial y vasallaje a la que de flores perpetuas es la Reina, impóneseles a las quince niñas, a cada una, su medalla con la veneranda Imagen de la Madre de Pompeya, que éllas reverentes cuanto complacidas, sobre el cuello y pendiente de cinta tricolor, reciben.

Mas no solamente aquello ha hecho y hace Cuenca: también ha consagrado a la Madre del amor hermoso y de la belleza suma, la lira de sus poetas, no menos que la pluma de sus escritores: aquellos y éstos, tan espontánea como convencidamente amantes de Ella. Es ahora la vez tercera que los cantores y literatos azuayos, a su amada Reina, con *flores* brotadas *de alma*, adornan y enaltecen.

¡Felices los que la cantan! ¡Felices los que a la promoción del culto de Ella y de su Santísimo Rosario se consagran!

Cuenca, á 12 de Mayo de 1912.



*A Nuestra Señora de
Pompeya*

(RECUERDOS DE UN VIAJE)

Para Ti, Madre, la Italia,
con Nápoles en sus vegas,
que arrimada á los volcanes
el golfo amante contempla.
De helénico campoeliseo
bellos jardines la cercan,
y aromada con perfumes,
desde la cima destrenza,
como hidalga castellana,
la fronda de su arboleda:
¡ oh Nápoles !

Alli, unidas,
en donaires la acrecientan
las tres Penínsulas sacras
con leyes, artes y ciencia,
con amor, mármol y lira,
Iberia, Itálica y Grecia,
florones del áureo nimbo
con que se ciñe la tierra.

Cuando de su dulce orilla
huyó de Ulises la vela,
que el himno del dios Homero
empuja en la ola serena;
cuando emigraron las naves
de la Jónica leyenda,
—no del mar—del cielo vino,
Virgen Santa, tu poema.

¡Santa Virgen! lo cantamos
en la Sagrada Pompeya.

Bajo el marfil de su cielo
blonda al sol luce la niebla;
allí la impalpable aurora
al mundo sonríe leda,
y la franja azul que reúne
al monte el cielo ¡oh Doncella!
como una cinta recoge
tu veste de tul sidérea:
de ese cenit, de ese ocaso,
de ese monte, Tú, la Estrella....

Castelmare la elegante
revienta en luz de azucenas;
suelta el manto Villareale
purpurado en rubias yemas,
y, sultana de la umbrosa,
entre eucinas y florestas,
jardin del mundo, Sorrento,
con la arpa de Tasso sueña.
Más allá Siquia, Misena,
sostienen sobre las rocas,
con dioses en sus cavernas,
turquí pabellón de nubes
que el rey Vesubio despliega.
¿Y por qué hermosura tanta
Madre mía?

Madre bella,
marco de oro, azul, verdura,
cual guarnece al sol la esfera,
este edén que te circunda
es la concha: Tú, la Perla.

Aquí no más....

Pues mi llanto
puso velo a tu ribera,
espejo del sol, Tirreno,
quién te ve y no es poeta?
Si no es la luna tu hermana
¿Por qué sus rayos te besan
y te cuenta en tus abismos
con la mía su tristeza?

Golfo de oro, con murmullos,
con rugidos, mar de Eneas,
por mi cantad en arpaeólia
a la que es del orbe Reina.

No en verjeles; entre ruinas
que al mármol de Paro afrentan;
de Herculano en los sepulcros,
dó caídos dioses ruedan;
junto al anfiteatro mudo,
junto al cardo de la terna,
Madre mía, desfallece,
ésta que conmigo vela,
mojada en llanto, mi lira,
oprobio de tu Pompeya.

N. Aguilar.



A María Inmaculada:

I

Cuando niño todavía
Te entregué mi alma inocente;
Y más que a nadie ¡oh María!
Te amé, rendido y ferviente.

De mi vida en los albores,
Entre el infantil arpegio,
Fue el altar de mis amores
La capilla del Colegio.

Vestida de azul y blanco,
Con la sonrisa en los labios;
Recibiste mi amor franco,
Mi corazón sin resabios.

Me acerqué a la Mesa Santa,
Te consagré mi alma entera;
Aun su recuerdo me encanta:
¡Fué mi comunión primera!

Su recuerdo me extasia
Y me inebria dulcemente:
¡Deificando el alma mía
El Mendigo Omnipotente!

Bañándola en lumbre pura,
Que los cielos ilumina,
Luz de amor, luz de ventura,
Luz de paz, lumbre divina!

Con pasión tierna y constante
Te adoré, en llanto deshecho:
Cinta azul de congregante
Se ostentó siempre en mi pecho.

Tras el célico banquete,
¡Paloma de los altares!
Puse ante ti un ramillete
De violetas y azahares.

Cuando llegaba el mes bello,
Tu mes de dulzuras tantas,
¡De amor pálido destello!
Luces ponía a tus plantas.
Te escribí sencilla carta,
Te dije lo que sentía,
¡De ti ninguno me aparta;
Me has oído; Madre mía!
Con el amor más ardiente,
Con lágrimas en mis ojos,
Te saludé reverente,
Nunca en pie, siempre de hinojos.
Después del Gran Sacrificio,
Tinto en sangre redentora,
Rezaba tu santo oficio,
Con las luces de la aurora.
Fuiste Tú mi amor primero
¡Te acuerdas, Madre querida!
Sé también mi amor postrero,
En la tarde de la vida.

II

El altar está sin flores,
La antorcha yace apagada;
Y el cáliz de los dolores,
Bebe el alma desangrada.
Pasó la rosada aurora
El sol en el Zénit brilla,
Y la mente soñadora
Abandona la capilla,
Olvida sus juramentos,
Le ciegan las ilusiones;
Y entre mundanos contentos
El candor queda en girones.
El corazón ha muerto....
El gozo se troca en pena;
Y, al cruzar este desierto,
Deja sangre en cada arena....

En la frente las espinas,
A las plantas los abrojos,
Dentro el pecho las ruinas,
Por doquiera los despojos.

Con la cruz sobre los hombros,
Con el alma ensangrentada,
Hollando restos y escombros
Y saboreando la nada...

Fuiste Tú mi amor primero,
En la aurora de la vida:
Sé también mi amor postrero,
En la eterna despedida.

III

Bendíceme desde el cielo,
Dó está tu regia morada,
Calma mi profundo duelo,
No me olvides, Madre amada!

Por la inocencia perdida,
Por el amor de la infancia,
En la noc'e de la vida,
Dame la perseverancia.

Cuando al borde del camino,
Yazga enfermo, agonizante
Manda que tu Hijo divino
Visite a tu congregante;

Y te ruego humildemente
Que mi comunión postrera,
Sea tan pura y ferviente
Como lo fué mi primera.

Locura de amor divino!
El Dios de cielos y tierra,
En forma de pan y vino,
Por quién le hace cruda guerra

A confortar mi agonía,
Recibir mi último aliento,
El Dios a quien yo ofendía
Vendrá en mi postrer momento!

Entrego mi alma en tus manos,
Madre del amor hermoso!

Rompe sus hierros tiranos,
Trueca sus penas en gozo.

Por el dolor sin medida
Que acibaró tu existencia,
En la hora de la partida,
Purifica mi conciencia.

Muéstrate, Madre sincera!
Rompe los terrenos lazos:
Haz que te llame y que muera
En tus santísimos brazos....

Mas allá del mar amargo,
Al vencer la ola furiente;
Después de viaje tan largo
Muéstrame tu faz sonriente.

Fuiste Tú mi amor primero
¡Te acuerdas, Madre adorada!
Sé también mi amor postrero,
Cuando rinda la jornada.

Alberto María Andrade.

¡ Madre Mia !

En mi jardín, Señora, ya no hay flores,
Huyó hasta el ave del follaje seco;
y al rido que abrigaba mis amores,
Le arrulla solo de la pena el eco.

El arpa triste á la ventura extraña,
Vibrar no quiere como ayer, Señora:
Ha mucho tiempo, mi doliente entraña,
Cuando quiere cantar..... no puede.... llora ...

Y en medio a esta ansia de la vida triste,
Que la tormenta de un penar resiste,
Cual roca estéril a la mar bravía;

En esta soledad donde me pierdo,
Al llegarme el fulgor de tu recuerdo
Solo puedo clamarte: ¡Madre Mia!.....

Agustín Cuesta.

Las tres épocas

1171 - 1571 - 1871.

Hace ocho siglos que la Iglesia Católica practica la hermosa devoción del Santo Rosario, y en este periodo de 800 años queremos fijar tres grandes épocas, sobre los tres elementos, tierra, agua y fuego, repitiendo con San Buenaventura, que la Santísima Virgen Maria es la *Renovadora de los elementos*; llamando la primera época, de su fundación, la segunda, de su triunfo y la tercera, de su renovación.

I

En 1171 nació Domingo de Guzmán, en Castilla la Vieja, descendiente de la ilustre casa de los Guzmanes, por la rama paterna, e hijo de la Santa mujer Juana de Aza: llegó a ser un gran Santo, el azote de los herejes y el fundador de la Orden de Predicadores; y si bien nos dicen los biógrafos, confirmaba con éxito a los fieles en la fé, no convertía al principio de su apostolado, sino pocos herejes, hasta que se le apareció la Santísima Virgen y le dijo, que para convertir a los obstinados, predicara la devoción del Rosario. Obedeció Domingo, y dejándose de controversias y polémicas, empezó a predicar la preciosa devoción, enseñando el modo y forma de rezar el santo Rosario, con explicación de los misterios, al extremo de convertir en poco tiempo más de cien mil almas.

Antes de todo sermón o plática invocaba el Santo a la Reina de los Cielos con esta breve oración (tan tristemente alterada hoy, hasta en los rezos públicos): «Dignare me laudare te Virgo sa-

crata; da mihi virtutem contra hostes tuos—Dignate; Virgen Santísima, de alcanzarme gracia para que te alabe dignamente; consigueme virtud y fortaleza para convertir y vencer a tus enemigos» (*). Los enemigos eran los herejes denominados Albigenses, a quienes combatía Domingo, apoyado en la intercesión de Aquella que la Iglesia llama «Debeladora de las herejías».

II

Pasaron cuatro siglos, durante los cuales los esclarecidos sucesores del Fundador alcanzaban admirables y estupendos milagros, con la santa devoción del Rosario, cuando acaeció un extraordinario y ruidoso portento el 7 de Octubre de 1571, en las aguas de Lepanto, con el triunfo de las armas cristianas sobre los musulmanes. Estos infieles, sectarios de Mahoma quisieron apoderarse de Europa, y lo hubieran conseguido si Dios Nuestro Señor no protege al cristianismo por intercesión de su Santa Madre.

Más de un siglo llevaban los Turcos Otomanos de ocupar Constantinopla, a contar desde 1453, que entraron en la ciudad, desde la cual miraban llegar el momento de invadir el mundo occidental, con sus ejércitos aguerridos y la famosa Escuadra de esos tiempos: principiaron sus nuevas conquistas, tomando la isla Chipre y otras poco importantes. La Europa entera se conmovió, el Pontífice Romano, Pio V, que a la sazón gobernaba la Iglesia, llamó a toda la cristiandad, nos refiere el historiador Cantú, y solamente el Rey de Espa-

(*) *Mucho extrañamos la alteración y cambio erróneo que hace el pueblo al rezar esta bella jaculatoria; pues lo hace en estos términos—«Dignate Virgen Santísima de que mis labios te alaben, dadme fortaleza contra mis enemigos»—Ojalá se fijen en esta advertencia, para que se repitan las palabras precisas de su fundador.*

ña, Felipe II, atendió con su escuadra, comandada por Don Juan de Austria; y uniéndose los venecianos y genoveses atacaron las fuerzas enemigas que estaban al mando de Ali Bajá, por disposición de Schin II. y fueron éstos derrotados en el golfo de Lepanto. La armada turca era muy superior a la española, pero ésta llevaba en los sitios más altos la imagen de Cristo crucificado, rezaban los navegantes el Rosario, y confiaban en la intercesión de Aquella que es tan «fuerte como un ejército ordenado en batalla» alcanzando una espléndida victoria: murió el Jefe Ali Bajá, los turcos asustados y dispersos dejaron más de 25.000 muertos, 10.000 prisioneros, y se obtuvo que 15.000 cristianos fueran libertados de las galeras.

Sin referirnos a ningún historiador eclesiástico ni sagrado, para no ser tenidos de parciales, continuando con el mismo Cesar Cantá, citaremos lo que dice éste sabio autor, al terminar su capitulado relativo a dicha guerra:—«La cristiandad reconoció entonces, por un instante su unidad, santificándola con milagros, atribuyendo la victoria a la Virgen cuyo rosario se rezaba en aquella época por todos los fieles, perpetuándose con una fiesta la memoria de aquel suceso y de aquella devoción.» Tal es el origen de la festividad de la Reina del Santísimo Rosario, que se verifica el primer domingo de Octubre, conocida también con el propio nombre de Nuestra Señora de las Victorias.

III

Pasados tres siglos, extendida la devoción por todo el mundo, quiso la Santísima Virgen del Rosario, sentar sus reales en el Valle de Pompeya, cuya antigua ciudad yacía sepultada entre escombros 18 siglos antes, contándose desde el año 79 de la era cristiana, en que la erupción del Vesuvio arruinó la comarca, para que allí, sobre el elemento del fuego, producido por el volcán, se cum-

plan las palabras arriba expresadas de un Santo Padre de la Iglesia.

En 1871 se preparaba el terreno, diremos así, para que el 14 de Noviembre de 1875 la Reina del Rosario, tomase posesión del nuevo territorio, desde el cual iba a derramar sus gracias en favor de sus devotos, como lo verifica desde Zaragoza y Lourdes. El 8 de Mayo de 1876 se colocó la primera piedra del Templo, el cual Santuario abrió sus puertas para la entrada triunfal de su Celeste Dueña, el 8 de Mayo de 1887; siendo después a los siete años, elevado el Templo a la categoría dignísima de *Basilica Pontificia*.

Remigio Astudillo.



Nuestra ofrenda

A LA VIRGEN SANTISIMA DEL ROSARIO DE POMPEYA

*En tierra de Pompeya,
desierta y desolada,
quisiste, Madre amada,
tu trono levantar;
y allí, junto al Vesubio,
pusiste tu santuario,
para de tu Rosario
las gracias ostentar.*

*Desde el dichoso valle
la humanidad doliente
te ofrece hoy, cual presente,
su gratitud y amor;
a Ti, que nunca en vano
invoca el desgraciado,
a Ti que has consolado
su pena y su dolor.*

*Hoy con piedad ferviente,
te elevan cien naciones
sus votos y oraciones,
sus cánticos de amor;
el poeta, tierna Madre
te ofrece sus cantares,
y al pie de tus altares
se postra el guerreador.*

*Ofrécente los rios
fantásticos rumores,
el sol sus resplandores,
sus cantos el turpial,
sus ecos la montaña,
la fuente su murmullo,
la tórtola su arrullo,
su furia el vendabal.*

*Y Cuenca, que tú sabes
que te ama, oh Madre mía,
quisiera en este día,
para a tus pies llevar,
las más hermosas flores;
quisiera las estrellas,
para adornar con ellas
las gradas de tu altar.*

*Mas ¡ ah ! que si no tienes.
estrellas, tienes flores !...
Del alba a los fulgores
buscólas para Ti;
antes que el broche abrieran
tan puras, tan galanas;
¡ las virgenes cuencanas !
te las ofrece aquí...*

*Cuando, entre las ofrendas
de incienso y oraciones,
de flores y canciones
que hoy ves con compasión,
encuentres la que Cuenca
te ofrece, oh Virgen pia,
acéptala, y envía
tu tierna bendición.*

Antonia Mosquera A.

De Antaño

I

Qué pronto han pasado los días de ensueño!
qué inmensa distancia los pudo alejar!
al verlos de lejos, el alma, en su empeño,
quisiera de nuevo sus horas gozar.

Tu fiesta primera!... Cuán dulce murmullo:
en torno a tus aras el aula gorjeó.
Cada alma fué entonces lozano capullo
que, al ver de tus ojos, de amor se entreabrió.

Auroras aquellas del mes de tu fiesta!...
deshecha en perfumes por Ti la floresta,
y al rayo primero de albor matinal,
con ansia los niños tu puerta golpeaban
; y aún la alborada de amor no anunciaban
las aves que oculta del techo el nidal!...

II

Apenas recuerdos tus fiestas dejaron
de tiempos dichosos, de vida mejor.
Si todo ha pasado, jamás se borraron
del alma tu nombre, del canto tu amor.

Mas, cruel es el ansia que al alma devora
la triste añoranza de plácida edad:
más cruel, todavía, la pena que llora
del pecho vacío la atroz soledad....

Apenas recuerdos....Oh Madre, qué triste
se torna el pasado, de pena se viste
y en pena gozamos del muerto placer!...
De tanta ventura que guarda el olvido,
Tú sola nos quedas, pues, nada ha podido
del alma del niño tu amor desprender.

Perdona que el arpa no entone su canto;
 hoy, muda, no puedo sus cuerdas tañer:
 borrado el ensueño, no torna el encanto,
 la vida que pasa no puede volver!...

Escombros apénas del tiempo dichoso,
 do llora el recuerdo con triste rumor....
 y el canto sería tremer de sollozo,
 el eco de ruinas; gemido, no amor!..

Oh Madre, perdona...No tiene hoy la vida
 de ayer la dulzura, ni asoma encendida
 en luz, que otros años, la aurora al nacer...
 Perdona...al recuerdo resistese el canto...
 Borrado el ensueño no torna el encanto!..
 la vida que pasa no puede volver!....

J. R. Burbano V.



Canción de ausencia

Tu retrato sólo miro
 y se ahonda más la pena
 de no verte, que suspiro,
 beso tu imagen y aspiro
 ver tu misma faz serena.

La sola canción de ausencia
 vivo cantando, cantando
 crece el dolor: florescencia
 es su ritmo, cuya esencia
 se elabora sollozando.

¿No se conmueve tu fino
corazón, de oír la voz
tembladora, cual el trino
que desgrana peregrino
pajarillo, de otro en pos ?

Acá en este valle oscuro,
cual turpial que con arpegios
se queja, que estío duro
le haya dejado inseguro
sin nido, ni granos regios:

llora en amante delirio
su pobreza el alma mía;
no tiene el blanco del lirio
ni de la rosa el martirio,
y sufre en su gemonía.

Que me dejes me lamento
de Ti ausente tiempos há,
que, pues, te amo, de éllo siento;
no barrunta el pensamiento
el por qué no esté ya allá.

Cuán triste es verme tan lejos
del amor que me embelesa,
me apenan más los reflejos
de los suntuosos festejos
que arroban con su realeza.

No me alegro en tus festines,
ni sesteo en tus alcores
No corto, no, tus jazmines
olientes a serafines,
tan albos cual tus amores.

No es harta esta pesadumbre
ni mucho que le ame así,
que tal es la dulcedumbre
que expande la muchedumbre
de gracias que en Ella ví.

Suave gluma zafirina
que mando en alas del viento
te lleva, Madre, mi fina
voz, que esconde, cual neblina
al rey sol, mi sentimiento.

No salgas de tu castillo,
No vengas a la montaña,
mejor desátame el grillo,
me arrebate el vientecillo
como brizna de la caña.

O como alondra me encumbre
hasta el alcázar de luz;
mi pupila hirió tu lumbre:
¡qué será estarse en la cumbre
si así me baña al traluz!

J. F. Moreno Mora.

Filial

*Del Azuay en la mágica floresta,
mientras brillaba el sol del nuevo día,
en el patrio vergel para tu fiesta
una flor busqué, Virgen María!*

*En el fervor de mi filial ternura,
en la fruición de místicos amores,
quedó mi alma transida de amargura
¡muertas estaban del jardín las flores....!*

*La musa de la santa Poesía
luego le dijo al corazón:—no llores.
lleva para el Santuario de María
esta flor sin perfumes ni colores.....!*

*Y, en el fondo del alma sonó el canto,
y se abrió, como el lirio en la floresta,
mi pobre flor, que humedecida en llanto,
va para los altares de tu fiesta.....!*

Roberto Crespo Ordoñez.

No salgas de la castilla,
No vayas a la frontera,
mejor de estar el dillio,
mas arrégate el venterillo
como hazia de la rana.

Y como abogada me presentara
pues el alcazar de la
no cupo, nió memoria,
para ir a estar en la cumbre,
si me me buda al traba.

J. M. Herrera Mora.

Fuente

Del Azule en la música floresta
mientras bello el aveve dice
en el patria de la fiesta
una flor ausente María!

En el fernu de la ternura,
en la trancion de los amores,
cuando un alma trancion de dinarera
yager es estabax en el dardir las flores.

La musa de la santa Poeta
hago le dije en la azona no flores,
deya para el Sancha de Maria
esta por sus perfumes y colores.

Y en el fonte de alaba sona e canto,
y se daria como y lirio en la floresta,
mi pobre flor que bume lecia en ilallo,
na para los olores de la fiesta.

Jube de Crespo Ordoñez.

Flores del Alma

OFRECIDAS

A LA VIRGEN SANTISIMA DEL ROSARIO DE POMPEYA

EN RECUERDO DE SU FIESTA ANUAL

celebrada en la Iglesia de Santo Domingo

el 11 de Mayo de 1913.

(Año cuarto)



Cuenca.

Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.

Tip. "Alfonso"

LA VIRGEN DEL ROSARIO DE POMPEYA

La Virgen del Rosario, la Virgen de Dolores, Nuestra Señora de la Visitación, la Virgen de los Desamparados, Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá, Nuestra Señora del Rosario de las Lajas, la Inmaculada Concepción.....¡ cuántos destellos de fe, de amor, de veneración, de esperanza, de gratitud, de consuelo, de felicidad, sorprenden y contemplan, con avidez de filial éxtasis, los ojos de mi espíritu en el cielo de este templo, el templo de mis delicias, trono como es de mi propia y tierna Madre, la Reina del Rosal divino!

Y esos destellos, con ser tan celestialmente hermosos y variados, representaciones son, a más de irradiaciones, representaciones son de una sola estrella. Mas, qué Estrella !.....: la Estrella de la mañana, la Estrella del mar del mundo, la Estrella de Dios mismo, sobre el universo todo, dice el Teólogo de María, San Bernardo, *necesariamente sublimada* y providencialmente suspendida.

A Ella en ellos vió, con íntegra razón, la cristiandad cuencana, y desde 300 años hace, empezó, en ellos mismos, a amarla, a invocarla, a alabarla, a bendecirla, a honrarla, a glorificarla, a implorarla, a agradecerla, y a venir en tropel, para inundarse de su pura, santa y beatificadora lumbré iluminante, acá a este templo: el templo de la Reina del Rosario.

Bajo esas advocaciones todas, tan bellas como ricas de consuelo, tenía ya la Virge Santísima María establecido, en la Iglesia de Santo Domingo de Cuenca, el culto público suyo, a Ella fervidamente tributado, y solícitamente cultivado, así por sus celoso apóstoles, como por el pueblo católico; bueno y fiel.

Amaneció, entre tanto, un día,—8 de Mayo de 1901—, día de imperecedero recuerdo y de especial bendición por parte de Dios, *sanador de las naciones*, y de aquella Divina Señora a la que la Iglesia, nuestra sabia madre, con sobra de fundamento invoca y apellida *Salud de los enfermos*; y en lo alto de uno de los altares de la Iglesia nuestra, el de la Capilla de las Señoras Terciarias, apareció, en demanda de devoto culto público, entre luces y entre flores, una Imágen nueva de la Madre-Virgen de Dios y de los hombres: la divisó el católico pueblo azuayo, la miró, la vió; y *en pos del olor de los misícos unguentos de Ella*, restauradores del alma no menos que del cuerpo, reverente se lanzó.

Como si Ella, como si la VIRGEN DEL ROSARIO DE POMPEYA, la primera Imágen de la Virgen de vírgenes hubiese sido que a los ojos vigilantes del pueblo aparecía: así, con virginal amor, con religioso entusiasmo, con veneración profunda, con filial confianza, así acudió ante sus benditas plantas y así se le dió, con todo el corazón, el pueblo azuayo. Tan inagotable es siempre la amabilidad de la Divina Madre, y tan insacia-

ble es siempre la necesidad que de amarla, de invocarla, de alabarla siente el alma, el alma individual o colectiva!

Dos puntos de procedencia tuvo, para presentarse a la veneración pública de Cuenca, la Virgen del Rosario de Pompeya: el Valle feliz de Nápoles, esclarecido con ese nombre, fué el primero; y el segundo fué la muy católica Quito.

Un devotísimo amante de la *Madre amable e* incansable propagador de su salúfero Rosario, el Rdo. Padre Alberto María Radente, Sacerdote de fe ardiente del Convento de Santo Domingo de Nápoles, Maestro en sagrada Teología y Director en 1875 de la Vble. Orden Tercera dominicana: hé aquí el varón virtuoso que en compañía de un seglar católico abrasado de santo celo por la salvación eterna de las almas, el Dr. Bartolomé Longo, próximo Fundador entonces del hoy basilical Santuario, entronizó en el Valle de Pompeya, ahora 38 años, la preciosa Imágen de la Virgen Santísima del Rosario, pintada al óleo en lienzo, con el Divino Niño en el regazo casto, y el apostólico Santo Domingo de Guzmán a la derecha y la seráfica Santa Catalina de Sena a la izquierda, recibiendo ambos el celestial Rosario: aquél, de mano del Divino Niño; y ésta, de mano de la Virgen Madre.

Tan devota Imágen, del todo providencial a no dudarlo, cuyo solo aspecto, a pobres pecadores que el acierto tenían de ir a visitarla, movíalos ya a conversión, conservósola al principio en la Capilla del Valle, aunque pública, demasiado estrecha, a más de vieja; y trasladósela más tarde, en razón de tales circunstancias, a una Iglesia nueva, incomparablemente más amplia, más sólida y más decente: la del actual célebre Santuario.

El Sagrado lienzo, desde los primeros meses de su llegada, prodigioso, llegó con procedencia de Nápoles, en Pompeya el 14 de Noviembre de

1875. Delante de la Virgen, en ese lienzo, presente, fundóse para el bien de muchos, el 13 de Febrero de 1876, la privilegiada Cofradía del Santísimo Rosario. Al Santuario, en cuya cabecera la Reina de las Victorias había de asentar el trono de sus resplandecientes misericordias e inmarcesibles glorias, se dió principio el ocho de mayo de 1876. En él hizo la Emperatriz del universo y Dueña de los corazones, triunfalmente su primera entrada el 8 de Mayo de 1887. Fué litúrgicamente consagrado por mano de un representante de León XIII, el 7 de Mayo de 1891, y enaltecido luego en Breve de 13 de Marzo de 1894, a la categoría de Basilica Pontificia. Y recibió la última mano de la religión y el arte, en su espléndida fachada, el 7 de Mayo de 1901.

A la Imagen de la Virgen Santísima del Rosario, convertidora de millares de almas, remedidora y curadora de innumerables necesidades y dolencias, y con su infinito atractivo e inmenso influjo creadora de una amplia y bella ciudad nueva, la del Valle de Pompeya, coronósele solemnemente en reconocimiento agradecido de su regio dominio sobre el mundo, el 8 de Mayo de 1887.

Tanto desde la Capilla primitiva, como desde el actual concurrentísimo Santuario, toda una lluvia de gracias y favores, muchos de éstos portentosos, ha enviado la Reina del Rosario de Pompeya sobre el humano linaje. Hé aquí la razón por qué el Vicario de Cristo, el sabio y santo Pontífice León XIII, en Breve apostólico de 28 de Marzo de 1890, calificó ya y declaró a esa misma augusta Imagen como *Imagen prodigiosa*.

Hé aquí la razón, también, por qué el mismo Pontífice Supremo, en su rescripto de 21 de Junio de 1890, al proponer la sagrada y prodigiosa Imagen de la Virgen del Rosario de Pompeya a la veneración de los pueblos todos, privilegió a todos los devotos de Ella con especialísimas gracias e indulgencias.

De la Italia pontificia, del feliz Valle de Nápoles, por la Madre de Dios privilegiado y bendecido, vinosenos al Ecuador, en trasunto auténtico, esa santa y santificadora Imagen, sien pre antigua y siempre nueva como representativa que es de la Virgen Santísima del Rosario en su profesión de triunfadora.

La primera Imagen de la Virgen de Pompeya venida al Ecuador, fué una oleografía de a metro. Recibióla, lleno de júbilo y de las más halagüeñas esperanzas, ese celosísimo como santo y sabio apóstol del amor, de la devoción y el culto a la Virgen Santísima del Rosario,—el Padre Maestro Fr. JACINTO LA-CÁMERA, Maestro entonces de Novicios en el Convento dominicano de Quito, e hizola colocar, por de pronto, el primero de Noviembre de 1886, en lo alto de una pared del departamento occidental del Noviciado: los Novicios todos con sus Superiores, al salir y al entrar de la sacristia de la Iglesia, saludábanla puestos de rodillas, con el *Sub tuum praesídium*, reverentes. El 8 de Mayo de 1887 celebróse en honor de Ella, en la Capilla de Santa Rosa, con gran concurso de la Comunidad, Terciarias y fieles, la primera fiesta pública.

Diez meses después, el mismo Padre La—Cámara, en su infinito afán de ver cada dia mejor honrada a la Reina única de su amor, encargó al cristiano y magistral pincel de LUIS CADENA la reproducción del cuadro: el digno émulo de Rafael Salas coronó su obra pictórica vaciando su genio en élla. El nuevo Lienzo, bellissimo y desde la faz virgínea emisor de un no sé qué de resplandor divino, tan luego de entronizado, en Abril de 1888, en el altar de su Capilla, la Capilla feliz del Noviciado; a todos, religiosos del Convento y caballeros seculares, a todos empezó a atraerse. Su culto estaba, para lo porvenir, triunfante.

La primera de las grandiosas fiestas, en cul-

to de veneración y amor a la Virgen Santísima del Rosario de Pompeya, glorificala en el lienzo de Calena, y que hasta hoy con extraordinario esplendor se las celebra, verificóse en la capital de la República, previos traslado y novenario solemnes, el 8 de Mayo de 1888. En 15 de Mayo de 1890, esa veneranda Imagen, del pueblo católico de Quito tan reverenciada y tan querida, fué pública, litúrgica y solemnissimamente coronada, en el templo de Santo Domingo, por mano de un Representante Pontificio: el Excmo. Y Rmo. Sr. Delegado Apostólico Dr. Dn. José Macchi.

La Virgen Santísima del Rosario de Pompeya, durante el tiempo de su culto público y popular en Quito, no dejó de conceder a la fé y a la piedad favores, algunos de éstos sorprendentes: de éllo existe un autorizado testimonio en la bellísima Carta de nuestro ejemplar e inolvidable Maestro (Enero 25 de 1896), ahora, para solaz de espíritus piadosos, en este opúsculo transcrita. De allí el que la devoción a Ella hubiese empezado, también: en otras ciudades del Ecuador, a difundirse.

Desde la década última del siglo XIX habia ya, aquí en Cuenca, varios cuadros de la Reina hermosa de Pompeya, y tributos de devoción particular tampoco se le escaseaban. A pesar de todo, un homenaje de culto popular, solemne, ampliamente público, no se habia pensado aún en rendírselo. El año de 1901 fué cuando, a iniciativa de una Terciaria dominicana de Cuenca y con el apersonamiento espontáneo de la Comunidad de Predicadores, tuvo entre nosotros su primera fiesta socialmente pública, en el presbiterio de la Iglesia, el 8 de Mayo, la Virgen Santísima del Rosario de Pompeya.

Desde entonces hasta hoy, ni un solo año se ha omitido celebrársela en cada Mayo, con novenario solemne y fiesta solemnísima. La concurrencia de la gente mejor, la piadosa y noble, de

Cuenca a las funciones sagradas de esos días, ha sido constantemente numerosa y—por el fervor de la devoción—edificante.

«Lo peculiarísimo del clásico día de la fiesta principal, en Cuenca, diremos ahora como en 12 de Mayo de 1912 ya dijimos, cifrase en la *Consagración* de mediodía: presé tanse a esa hora, ante el altar de la *Virgen Santísima de Pompeya*, quince azucenas humanas, quince niñas, nitida como discretamente engalanadas; fórmale a su Imaculada Madre, corona de amor y corte de gloria; conságranse luego, bajo la dirección del sacerdote, a la Virgen de las vírgenes allí presente, así como al sostenimiento y difusión del culto de su Rosario; y en señal de filiación marial y vasallaje a la que de flores perpetuas es la Reina, impónesele a las quince niñas, a cada una, su Medalla con la veneranda Imágen de la Madre de Pompeya, que éllas, reverentes cuanto complacidas, sobre el cuello y pendiente de cinta tricolor reciben».

Incluyendo a las Señoritas que a la una de la tarde de hoy están para consagrarse, a ciento cinco asciende ya el número de piadosas *Damas de la Virgen del Rosario de Pompeya*. Felices éllas hasta el cielo, si, en el cumplimiento de su aragésica misión, saben seguir siéndole fieles!

No sólo la piedad, también el arte ha rendido, cuatro años ya en el presente, el homenaje público de su amor sagrado a la Estrella divina de Pompeya, en Cuenca. A los fervientes católicos e inspirados literatos que esta vez más, con el valioso contingente de su té y su pluma, han tenido a bien favorecernos, nuestras más cumplidas gracias; y que, sobre todo, la misma Reina de toda inspiración santa y hermosa se digne, en su bondad de Madre ¡comparablemente amante y tierna, galardonarles, aquí y allá, con la corona de luz de sus soberanas bendiciones. Cantad, can-

tad; oh bardos de la sinfónica y odorífera floresta azuaya!, seguid cantando a *MARÍA*, a esta *Madre del amor hermoso y de la santa esperanza*: Ella os volverá más inspirados aún y más felices.

¡Oh *MARÍA*, oh *REINA DEL ROSARIO DE POMPEYA*! ¿Cómo podré olvidarte en tiempo alguno? Tú, sí, Tú siempre has sido para mí toda una Estrella: después de *JESÚS* tan sólo, Dios a quien a luz temporal Tú misma diste, Tú has sido mi única Estrella, «que iluminaste con tu luz querida la mañana dorada de mi vida!». Y pues, por tu maternal bondad, tu iluminación me has dado, y con ésta he sido no interrumpidamente venturoso, quiero en mi buen deseo, que también todos los demás devotos tuyos sigan siéndolo o lo sean. Para estímulo eficaz de almas creyentes ¿qué invitación mejor que la de tu Meliflúo amante?

«*MARÍA* es, exclama San Bernardo, aquella preclara e insigne Estrella sobre el mar grande y espacioso de este mundo necesariamente levantada, resplandeciente de méritos, alumbradora con la luz de sus ejemplos. ¡Oh tú, seas cualquiera, el que en la corriente de este siglo, más te ves fluctuar entre borrascas y tempestades que andar sobre tierra firme!: del resplandor de esta Estrella nunca desvíes los ojos, si no quieres naufragar en las tormentas.—En los peligros, en las angustias, en las dudas, piensa en *Maria*. No se te aparte Ella de la boca, del corazón no se te aleje: y para que obtengas el sufragio de su oración, no dejes su imitación. Siguiéndola a Ella misma, no te desvías: rogándola, no desesperas: pensándola, no yerras: sosteniéndote Ella, no caes: protegiéndote, no temes: conduciéndote, no te fatigas: siéndote Ella propicia, al puerto llegas de tu mortal navegación: llegas al Cielo».

Cuenca, a 11 de Mayo de 1913.

LAS IMAGENES DE MARIA SANTISIMA

Siempre que hemos debido trazar alguna linea en honor de N. Sra. de Pompeya, ha vuelto á nuestra memoria, ha revivido en ella, el Cuadro de la Advocación portentosa que es objeto hoy dia de la universal predilección de la cristiandad.

No sé cómo se niegue la existencia del orden y la economía espirituales. Si la filosofía no es aceptada en sus pruebas, el arte posee una manera evidente de demostración.

Claro está que copiar no es ser artista. El copista abre los ojos y ve lo que le rodea. El artista cierra los ojos y ve el cielo. Así lo vindica esa inenarrable variedad de imágenes que representan a María.

Cuando Miguel Angel contempló, en Santo Domingo de Fiésolo, el Cuadro de la *Anunciata*, ejecutado por Fra Angélico, "Un hombre no ha podido hacer esas figuras, dijo, sino después de haberlas visto en el Cielo".

Es igualmente cierto que cada pintor idea a la Virgen de un modo distinto de otro; y como la Señora, representada en esta actitud y no en diferente, por ejemplo, sana a los enfermos, se llama la *Virgen del Remedio*; y parece que esta es diversa, de la *Virgen de la Merced*, de la *Virgen del Consuelo*, etc.

El pintor dogmatiza, y su producción va

a la historia, al pueblo, al clero, al culto que aprueba el Vicario de Jesucristo. Cada una de las Ordenes Religiosas adora a María, y le tributa culto especial en ésta o la otra actitud que la han dado los artistas: *la Virgen de la Strada*, *la Virgen del Escapulario*, *la Virgen del Rosario*, viven en el seno de sus familias, que son, la Compañía de Jesús, los Carmelitas, los Dominicos. En los Colegios de Picpus preside *la Virgen de la Paz*. En los talleres de Turín, el *Auxilio de los Cristianos*. En las aulas de Quito, *la Dolorosa de Colegio*. María se trasparenta en sus Cuadros en distinta forma, como el sol en la variedad infinita de las flores. Y como cada flor tiene su perfume, cada Cuadro simboliza distinta exhalación del amor materno.

Los frescos que representan misterios de María deducen el nombre de su tema: *la Inmaculada* de Murillo, *la Asunción* de Guido, *la Dolorosa* de Juan de Juanes: está bien. Pero asalta una duda; en otras Imágenes de la Señora ¿qué ha sido lo primero, la advocación o el cuadro? Cuando, por ejemplo, Francisco de Francia y Lippo Dalmasio pintaron *la Virgen Amable*, *el Refugio de los Pecadores*, *Nuestra Señora de la Soledad*, *de los Desamparados*, etc. con esos pinceles que sólo se ocuparon en colorar Madonnas sin rival; no aparece claramente si ellos se forjaron sus ideales y los reali-

zaron, o si tras la aparición de sus obras diéronlas nombre los devotos que las contemplaban o los admiradores del Arte.

Y aquellos monumentos de la piedad, como *Nuestra Señora de la Libertad, la del Perpetuo Socorro, la del Buen Consejo*, reaparecidas tras la noche y la injuria de los tiempos; por qué y desde cuándo se llamaron así? No hemos de echar mano de la inspiración providencial? No son a veces los Artistas instrumentos de una Fuerza Superior, para el cumplimiento de hermosísimos y sobrenaturales designios? Acaso la Historia del Arte Cristiano, y en especial la de la pintura mariana, sea un capítulo de la Mística Teología.

Juan de Damasco, Ildefonso de España, Francisco de Sales, Clemente de Alejandria, Alfonso de Ligorio, todos esos videntes no se extasiaban, sino ante las Virgenes de su predilección: ¡ El Arte al servicio de la santidad !

Si el Creador maneja para sus fines altísimos todas sus hechuras, el genio debe de ser en su diestra el instrumento más delicado.

No hay alma contemplativa que se contente con elevarse a Maria hacia la diestra de su Hijo donde Ella mora: es preciso verla en el lienzo, palpitante en el colorido, cuando menos bosquejada en las líneas.

Catalina de Vigni, que está canonizada, era una gran artista, y delante de los bellos

Cuadros de su Reina, que ella producía, se levantaba en raptos. ¡Qué pasaría en el alma de la santa, qué pasaría en el alma de la artista! ¡Qué lazada misteriosa ligaría en ella el genio y la beatitud!

Y no hay cómo dudarlo: la Virgen ama sus pinturas. Ella ha movido muchas veces la invisible mano de los ángeles, que con célicos pinceles la han copiado en la resquebrajada peña, en el repecho del islote o en el festón del Cielo. Las flores de la montaña, las flores del invierno, cogidas en la grosera manta de Juan Diego, mejicano, se trasformaron en la Virgen de Guadalupe, gran Patrona del Nuevo Mundo.

La Esposa de Salomón miraba tras las celosías; así, cuando menos se piensa, la Virgen, el Original, palpita en el retrato, y se incorpora con nuevo colorido, o habla, o bendice, o parpadea con ojos de madre y de misericordia.

Ah, las Imágenes de la Virgen: donde hallemos mirémoslas más que con los ojos, con el alma. Aparissi Guijarro ha dicho, que más que toda la Filosofía del mundo vale una estampa de la Virgen de Dolores.....

Con iguales sentimientos nos postramos ahora cabe el Ara de Pompeya, donde vagaron nuestros suspiros de inhábil artista, y rodaron nuestras lágrimas de peregrino.

MAGNIFICAT.

*Glorifica alma al Señor
Trasportada de alegría:
En el Dios Salvador mío
Mi ánima se regocija:
En esta su esclava humilde
Dignóse poner la vista;
Las generaciones todas
Me tendrán por dichosisima.
El Todopoderoso ha hecho
En mi favor maravillas;
I su nombre es siempre santo,
I dá su piedad divina
De una gente a la otra gente
A quien le teme en la vida.
Con el poder de su brazo
La soberbia es abatida:
Al ambicioso destrona,
Eleva a los que se humillan:
A necesitados llena:
Da caudales sin medida
A los hambrientos y pobres:
Al rico los bienes quita.
Recibe á Israel su siervo
¡ Misericordia infinita !
A Abraham a nuestro padre
Así prometido había,
Por los siglos de los siglos.
Vivan Jesús y María !*

AMOR ETERNO

*Antes una morada violeta
convertiráse en purpurina rosa;
y en tímida y humilde mariposa
el águila que al sol mirando reta.*

*Vivirá antes sin cítara el poeta,
sin modestia, la virgen pudorosa,
sin arreboles, la mañana hermosa
y sin espada, el invencible atleta.*

*Antes perderá el hombre sus dolores,
su luz el cielo, su rumor los mares,
su canto el cisne, su carmin las flores,*

*su tibia aurora el esplendente día,
su majestad las selvas seculares,
que yo dejar de amarte! oh Madre mía!*

Alberto María Andrade.



LA HIJA DE MARIA

*Era la niña cándida y pura,
de áureos cabellos, dulce mirar:
¿Quién ¡ay! al verla bella y sonriente,
no presagiara felicidad?
No!...que la dicha se esfuma y pasa,
cual nube de oro, cual blanca estrella,
que cubre luego la negra sombra
de Tempestad.*

*Tras breves días quedó la niña
huérfana y sola!...
Y cuando en torno volvió sus ojos,
buscando el muerto naciente hogar,
viendo el desierto árido y triste
en que su planta debió posar,
«¿ésta es la vida? dijo llorando;
«¡ay! madre mía, si volverás?....»*

*Pasó el invierno con niebla y frío,
volvió el verano con luz y flores,
volvieron presto las golondrinas:
pero la madre no volvió más!...
El sol de Mayo brilló esplendente,
quebró sus rayos en la campiña
del Yanuncay;
y hermosas flores depositaron
sobre el altar
las quince niñas del Tomebamba,
que en aquel Mayo se consagraban
ante la Virgen, Madre inmortal.
También aquella...la huerfanita
entre ese grupo la vi llegar:
blanca azucena me parecía,
ave de paso,
pronta a alejarse de este desierto
triste espinal!
—«Ya tengo Madre, dijo sonriendo,*

• *Virgen María! tú que ostentaste*
• *tu amor de Madre entre arideces*
• *cabe un volcán,*
• *desde este oscuro triste desierto,*
• *donde tan solo vine a llorar,*
• *llévame al Cielo,*
• *antes que vuelva la niebla fría*
• *antes que azote el fiero viento*
• *de tempestad!**

Sonrió la Reina desde su trono,
viendo a sus plantas, entre las flores,
tanto candor;
candor de niña, junto a las preces
de la orfandad.

Después de Mayo, brilló la aurora
del mes de Julio;
y por las calles de la ciudad
desfiló extraño cortejo grave,
llevando en hombros blanco ataúd:
era la niña cándida y pura,
de áureos cabellos, dulce mirar,
la huérfanita,
que había franqueado la eternidad!

Blanca bandada de albas palomas,
sus compañeras, la conducían
al jrió lecho sepultural!...
Y allí reposa junto a la madre,
que la esperaba
con tierno afán.

Y la otra Aquella, la Virgen Madre,
que alzó su trono junto a un volcán,
llevóse al Cielo la mejor parte
de aquella niña,
antes que vuelva la niebla fría,
antes que azote el fiero viento
de tempestad.

RECUERDOS

En días pasados, en tarde taciturna, encontré aprisionada entre las páginas de un libro, una hermosa viola tricolor, falta de jugo y lozanía, pero bella siempre por sus matices y por el marchito esplendor de sus pétalos.

En tropel, entonces, a mi mente acudieron las dulces añoranzas de aquella no muy lejana época de la niñez, en que las horas—simientes de la eternidad, como dijo Chateaubriand—se deslizaron suavemente bajo el ósculo flamigero del astro sutilmente de la risa y la alegría.

¿Por qué no seremos siempre niños? ¿Por qué morirán tan pronto las flores?—me preguntaba yo. Y como tácita respuesta, el sol se durmió apaciblemente en el seno de tinieblas de la noche.....



Aquella mañana primaveral era espléndida. Halagadas por las gemíferas caricias del lubricán, las corolas florales oscilaban dulcemente, cual bateles conduciendo a las brillantes perlas del rocío matutinal.

Era yo un niño.

Timidamente formé sencillo bouquet de violetas, y dirigíme contento y alegre a la Iglesia próxima, en uno de cuyos altares se veneraba la imagen sacra de la Reina del Rosario.

Prosternéme a los pies de Aquella que derrama pródigamente el raudal de su ternura, y, con el devoto fervor de un alma inocente, elevé a la divina Reina mis cántigas de amor, esas cántigas que cual los gorgeos del avecilla implume, fueron suavemente moduladas desde el nidal de la fé.

Con los ojos entornados, meditaba en dulce éxtasis, cuando en mi candoroso entendimiento posóse una idea: quería ofrecerle mi ramillete, para que Ella me diese una sola de las flores de su altar.

Mil combates sucediéronse en mi imaginación. ¿Podría sin causar el enojo de la Virgen de Virgenes, cojer una de esas flores, a Ella consagradas?

La tierna mirada del Divno Niño que su Madre sostenía en los brazos, dióme ánimo, y, así como los étnicos gladiadores se lanzaban valerosos a la arena de la lucha al ver la insignia imperial, acerquéme yo al altar y dije:

«Os ofrendo, Señora amada, este ramillete de sencillas y primorosas violetas para que, en cambio, vos me déis una flor de

las vuestras, una flor que será mi egida en el terrenal palenque de las angustias».

Y temblorosamente, cogí una hermosa viola tricolor, la misma que, en días pasados, encontré aprisionada entre las páginas de un libro, mientras el sol se dormía apaciblemente en el seno de tinieblas de la noche

*
* *

El alado plaustro de los años ha continuado su veloz carrera, y entre Tabóres y Calvarios, mi corazón se ha mantenido siempre fiel para con vos, oh Emperatriz Sagrada del Rosario.

El corazón del hombre no es un mero juguete; por eso, las creencias inculcadas en la niñez, han perdurado en mi, y hoy, en las bellas orillas del Tomebamba, vengo, Madre amada! a renovar el bouquet de humildes violetas, como en aquellas mañanas primaverales en que arrullaban en el alero de tu iglesia mis hermanos de entonces, los canoros jilguerillos

Rafael Albornoz C.



MAYO

Son sus mañanas frescas y rientes,
el sol sus rayos ha bruñado más,
el cielo sus perfiles sonrientes
dibuja de los montes en el haz.

Lozanas se alzan las pintadas flores
con corona de perlas en la sien,
el aura baña el ala en sus olores
y perfuma el ambiente en su vaivén.

Las aves cantan nuevas sinfonías,
el alma que oye siéntese feliz,
rumorean las fuentes melodías
de sus límpidas ondas al desliz.

En las siestas las cándidas palomas
van a bañar al río su plumón,
las abejas se aduermen en las pomas,
las mariposas rondan al manchón.

Sus tardes son hermosas y serenas
con nubes de jazmín, oro y azul;
con canciones de amor en las amenas
airosas enramadas de abedul.

Cual manojos de niveas margaritas
empiezan las estrellas a temblar;

las errantes, aladas luciernitas
inquietantes inician su danzar.

Sus noches son regazo de ternuras,
la bóveda azulada un cristal es
que transparenta ocultas hermosuras
a el alma que ve sin esquivéz.

Derrama el universo sus primores
del mes de mayo al ósculo gentil,
el corazón sus místicos amores
canta al compás del viento en el pensil.

Del astro rey a los pristinos lampos
los niños y doncellas con amor,
tan puros como el lirio de los campos,
a la Virgen la ensalzan con fervor.

Cuando el sol se sepulta en el poniente
envuelto en la áurea cauda de su luz,
canta el himno arcangélico el creyente,
florece su esperanza en la alma cruz.

J. F. Moreno Mora.



QUAE EST ISTA ?

*Quièn, así, del desierto se levanta
el manto azul flotando en el espacio?
Quièn del Empíreo al cèlico palacio
regando lumbre, presto se adelanta?*

*Con su mirar los astros abrillanta
y a la aurora corona de topacio;
blanca la Luna asómase despacio
y palpita de amor bajo su planta.*

*Sus pies fulguran luces y centellas,
viste de lumbre reluciente velo,
ciñe su sien aurèola de estrellas...*

*Quien es esta? pregunta con anhelo,
el Angel que siguiendo va sus huellas.
Mi Madre..! Dios responde desde el Cielo.*

C. M. P.



MATER PECATORUM

*Llega Mayo, y ya la orquesta
de galanos trovadores
entona el himno de fiesta,
mientras tapizan las flores
del valle a la andina cresta.*

*En estas patrias regiones
en que la fe se acrecienta,
venciendo los aquilones,
en grupos de corazones
tu trono, oh Virgen, se asienta.*

*Es cada hogar un santuario
donde tu altar se levanta
y juntos van a tu planta:
el humo del incensario
y la plegaria que canta!*

*Que todo en tu mes bendito
es grato, excelsa Señora,
y hasta el ruego del precito
encúmbrese a lo infinito
bañado en lumbre de aurora.*

*Más que el ala del querube
hacia el Empireo te exalta*

*de llanto la densa nube,
que desde la tierra sube
y tu áureo escabel esmalta.*

*Y en tu actitud deprecante
a los pies de tu Hijo Eterno,
está la Madre que amante
vuelve el lloroso semblante
a las fauces del averno.*

*Es que los hijos queridos,
en sangre tuya empapados,
con tu dolor redimidos
y por tus pechos criados
están de Ti divididos !*

*Tus hijos, los pecadores,
que en este misero valle
cargados van de dolores,
sin que la piedad acalle
sus lastimosos clamores.*

*La piedad, palabra vana
que no conociera el suelo,
si tu bondad soberana
no la mandase del Cielo
a la pobre estirpe humana !*

*Vuelve pues, Madre, los ojos
a la mansión de pesares,
vierte luz en los abrojos
y cambia nuestros enojos
en rosas de tus altares.*

Y como un sol q' alumbra noche horrenda,
que sosiega del alma la inquietud,
la noche alumbras de mi infausta senda,
Virgen María, tú.

Tú, la que amé de niño y amo ahora
con infinito amor;
tú, de venturas sacras sembradora;
tú, de mis noches negras resplandor.

Tú, de mis gayas flores jardinera;
tú, la que donas a mi pecho paz;
tú, de mi invierno alegre primavera;
tú, la Señora que la calma das.

Tú, la paloma de ese cielo blanco;
tú, de la tierra el divo rusiñol;
tú, de clarores refulgente lampo,
Santa María, de los hombres sol....



Qué de flores, qué ideales, qué ilusiones
rotos i muertos en el fango están:
viaje eterno de gárrulos gorriones,
de gorriones que nunca volarán!



Oh celestial María,
a tí bendita te consagro yo,
la que me diste dulce poesía,
de tus ofrendes de oro la mejor.

Tú fuiste quien sembró flor de hermosura
de mi existencia en el flexuoso erial;
quien alumbró cual sol mi sepultura,

la sepultura donde anida el mal.

Quien del vivir en el luchar penoso
me dió el arma, la egida y el corcel:
quien en las cuitas de mi pecho umbroso
hubo vertido, sobre acibar, miel....

Qué me importan los lóbregos pesares
si esos pesares pué-dolos cantar,
para que, oyendo el són de mis cantares,
me vengas, oh María, a consolar!

Qué importa q' haya sombra en torno mio,
si luz tiene mi pobre corazón;
qué importa que en la sangre corra frío,
si rebulle en el alma tu calor!



De ti me vino dulce poesia,
de tus ofrendas de oro la mejor:
te vuelvo, pues, gentil Santa María,
tus dádivas en cánticos de amor.

Y perdones al hijo atribulado
que en lira humilde quisote cantar;
perdona al infeliz si no ha expresado
cuanto en su afán debiérate expresar:
las—para ti—ternuras é ilusiones
que siempre ocultas en su pecho están,
cual parvada de gárrullos gorriones,
de gorriones que cantan a tu alar!

A MARIA DE POMPEYA.

I

Reluzcan más esplendentes
los cielos en este día
y se escuchen ya fervientes
los cánticos de alegría.

Con la emoción más dichosa
y humildes los corazones
presenten muy gratos dones
a la Virgen Portentosa.

Quién no deja sin favor
a todos los que la imploran
y sus pesares deploran,
siendo firmes en su amor.

II

Reina del sacro Rosario
de Pompeya, ora tu gloria,
con más brillor y victoria
resplandezca en tu santuario.

Tus prodigios repetidos,
tus favores para el alma
son milagros recibidos
que a los pechos dan la calma.

Los devotos que te alaban
en tu Rosario, María,
y lo rezan cada día
ven que sus cuitas acaban.

En los pueblos y ciudades
esta devoción amada,
jamás será desechada,
aunque pasen las edades.

Cada día más ferviente,
más querido y abundante,
será sí, el ruego constante
a tu corazón clemente.

Feliz la Pompeya nueva,
valle de extensa belleza,
que la antigua, la aspereza
sufrió del ardiente Etna.

Hoy es pueblo floreciente
con tu protección divina,
y ante Tí el cristiano inclina
con fé y humildad la frente.

III

Sea más tierno el amor,
más palpable la alegría;
haya en el pecho fervor
para ensalzar a María,

Que es la emperatriz del cielo,
Madre de Dios Sacrosanta,
a Quién el mortal levanta
el clamor en su desvelo.

El misero hijo de Adán
en infortunio sumido,
siendo por Tí protegido
sus males le dejarán.

Pues miras desde los cielos
a tus hijos tan queridos
y son ellos atendidos
con tus gracias y consuelos.

En tí el pecho consternado,
Madre divina confía,
por tí viene la alegría,
por tí el galardón deseado.

En alas de la ventura
vuele humilde el pensamiento,

implorando tu ternura
y el remedio al sufrimiento.

Eres Reina Protectora,
Madre amante y cariñosa,
que haces al alma dichosa,
que tu amor divino implora

Hoy la mente conmovida
piensa en tu gloria y grandeza
y en la profunda tristeza
que se soporta en la vida.

Mas pone firme confianza
en tu pecho generoso,
y es cumplida su esperanza
y es verdadero su gozo.

IV

Como a Pompeya protege
mi Patria, Madre querida,
para su ventura y vida
y que ningún mal la aqueje.

Que por tu gracia y favor,
te pido Madre clemente
tu devoción y tu amor,
se aumenten ya firmemente.

Remedia todos los males,
quita el crudo sufrimiento,
las astucias infernales
que bullen todo momento.

Y tus devotos confiando
en tu amor y tu ternura,
en virtud adelantando,
consiga ya la ventura.

VISITA

¡ Oh Virgen elegida entre todas las doncellas de la estirpe de Adán! ¡ Oh Rosa de Caridad, trasplantada de los jardines del cielo a esta tierra árida del desierto para fortalecer con tu fragancia a los viajeros que, fatigados y desfallecientes, cruzan por este valle de lágrimas! Oh verdadera Reina de las flores eternas, oh digna Madre de Dios que, en nuestros días, te has servido levantar tu trono de gracia y misericordia en la desolada tierra de Pompeya, para atraer a la vida de la gracia los muertos por el pecado! Yo recurro a Ti, y humildemente te suplico que no me rechaces de tus piés santísimos, ya que toda la Iglesia de los fieles te llama y preconiza *Madre de misericordia*.

Tú eres aquella dichosa Creatura que, por ser tan grata a Dios, siempre eres de El bien oída. Tu afabilidad benignísima, jamás ha desechado a pecador alguno, por grande que haya sido, que a ti se encomendase. Y ¿ es acaso en vano que la Iglesia te nombra su abogada y el *Refugio* de los miserables? Nunca suceda que mis culpas sirvan de obstáculo al cumplimiento del grande oficio de piedad que tienes Tú por el cual eres la abogada y la medianera de la paz, la Esperanza única y Re-

fugio segurísimo de los pecadores. Nunca suceda que la Madre de Dios, la que, para provecho de todos, dió a luz la Fuente de misericordia, venga ahora después a negar su piedad a algún miserable que recurre a Ella. Tu oficio es ser Medianera de paz entre Dios y los hombres: muévate pues, a socorrerme esa tu grande piedad, que es todavía mayor que todos mis pecados.

¡Oh María, oh Reina del Rosario, que te muestras cual *Estrella de Esperanza*, en el Valle de Pompeya, séme propicia! Todos los días vendré a tus pies santísimos, llamándote en mi ayuda. Tú, pues, desde tu nuevo Trono de Pompeya, ampárame piadosa, óyeme benigna y lléname de bendiciones.—Así sea.

Dios te salve, Reina y Madre.....

LA REINA DE LAS VICTORIAS

Carta auténtica del M. R. Padre Maestro Fr. Jacinto La-Cámara al Director del Santuario de la Virgen Santísima del Rosario de Pompeya, en la cual se da noticia del desenvolvimiento que la devoción privada y pública de Ella ha alcanzado en el Ecuador desde el primero de Noviembre de 1886 hasta el 25 de Enero de 1896.

Ilmo. Señor Comendador:

El culto de la Virgen de Pompeya, sobremañera tierno y atrayente, está extensamente difun-

dido en el corazón de los fieles, entre quienes no tienen por cierto el último lugar los habitantes de Quito, capital de la República del Ecuador; y al amor de la cual hemos levantado, cual título el mayor de grandeza y santo orgullo, un altar en nuestros corazones, ya que nosotros somos verdaderos hijos de María y nuestro Noviciado dominicano se llama *el Noviciado de María Santísima del Rosario de Pompeya*.

La Coronación de la Santísima Virgen del Rosario de Pompeya, solemnisima y de imperecedera memoria, fué hecha por los fieles de esta Capital en Mayo de 1890. Y bien, esta veneranda Imagen coronada, de exclusiva propiedad de nuestro Noviciado del Convento Máximo, goza hoy en día de grande celebridad, y préstale tierna veneración y amor vivísimo sus Hijos y toda la población, a la que esta generosa Madre ha abierto verdaderamente los tesoros de su liberalidad.

Sería cosa de nunca acabar el querer, en los estrechos límites de una correspondencia, dar adecuada noticia de las innumerables gracias espirituales y temporales concedidas por nuestra tierna y amorosa Madre a aquellos que la invocan. No hay duda de que el hombre, sensible de suyo, se deja transportar de señales sensibles; misero y menesteroso, viene atraído de los dones: por esto, un beneficio señalado, concedido de nuestra poderosísima Reina de las victorias a una respectable Señora de este lugar, en la solemnidad de una pública Procesión de su veneranda Imagen y en pleno mediodía, beneficio declarado *milagro verdadero* por el Ilmo. Arzobispo de nuestra Capital, ha levantado en el corazón del pueblo quiteño un verdadero entusiasmo hacia la Virgen Santísima de Pompeya. Esta, a su vez, ha abierto la mano suya liberalísima para socorrer a sus hijos, no solamente aquí en Quito, sino también en otras Provincias de esta República, en Latacunga espe-

cialmente, en donde el celo laudabilísimo del R. P. Fr. Juan María Riera, Prior de los Dominicanos, ha vuelto popular, con bien próspero suceso, el culto para con la Reina del Rosario de Pompeya.

En nuestro Convento Máximo de Quito, está en primera línea la fiesta solemne del 8 de Mayo a la Virgen de Pompeya, fiesta se la celebra con una pompa tal, que inspira una devoción tierna y sincera. De hoy en adelante la solemnidad será mayor, habiéndose constituido Patrona perpetua de élla una noble y piadosa Señora, la cual llena de entusiasmo por el honor de María Santísima ha decidido hacérsela no sólo durante su vida, más aun después de su muerte: a este fin va a dictar las necesarias disposiciones testamentarias.

El Noviciado de nuestro Convento dominicano forma la *Corte de María*: institución pequeña sí, pero fundada con suficiente regularidad y dedicada únicamente a servir con entusiasmo a María, y a propagar por todo medio posible el amor y la devoción para con Ella: aspirando todo Novicio, por recompensa toda, a llegar a ser un apóstol celoso de su amor.

No es posible dar, en el breve espacio de una carta, una cuenta precisa de los actos de culto especial que se practican en esta Asociación, la cual es tan sagrada como bella, porque María reina y preside en ella. Mas para dar una idea de lo que es aquella Corte, basta decir que en el decurso del año las fiestas todas de la Virgen, ninguna exceptuada, y las festividades todas de cada uno de los misterios del Rosario, se las celebra con la recitación del Rosario hecha en turno por los Novicios de dos en dos, durante el día íntegro, desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche: sin que esto impida que muchos otros, además de los del turno, se dediquen a la misma dulce ocupación de alabar a María con su Salterio, de cantarle himnos y salmos, y de ren-

dirle obsequio con mil otros actos, que no haciendo parte del programa de nuestras fiestas, no son sino el fruto espontáneo de una inspiración ardiente y entusiasta.

Las fiestas nuestras de María, que forman el encanto de nuestra vida religiosa, no están restringidas exclusivamente al Noviciado: aun otros miembros de la Comunidad pueden tomar parte en ellas. Hay, en efecto, algunos Padres que se glorian de honrar a la Virgen del Rosario de Pompeya del Noviciado: han dado sus nombres a la Corte de María y aceptan un oficio en ella. También los Hermanos Conversos intervienen voluntarios y con grande satisfacción en nuestras fiestas, y sus comuniones hácenlas de preferencia en nuestra Capilla, en donde, fuera del privilegio inestimable de conservar allí perpetuamente el *Santísimo Sacramento*, hay el de poder ver descubierta la *Imagen de la Reina del Santísimo Rosario de Pompeya*. Esta santa Imagen no se la tiene expuesta a la vista de todos: el velo que la cubre, se descorre en ciertos momentos solemnes *coram Communitate* y sólo después de haberse encendido ante Ella cuatro antorchas cuando menos, recitándose, *toties quoties*, las estrofas *María Mater gratiae* &c., las cuales se las repite cuando se recoge el velo.

Los jóvenes eclesiásticos de nuestro Seminario, situado en uno de los departamentos de nuestro mismo Convento, sienten aun ellos, vivamente los atractivos del amor que inspira la *Virgen del Rosario de Pompeya*. Y porque estos piadosos Seminaristas no pueden intervenir en nuestras funciones dedicadas a María vienen a visitarla casi todos juntamente, y el obsequio favorito de ellos es, ya se sabe, el de rezar el *Santísimo Rosario*. Tienen gusto de hacer sus comuniones en el Noviciado, atraídos del amor a María, y hacen instancias, y lo obtienen, para mandar a celebrar en honor de Ella el Sacrificio augusto en nuestra Capilla.

En fin, María de Pompeya, a honor de la cual hemos establecido perpetuamente la Novena, es Reina, y como a tal, le habemos dedicado sus *Banderas*. Las Banderas de María tendrán su página en la historia de nuestros puros y santos entretenimientos. Siendo en número de tres, correspondientes, según el color, al triple orden de los misterios del Rosario, ellas nos dan ocasión de recordar y hablar de María en el tiempo de la recreación; puesto que, sin decir que ésta no empieza sino después de haberse contado *un ejemplo de la Virgen*, el Novicio que tiene en custodia las Banderas, soldado conocedor de sus deberes, consigna propiamente aquella que corresponde a los Misterios recitados ese día.

Hoy hemos dado principio a los *Quince Sábados*, precedentes a la fiesta del 8 de Mayo.

Quito, 25 de Enero de 1896.

P. JACINTO LA-CÁMERA.—Prior de Predicadores.

A LA REINA DE POMPEYA

¡Oh, cómo me enamora
Tu celeste atractivo: *tu belleza!*
¡Oh celestial Señora!
Todo en Ti es gentileza,
Feliz remedo de Increada Alteza.
Luz eres, luz fulgoras,
Luz que eclipsa el radiar de astro fulgente.
De allá, de las alturas,
Reflejase en tu frente
La Luz, la eterna *Luz* indeficiente.
Esa dulce mirada,
Ese aire casto y célica sonrisa,
Esa faz inflamada,

¡Oh, cómo a mi alma hechiza!
¡Oh visión celestial que diviniza!
Del Cielo desprendida
Al suelo bajas, mística Doncella,
Y a la prole afligida
De Adán, le eres estrella
Y al puerto de salud tornas con ella.
En el inmenso espacio
Te expandes derramando galanura
Y huellas de topacio
Dejas de tu hermosura
Que luz despiden matinal y pura.
Y en remolinos bellos
Vuelan en tu redor sedosas nubes
Robando tus destellos:
En ellas los Querubes
Te asisten cuando bajas, cuando subes.
Tu acción alumbradora,
Del corazón la esfera, ¡oh, cómo encanta!
Cual se mueve la aurora
Con invisible planta,
En la conciencia onléas, Virgen Santa.
¡Ornamento del Cielo!
Contempla tu beldad el alma mía
Y, cual allá en Carmelo
Ferventísimo Elia,
De amor se inebria y férvida alegría.
Ah! Llévame contigo,
Escóndeme en la nube do reposas:
Allí bajo tu abrigo,
Entre lirios y rosas,
Olvidaré las penas enojosas.

Fr. Pío María Equez.
Dominicano del Convento de Quito.



FLORES DE MAYO

Á LA REINA DEL S. S. ROSARIO DE POMPEYA



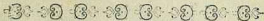
RECUERDO

DE LA FIESTA SOLEMNE CELEBRADA
en la Iglesia de Santo Domingo
el 8 de Mayo
en honor de la Santísima Virgen
DEL ROSARIO DE POMPEYA

CUENCA

Imprenta de "La Unión Literaria"

1910



LA MISERICORDIA DE MARIA.

Dichoso es, por cierto, quien ha dado con un tesoro; y Cuenca tiene esta dicha. Once años hace que la Virgen Santísima del Rosario, bajo la advocación de Pompeya, tuvo la dignación de presentarse aquí, en esta bella y amabilísima Imagen. En sus comienzos esta devoción fue para los cuencanos como la nubecilla que vió Elías: empezó casi imperceptible en el corazón de pocas personas, en el seno de ciertas familias. Después, el 8 de Mayo del año 1902, una piadosa Señorita, con permiso del M. R. P. José M. Caicedo, entonces Superior del Convento de esta ciudad, hizo colocar en la Capilla de las Hermanas Terciarias Dominicanas, de nuestra antigua Iglesia, entre luces y flores, la Imagen de la Santísima Virgen de Pompeya; la misa fué cantada y muy solemne; y dicha Imagen quedó todo el día expuesta, por

vez primera, á la pública veneración. Al año siguiente, que fue el de 1903, ya el hermoso día del 8 de Mayo celebróse con un solemne Novenario; y de tres años á esta parte, se ha seguido celebrándolo en la iglesia dominicana con creciente fervor y aumentándose como por encanto el número de sus devotos.

Lo más conmovedor y tierno que hay en el gran día de nuestra dulcísima Madre, es la escena que vamos á describir. Presentes al pié de la prodigiosa Imagen 15 distinguidas señoritas, invitadas de antemano, en representación de las 15 decenas del Santísimo Rosario, las exhorta el P. Capellán de la Cofradía á dar ferviente culto á la Virgen, á quien las consagra mediante una conmovedora plegaria, colócales en el pecho una medalla de Pompeya, pendiente de una cinta tricolor, símbolo de la triple serie de misterios, y las compromete á tributar, en ese año, culto especial á la Reina de las Vírgenes y á presentar, para el año siguiente, en su recemplazo, otras 15 Señoritas, á cuyo cargo corra la solemne Novena de N. Señora del Rosario de Pompeya. ¡ Bendita la hora en que apareció en nuestro suelo esta nueva forma de la devoción hacia nuestra tierna Madre! En esta su Imagen, lleva en su regazo al Divino Niño; de una parte está el celoso Apóstol N. Padre Sto. Domingo, que predicando convirtió millares de pecadores; y de otra, Sta. Catalina de Sena, hija primogénita de la Orden Domini-

cana y celosísima en propagar las glorias de la Emperatriz de cielos y tierra. Estos tres seres sublimes le acompañan en sus manifestaciones de amor y ternura para con nosotros, sus débiles hijos

Ofrezcámosle, pues, en correspondencia, á nuestra Madre Bendita, ser hoy y siempre suyos, en este gran día de sus glorias y triunfos.

A LA SANTÍSIMA VIRGEN DEL ROSARIO,
venerada: en el Valle de Ponpeya.



¡Azucena de célicos jardines,
ensangrentada rosa del Calvario,
de Nazaret violeta entre jazmines,
purísima paloma del santuario!

Permite, encantadora Soberana,
que, del mes bello en tan solemne día,
yo implore tu piedad sobrehumana,
irrobriado de amor y de alegría.

Cuando mi alma se encuentre combatida
por las furiosas huestes del averno,
á defenderme ven ¡Madre querida!
¡No me falte jamás tu amor materno!

Cuando rasguen mi pecho los dolores
y desmaye mi espíritu en la arena,
arroja en el camino algunas flores,
endulza, Madre, el cáliz de la pena.

Cuando la enfermedad, con sus tormentos,
mi cuerpo enerve y acibare el alma,
Madre de Dios, escucha mis lamentos,
dame la salud, vuélveme la calma.

Cuando vengan las sombras de la muerte
y sienta el estertor de la agonía,
¡ en ese instante, quién me diera el verte
y expirar en tus brazos, Madre mía !



¡ Azucena de místicos jardines,
paloma ensangrentada del Calvario,
de Nazaret violeta entre jazmines,
yo te saludo Virgen del Rosario !

Permite, encantadora Soberana,
que, de tu mes en tan solemne día
implore tu piedad sobrehumana,
rebosando de amor y de alegría.

La ciudad de Pompeya desolada
conviertes en alcázar de oraciones;
eliges sus despojos por morada
y asombra tu poder á las naciones:

La hunde el volcán, tu mano la levanta
y la erige en fanal de obras divinas:
Que brotan pueblos donde está tu planta
y se cambian en flores las espinas.

Si te agradan escombros, real Señora,
si sobre ruinas alzas tus altares,
no desdeñes mi pecho que te adora,
mi corazón, abismo de pesares.

Si gustado has de acíbar y de afrenta
si te place la cumbre del Calvario,
tu magestuoso trono en mi alma ostenta
¡ oh Virgen sacrosanta del Rosario !



Permite, encantadora soberana,
que, de tu mes en tan solemne día,
yo implore tu piedad sobrehumana,
inundado de amor y de alegría.

En tu mano están penas y placeres,
agradezco, rendido, tus favores,
pregonen tu bondad todos los seres,
cielos y tierra canten tus loores.

Bendígante las aves y las fieras,
hímnos de gratitud te eleve el hombre,
alábente los montes y praderas,
¡ Bendito sea tu melifluo nombre !

Ensálcente la luz y las tinieblas;
los truenos y la mar canten tus glorias,
bendígante los vientos y las nieblas,
sol y luna publiquen tus victorias.



¡Salve lirio de célicos jardines,
salve encendida rosa del Calvario,
salve Reina de hermosos serafines,
salve casta paloma del sagrario!

Nada tengo, Señora, que ofrendarte
en tu día de santos regocijos:
perdona, Madre, si me atrevo á darte
mi muerto corazón y mis dos hijos.

ALBERTO MARÍA ANDRADE

CUENCA, MAYO 8 de 1910.

A María de las Victorias,

VENERADA EN POMPEYA

Hoy que la tempestad ruge
en los confines lejanos;
hoy que las nubes se aprestan
para despedir sus rayos
sobre mi adorada patria,
que es el suelo ecuatoriano;
hoy te pido, Madre mía,
lo protejas con tu amparo.—

Desciendan hoy tus Victorias,
cual la lluvia en los collados;
cual rocío, que la aurora
hace brillar en el prado.
Sé, Madre, el ramo de oliva
que anuncie nuestro descanso,
sé el iris que se nos muestre
sobre el suelo consagrado
al corazón de tu Hijo,
de tu Hijo, Dios—humanado.—

No permitas que la guerra
enrojezca nuestros campos,
vertiendo en ellos la sangre,
tanto de propios y extraños;
no, porque todos los hombres,
hijos de Adán, son hermanos;
*¿y cómo ha de ser el hombre
del hombre mismo tirano?.....*

Somos tuyos, Madre mía,
tus Dolores te costaron
los hijos que concebiste
en la cima del Calvario,
bañada toda en la Sangre
con que fuimos rescatados;
hijos que tanto te cuestan
¿cómo has de desampararlos?...

Reina eres de las Victorias:
ése es tu nombre sagrado;
triunfa otra vez, Madre mía,

como aquel día lejano,
que ahogastes la Media-luna
en el Golfo de Lepanto.
Triunfa otra vez, Madre amada;
y ese triunfo, pregonado
será por todos nosotros
jóvenes, niños, ancianos.—

No consentas que zozobre
el navío en que viajamos
los que desterrados fuimos,
después del primer pecado;
ampara esta navecilla
que *Ecuador* apellidamos....

Pero si Dios ha dispuesto
otra cosa en sus arcanos,
flote en la cima del Ande
el tricolor sacrosanto;
cubran sus ondulaciones
el mar, la tierra, el espacio,
del Pacífico al Atlante,
como el lábaro sagrado
que se mostró á Constantino
para vencer al tirano...

No lo olviden los que un día
patria y libertad lograron...;
Pero no, que el beneficio
no lo recuerda el ingrato.....—

VICENTE CORDERO. C.

ABRIL DE 1910.

Pompeya gloria de María

Ciudad que del Averno imagen era horrible,
y tal que bajo el fuego sumióla el justo Dios,
trasunto es hoy del Cielo: serena y apacible,
do cántase á María con insistente voz.

Y cántale arrebatada con canto nunca oído
de célicas eudemonas y amor de serafín;
que resurgió al conjuro de Aquella que ha sabido
dar vida á ese desierto más duro que el del Sin.

Pompeya! has renacido al soplo de María,
y crecerás gloriosa, que Ella es hoy tu blasón;
sus ojos sólo bastan á darte la alegría,
su manto de esperanza, será tu protección.

Las auras del Tirreno no brindan más fresca
que de la hermosa Virgen el plácido mirar.
¡Oh tierra bienhadada! ¡querrás mayor ventura
teniendo lo más grande: la Virgen y su altar?

No tienen mayor gracia las tintas de la aurora
que aquella que dibujan sus labios de carmín:
sus labios que parecen decir á aquel que llora
palabras maternales que al llanto ponen fin.

La perla de los mares, la nieve de la altura
con esa frente blanca ¡quién puede comparar?
porque es rosa del Cielo: su sonrosada albura
el ángel y la aurora supieron dibujar.

✓ Sus ojos, de los cielos, luceros esplendentes,
I cayo ese desierto bafiaron con su luz.....
Feliz siempre Pompeya, te mirarán las gentes
i acaso no reniegas del cetro de la cruz!

No cabe más ventura que ser mimado de Ella:
de Reina tan hermosa, que alegra tu Mansión.
Es tuyo el Paraíso, Pompeya, ciudad bella,
; teniendo como tiene su mismo Corazón!.....

J. F. MORENO MORA.

Mayo de 1910.

DEPRECACION A MARIA SANTISIMA DE POMPEYA.

Hemos venido; ; oh dulcísima ! Señora du-
rante los hermosos días de la novena á Tí
dedicada á descansar gozosos á tu sombra;
y hoy que Pompeya y el mundo entero cele-
bran tus glorias y los triunfos de tu obra ma-
estra, el Stmo. Rosario volvemos á manifes-
tarle, una vez más, nuestro reconocimiento.
Como el fatigado caminante se sienta á la
sombra amiga del árbol frondoso y allí re-
para sus fuerzas, así nosotros nos sentimos
animados á proseguir el camino traza-
do por tus ejemplos, venimos á unirnos á
Tí. ahora y siempre, para que bondadosa nos

regales los sazonados frutos de tus virtudes.

Ahora que se nos ofrece la ocasión de honrarte en tu Santa Imagen, venerada con fe y entusiasmo indecible en el Valle de Pompeya, se sienten movidas nuestras almas á ser siempre fieles á las inspiraciones del Cielo.

La preciosa cadena del Rosario, extendida sobre el florido verjel dominicano, nos deleita sobremanera; porque ha sido formada de tal suerte por tu sabiduría, que llegando hasta nuestros corazones, nos enlaza con el tuyo, que es todo amor y misericordia y un reflejo vivísimo del Cielo.

Hoy es el día de tus hijos, porque en esta fecha recordamos más especialmente tus gloriosos triunfos, que, bajo la advocación de Reina del Stmo. Rosario de Pompeya, dispensas con mano pródiga á los que cariñosos te alaban y te sirven. Hoy resuena suavísimo el acento de tu voz en el fondo de nuestras almas, despertando el deseo de sentir los emblesos de tu amor. Tú, Madre bondadosa, amas á tus hijos proscritos en este valle de miserias; y ese tu amor te hace presentarte, de tiempo en tiempo, con distinto ropaje y con variados títulos que te vuelven cada vez más simpática á nuestras miradas.

Al llamarte *Reina de Pompeya*, nos descubres una misericordia ilimitada, que sólo encuentra albergue en el corazón de una Madre divina, y esta Madre, eres tú; oh celestial Prin-

cesal que robas nuestros corazones, nos alientas, guardas, defiendes y sostienes en todo lugar y en toda ocasión y peligro.

Siempre que nos postremos á tus benditas plantas, para tributarte el homenaje de nuestras alabanzas, bendícenos, Reina benigna, y alcánzanos del Señor abundantes gracias para nuestra República, para nuestras familias y para todos nosotros, que hoy á la faz del cielo y de la tierra celebramos tus glorias y esperamos entonarte himnos de alabanza en la mansión bienaventurada. Amén,



Licencia

DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

GOBIERNO ECLESIASTICO

Cuenca, Mayo 3 de 1970

Puede imprimirse

JAVIER LANDIVAR

Miscelanea - N^o

Indice

- Tributo de Niños - poesias - 1914
- Tributo de Amor - poesias - 1898
- A los pies de la Virgen - poesias - 1905
- A Maria - poesias - 1896
- La Virgen de Gueneá - Abelardo Ortega ¹⁹⁰⁰
- Recuerdos del mes de Maria - 1896
- La cindabola de la Inmaculada por Miguel Moreno 1905
- Miscelanea por Julio Matorrillo - 1906
- Canillito de flores - 1914